
HARLEQUIN
Jazmín
EN LA CIUDAD DE
LOS AMANTES
LUCY GORDON



EN LA CIUDAD DE LOS AMANTES

LUCY GORDON



Un Romeo en la vida real.

Natasha, periodista freelance, tenía que encontrar trabajo…

¡Rápido! Por eso, cuando se le presentó una oportunidad en Verona, no se lo pensó dos veces. Promocionar la ciudad le parecía un encargo de ensueño, sobre todo porque no tenía más opciones, y no le importó que hubiera sido precisamente un italiano quien le rompió el corazón unos años antes. Hasta que conoció a su nuevo jefe… que resultó ser Mario, su ex.

Aunque Mario ya no parecía ser el playboy que ella recordaba, Natasha intentó mantener su relación en un terreno profesional. ¿Serían capaces de resistirse a esa historia de amor fatal en la ciudad de los amantes más famosos del mundo?

Indice

Prólogo

Venecia, la ciudad más romántica del mundo…

Eso era lo que decía la gente, y Natasha ya empezaba a pensar que era cierto. ¿En dónde si no podría haber conocido al hombre de sus sueños tan solo unas horas después de llegar?

Sentada en una cafetería junto a un estrecho canal, contempló el deslumbrante reflejo del sol sobre la superficie del agua. A unos pocos metros de distancia, una góndola se preparaba para partir, con una pareja de enamorados a bordo.

«Igual que nosotros…», pensó Natasha, recordando su primer paseo en góndola en los brazos del hombre que le había cambiado la vida en un momento.

Mario Ferrone, joven, apuesto, con esos ojos chispeantes y una risa profunda que hechizaba… Le había conocido poco después de llegar a Venecia. Eran unas vacaciones más que merecidas para ella.

Él había insistido en enseñarle la ciudad. Como su hermano era el dueño del hotel donde ella se hospedaba, a Natasha se le había ocurrido pensar que tal vez lo hacía porque era un servicio extra que ofrecía el hotel, pero esa idea no había tardado en ser descartada. La atracción entre ellos había sido instantánea y nada le había parecido tan maravilloso en la vida como el tiempo que pasaban juntos.

Hasta ese momento su vida había carecido de romance. Era una chica esbelta, bonita, con sentido del humor, y nunca le habían faltado admiradores, pero… nunca había bajado la guardia cuando se trataba de hombres. Todo se remontaba a su infancia. Su padre había abandonado a su madre, con una hija de diez años, para irse con otra mujer. Hasta ese momento la vida de Natasha había sido feliz. Su padre parecía adorarla, tanto como ella le adoraba a él, pero, entonces, de repente, se había esfumado y jamás había vuelto a ponerse en contacto con ellas.

«Nunca confíes en un hombre. Siempre te decepcionan», le decía su madre.

Nunca se había desviado del camino marcado por esas palabras, pero la llegada de Mario a su vida la había hecho dar un giro de

ciento ochenta grados. Sus propias reacciones la confundían. Su corazón latía por él como jamás lo había hecho por ningún otro, pero la voz de su madre a veces se colaba entre sus pensamientos.

«No se puede confiar en ningún hombre. Recuérdalo siempre, Natasha».

Pero ella estaba segura de que Mario era distinto a los demás. Era más sincero, amoroso, digno de confianza. La noche anterior la había besado con más fervor que nunca.

–Mañana quiero… –de repente se había detenido. Parecía confundido.

–¿Sí? –había susurrado ella–. ¿Qué quieres?

–Ahora no puedo decírtelo… pero mañana todo será distinto. Buenas noches, mi amore.

Y allí estaba, en ese café donde solían encontrarse, esperándole para que transformara su mundo una vez más. Se moría por saber qué había querido decir con esas palabras. ¿Acaso le iba a proponer matrimonio?

«Oh, por favor, date prisa», pensó, impaciente. ¿Cómo podía tenerla en ascuas tanto tiempo con algo tan importante?

De repente oyó su voz.

–¡Natasha! –al levantar la mirada le vio.

Iba hacia ella por el canal y la saludaba con la mano.

–Siento llegar tarde –le dijo al sentarse a la mesa–. Me surgió algo.

Natasha le notó algo inquieto, ansioso.

–¿Todo va bien?

–Muy pronto, así será.

Sus ojos no se apartaban de ella y a cada segundo que pasaba Natasha estaba más y más convencida de que ese día iban a dar un paso adelante.

Él le agarró la mano de pronto.

–Llevo días intentando decirte algo, pero…

–¿Intentando? ¿Acaso es tan difícil decírmelo?

–Podría ser –la miró a los ojos–. Es que hay cosas que no son fáciles de decir.

El corazón de Natasha latía a toda velocidad. Sabía qué era lo que estaba a punto de decirle y se moría por escucharlo.

–Bueno, eso depende de las ganas que tengas de decirlo –le susurró ella, acercándose hasta acariciarle el rostro con el aliento–. A lo mejor es que no quieres decirlo.

–Oh, sí. No sabes lo importante que es para mí.

«Sí que lo sé», pensó Natasha, cada vez más feliz.

Tomó su mano y le lanzó un mensaje silencioso. Quería estar más cerca de él, besarle…

–Adelante –le dijo finalmente.

Él titubeó un momento y Natasha le miró, desconcertada.

–Natasha… Tengo que decirte…

–Sí, sí, dime…

–No se me dan bien estas cosas…

–No se te tienen por qué dar bien –le dijo ella, apretándole la mano–. Dilo sin más.

–Bueno…

–¡Traidor!

El grito les sorprendió a los dos. Natasha levantó la vista y se encontró con una mujer que estaba junto a la mesa, fulminándoles con la mirada. Tendría unos treinta años y era muy voluptuosa. De no haber sido por esa mirada de odio sin duda hubiera pensado que era muy hermosa.

–¡Traidor! –repitió–. ¡Mentiroso!

El rostro de Mario se contrajo. Estaba tenso, pálido. Se puso en pie y le habló en italiano, invitándola a que se marchara. Ella le gritó algo en inglés y entonces se volvió hacia Natasha.

–Ya es hora de que sepas cómo es en realidad. Una mujer no es suficiente para él.

La joven siguió hablando furiosamente, pero Mario la agarró del brazo y se la llevó a una esquina. Natasha ya no podía oírla, pero la situación era evidente.

La ira de aquella mujer morena crecía por momentos.

–Es un mentiroso infiel –gritó en un perfecto inglés.

–Mario –dijo Natasha–. ¿Quién es? ¿De verdad la conoces?

–Oh, sí que me conoce –le espetó la joven–. Ni te imaginas lo bien que me conoce.

–Tania, ya basta –dijo Mario, con la cara blanca–. Ya te dije… –Oh, sí, sí, claro. Me lo dijiste. ¡Traidor! ¡Traidor! Traditore!

Durante una fracción de segundo, Natasha se sintió tentada de interponerse entre ellos para decirle a Mario Ferrone lo que se merecía, pero entonces la rabia llegó al nivel siguiente y la hizo actuar de una forma completamente distinta.

Aprovechando que aún seguían enfrascados en la discusión, echó a andar hacia el hotel a toda prisa y corrió hacia su habitación. Se detuvo en el mostrador de recepción para pagar su estancia. Nada importaba excepto salir de allí lo antes posible, antes de que Mario regresara. Todo había sido un engaño. Había creído en él porque había querido creer, pero debería haber mantenido la cabeza fría.

Había cometido un gran error y estaba pagando el precio.

–Tenías razón –murmuró, como si le hablara a su madre–. Todos son iguales.

Terminó de hacer la maleta lo antes posible, pagó y huyó a toda velocidad.

Tomó un bote taxi que la llevó de vuelta a tierra firme y allí se montó en un taxi terrestre.

–Al aeropuerto, por favor –le dijo al taxista, más tensa que nunca.

«Oh, Mario…», pensó cuando el coche se puso en marcha.

«Traidor… traditore…».

Capítulo uno

Dos años más tarde

–Lo siento, Natasha, pero la respuesta es «no», y es definitivo. Simplemente tienes que aceptarlo.

El rostro de Natasha estaba contraído por la rabia. Agarraba el teléfono con tanta fuerza que parecía que se le iba a quebrar entre los dedos.

–No me digas lo que tengo que hacer –dijo, hablando por la bocina–. Dijiste que estabas deseando recibir cualquier cosa que escribiera.

–Pero eso fue hace tiempo. Las cosas han cambiado. Ya no puedo comprar tu trabajo. Esas son las órdenes que tengo.

Natasha respiró profundamente y asimiló otro rechazo más.

–Pero tú eres la editora. Tienes que ser tú quien dé las órdenes. ¿Quién si no?

–El dueño de la revista nos dice lo que tenemos que hacer y yo no puedo hacer nada. Estás fuera, Natasha. Adiós.

La editora colgó el teléfono, dejándola con la palabra en la boca.

–¿Otro más? –le preguntó una joven que estaba tras ella–. Es la sexta que te dice que no después de llevar años y años comprando tu trabajo.

Natasha se volvió hacia su amiga Helen, que también era su compañera de piso.

–No me lo puedo creer. Es como si hubiera una araña en el centro de toda una maraña de telarañas, controlándolo todo, diciéndoles que me echen.

–Pero seguro que es así. Lo tienes que saber. El nombre de la araña es Elroy Jenson.

Era cierto. Jenson era el dueño del imperio de medios de comunicación gracias al cual se había ganado la vida durante unos cuantos años. Pero él se había encaprichado de ella y la había perseguido sin tregua, ignorando sus esfuerzos por mantenerle a raya.

Finalmente, un día había ido demasiado lejos y la había obligado a darle una bofetada. Uno de los empleados les había visto y la historia había corrido como la pólvora.

–Todo el mundo sabe que le hiciste quedar como un idiota – le dijo Helen con solidaridad–. Así que ahora es tu enemigo número uno. Es una pena que tengas tanto temperamento, Natasha. Tenías todo el derecho a estar molesta, pero… bueno…

–Pero debí pensármelo dos veces antes de darle esa bofetada. Debí mantener la calma y pensar en el futuro. ¡Ah!

–Sí. Sé que suena irónico, pero mira el precio que has pagado.

–Sí –Natasha soltó el aliento.

Su éxito como periodista freelance había sido deslumbrante. Las revistas y los periódicos reclamaban sus artículos atrevidos, llenos de intuición.

Pero todo había acabado.

–Pero ¿cómo es posible que un solo hombre tenga tanto poder?

–A lo mejor deberías irte fuera un tiempo –le sugirió Helen–. Hasta que Jenson se olvide de ti.

–Eso sería difícil…

–No tiene por qué. La agencia me consiguió un trabajo en Italia, haciendo publicidad. Eso significa que tengo que irme un tiempo. Estaba a punto de llamarles para decirles que buscaran a otra persona, pero… ¿por qué no vas tú?

–Pero es que no puedo… Es una idea loca.

–A veces la locura es lo mejor. Y a lo mejor es justo lo que necesitas ahora.

–Pero si no hablo italiano.

–No tienes por qué. Es una cosa internacional, para promocionar la ciudad en todo el mundo.

–No es Venecia, ¿no? –preguntó Natasha, repentinamente tensa.

–No, no te preocupes. Sé que no querrías ir a Venecia. Es Verona, la ciudad de Romeo y Julieta. Parte de la historia es real, y a los turistas les encanta ver a Julieta asomada a un balcón y ver distintas escenas de la obra recreadas en la realidad. Un grupo de empresarios dueños de hoteles de lujo han diseñado un plan de publicidad específico para el lugar. Bueno, sé que no eres precisamente una romántica, pero…

–No tiene importancia –dijo Natasha rápidamente–. No voy a esconderme en mi cascarón solo porque un hombre me haya… Bueno, en cualquier caso…

–Bien… ¿por qué no te encargas del trabajo?

–Pero ¿cómo voy a hacer eso? Es tuyo.

–Realmente me gustaría que te encargaras de él. Lo acepté de forma impulsiva porque había discutido con mi novio. Pensé que

habíamos terminado, pero nos hemos reconciliado, y me vendría muy bien que fueras en mi lugar.

–Pero si ellos te están esperando a ti…

–Ya he hablado con la agencia. Te pondré en contacto con ellos y les diré maravillas de ti. Natasha, no puedes dejar que tu vida esté bajo el control de un hombre al que no has visto desde hace dos años, sobre todo teniendo en cuenta que era un mentiroso infiel, y estoy usando palabras tuyas, no mías.

–Sí –murmuró Natasha–. Lo dije, y lo decía de verdad.

–Entonces, ve. Deja a Mario en el pasado, y también a Elroy. Aprovecha esta oportunidad para empezar de nuevo.

Natasha tomó el aliento.

–Muy bien –dijo–. Lo haré.

–Estupendo. Bueno, empecemos.

Helen se conectó en su ordenador y contactó con la agencia. Tan solo unos segundos más tarde, Natasha recibió un correo electrónico escrito en un inglés profesional y aséptico. Le estaban ofreciendo el trabajo y le daban unas instrucciones específicas.

Estará en contacto con Giorgio Marcelli. Es el encargado de la publicidad del hotel y está deseando darle la bienvenida a Verona.

–¿Lo ves? No tiene ningún misterio –dijo Helen–. Te dejo para que lo pienses –añadió antes de marcharse.

Una vez sola, Natasha se quedó mirando por la ventana durante un buen rato, tratando de decidir qué hacer. A pesar de lo que Helen hubiera dicho, no era fácil tomar una decisión.

–No es Venecia –repitió.

Por nada del mundo volvería a esa ciudad tan romántica y hermosa donde le habían roto el corazón.

De repente se vio como aquella jovencita que había sido, con la cabeza llena de advertencias acerca de los hombres. Había hecho una carrera de éxito en el periodismo y se había dedicado a escribir, evitando a toda costa las relaciones personales. Era capaz de flirtear y de disfrutar de la compañía masculina, pero tampoco lo aguantaba por mucho tiempo. Al final siempre terminaba desconfiando y daba un paso atrás cada vez que se encontraba con un hombre que realmente la atrajera.

Siempre se había sentido orgullosa de ese manejo emocional tan eficiente, ese escudo protector que iba a salvarla de tener el mismo destino que su madre… Pero entonces había conocido a Mario. Él había tocado su corazón como nadie lo había hecho. Juntos habían paseado por las calles de Venecia. En un diminuto callejón, él la había estrechado entre sus brazos y le había dado el primer beso al abrigo

de las sombras.

Todo su cuerpo había despertado para él y sentía que su reacción era correspondida, por mucho que el instinto le dijera que él tenía mucha experiencia. En cualquier sitio las mujeres siempre le dedicaban miradas indiscretas y la observaban a ella con unas caras llenas de envidia. Debían de pensar que tenía mucha suerte por compartir cama con un hombre como él, pero ese día nunca había llegado. Muchas veces había estado a punto de sucumbir y ceder ante la tentación, pero aquello que tanto había ansiado no había llegado a materializarse.

Conforme se acercaba el día de su partida, Mario le había pedido que pasaran más y más tiempo juntos y ella, feliz como nunca antes lo había sido, había accedido.

Incluso en ese momento, dos años después, con solo recordar todo aquello sentía un profundo dolor en el pecho que la atravesaba de lado a lado. Se imaginaba su cara al volver junto a la mesa y ver que estaba vacía…

«Me desvanecí en el aire. Para él ya no existo, y él ya no existe para mí».

En realidad, el hombre que creía que era jamás había existido. Esa era la verdad a la que se había tenido que enfrentar.

Consumida por la amargura del recuerdo, revivió aquella lamentable escena. Estaba tan segura de que le iba a pedir que se casara con él… Seguramente había pasado toda la tarde con Tania, en la cama.

Después de huir de Venecia había hecho todo lo posible por desaparecer para él. Había cambiado de dirección de correo electrónico y también el número de teléfono, pero sí había llegado a recibir un correo electrónico de él antes de desactivar la cuenta.

¿Adónde has ido? ¿Qué pasó? ¿Te encuentras bien?

Jamás le había contestado y había configurado el servidor para que bloqueara sus mensajes. Poco después se había ido a vivir con Helen, así que jamás iba a encontrarla en su antiguo apartamento.

Por las noches, sin embargo, yacía en la cama, despierta, recordando la brusquedad de su reacción. Él había tocado sus emociones con una intensidad que le había resultado peligrosa. Todas las alarmas se habían disparado en su cabeza y había sentido que tenía que escapar antes de que fuera demasiado tarde. Ese era el único camino seguro.

«Oh, Mario, traidor. Traditore».

Desde entonces se había enfocado en el trabajo y sus artículos no habían tardado en llamar la atención de Elroy Jenson. El magnate de los medios se le había insinuado, convencido de que una periodista autónoma jamás le despreciaría, pero ella había rechazado su oferta y

él se había dedicado a perseguirla hasta aquel día, cuando le había dado una bofetada.

Después de aquello, su vida entera había caído en picado. Sus ingresos se habían reducido hasta ser prácticamente inexistentes y en ese momento apenas podía permitirse el piso que compartía con Helen.

Había llegado el momento de hacer algo, y, si eso significaba que debía lanzarse hacia lo desconocido, lo haría. De repente se sentía preparada para hacer frente a cualquier cosa.

Intercambió unos cuantos breves correos con Giorgio, el gerente encargado de publicidad. Él la informó de que iba a hospedarse en el Dimitri Hotel y también le dijo que un conductor iría a buscarla al aeropuerto.

Dos días más tarde, se embarcó en un viaje que la llevaría hacia una nueva vida llena de esperanza e ilusión, o hacia el desastre más absoluto. Fuera como fuera, se estaba adentrando en un terreno que jamás había pisado.

Durante el vuelo trató de mantener la mente concentrada en el trabajo. Romeo y Julieta… Decía la leyenda que Shakespeare se había basado en hechos reales para escribir la obra. Los amantes realmente habían existido y su cometido sería sumergirse en esa historia y seducir al mundo con ella.

El conductor la esperaba en el aeropuerto, tal y como le había dicho el gerente. Llevaba un distintivo que decía Dimitri Hotel. El hombre la recibió con una expresión de alivio y la condujo hacia el vehículo. Estaban a unos cinco kilómetros de Verona.

–El hotel está en el centro de la ciudad, junto al río.

Verona era una ciudad muy antigua, preciosa. Maravillada, Natasha miraba por la ventanilla, hechizada por esos vestigios de otra era misteriosa.

El conductor detuvo el coche delante de un edificio de una arquitectura muy elaborada.

–Aquí estamos. Dimitri Hotel.

Un hombre se dirigió hacia ella al verla entrar en el vestíbulo del hotel. Tendría unos sesenta años y era de constitución fuerte. Su sonrisa resultaba muy agradable y la saludaba en inglés.

–Bienvenida. La agencia me comunicó que había habido un cambio de planes –le dijo–. Por lo visto, la primera candidata no pudo venir, pero me han dicho que usted tiene unas referencias y un currículum excelentes.

–Muchas gracias. Soy periodista y tengo mucha experiencia en ese campo. Espero poder estar a la altura de sus expectativas. –Seguro que sí. Me alegro mucho de que haya venido. Le prometí al presidente que estaría aquí esta noche y no me gusta decepcionarle –el empleado

fingió temblar de miedo de una manera cómica.

–¿Es un hombre difícil de tratar? –le preguntó Natasha al ver su gesto.

–A veces. Normalmente es una persona muy decidida y enérgica. La gente intenta no contrariarle, si pueden evitarlo. Adquirió este hotel hace dos años y comenzó a cambiarlo todo desde el primer día. Ha habido muchos cambios en la decoración y el personal fue reorganizado, todo de acuerdo a su gusto. Todo tiene que hacerse a su manera, y nadie le discute nada.

–Le ha llamado «presidente».

–Presidente de la Comunità. Fue idea suya que un grupo de empresarios hoteleros de la ciudad, la Comunità, trabajaran juntos. Todos estuvieron de acuerdo en que era una organización fácil de llevar, pero él insistió en que había una necesidad de liderazgo. Los demás convinieron en nombrarle presidente de la agrupación. Hace poco un empresario quiso arrebatarle el puesto, pero parece que le… persuadieron para que no lo hiciera. Nadie sabe cómo, pero nadie se sorprendió tampoco. Cuando da órdenes, todos nos ponemos firmes, sobre todo yo, porque podría despedirme cuando quisiera. Solo se lo digo para que tenga cuidado de no ofenderle. Cenaremos con él esta noche y mañana conocerá a todos los miembros de la asociación. Están deseando que usted promocione nuestra encantadora ciudad.

–Pero ¿no tiene Verona suficiente publicidad ya? Romeo y Julieta es la historia de amor más famosa del mundo.

–Cierto, pero tenemos que hacer que la gente se implique en la historia. Bueno, la acompaño a su habitación.

Mientras subían se cruzaron con dos hombres que discutían acaloradamente. Era evidente que uno de ellos estaba dando órdenes, a gritos.

–Capisci? Capisci?

–¿Qué significa esa palabra? –preguntó Natasha por curiosidad–. El otro hombre parecía realmente asustado.

–Significa «¿Entendido?» –Giorgio se rio–. Simplemente es una forma de decir «Vas a hacer lo que yo te diga».

–Bueno, parece una frase útil.

–Y puede serlo, sobre todo si uno intenta dejar claro quién manda –Giorgio sonrió–. Me la han dicho unas cuantas veces. Aquí estamos. Esta es su habitación.

Al igual que el resto del hotel, la habitación era elegante y lujosa. Un enorme ventanal ofrecía las mejores vistas del río. Natasha tomó aliento, llena de una repentina y bienvenida paz.

Después de deshacer la maleta se dio una ducha y se dispuso a arreglarse. Tenía que ofrecer su mejor imagen en esa reunión. Nunca se había considerado una chica fea, así que tampoco tenía que hacer

grandes esfuerzos. Tenía unos grandes ojos azules, y su cabello, rubio, un toque cobrizo que se ponía de manifiesto bajo ciertos tipos de luz. Se hizo un discreto y severo moño. Normalmente, prefería llevar el cabello suelto, pero esa noche no le parecía una buena idea. Se miró en el espejo.

«Hoy soy una empresaria y estoy aquí para ganarme la vida».

El gerente le había dicho que el presidente era un hombre exigente, pero estaba segura de que podía estar a la altura de las circunstancias. Le iba a conocer en su propio terreno, y ella también era una mujer exigente.

–He hecho lo correcto viniendo a este lugar –se dijo–. Todo va a salir bien.

En Venecia, donde la mayor parte de las calles estaban hechas de agua, los vehículos terrestres solo podían llegar hasta Piazzale Roma, el aparcamiento situado en las afueras de la ciudad. Bajo el inclemente sol de un día radiante, Mario Ferrone fue a recoger su coche, acompañado de su hermano Damiano.

–Parece que tu hotel está yendo muy bien, ¿no? Tienes futuro, hermanito.

–Bueno, puede que sí –le contestó Mario, sonriendo.

–No me cabe duda –añadió Damiano con entusiasmo–.

Después de todo, mira quién fue tu maestro.

Damiano era dueño de una exitosa cadena de hoteles y Mario había aprendido a desenvolverse en el negocio trabajando en varios de ellos.

–Así es. Aprendí del mejor. Y tener un sitio en Verona es un gran paso. Varios empresarios hoteleros nos hemos agrupado para promocionar el asunto de Romeo y Julieta.

–La ciudad de los amantes –dijo Damiano–. Eso te viene perfecto. Ni creerías algunas de las historias que he oído sobre ti.

–Bueno, no pueden ser muy recientes.

–No. Ya veo que has sentado la cabeza en estos últimos dos años, pero antes recuerdo muy bien que la expresión «chico malo» llegó a otro nivel contigo.

–Bueno, la mayoría de nosotros hace eso antes de encontrar a la mujer adecuada.

–Cierto. Yo no era ningún santo antes de conocer a Sally. Pero tú no has conocido a tu «Sally», así que… ¿cómo es que te has vuelto tan virtuoso de repente?

–¿Virtuoso? ¿Yo? No me insultes.

Damiano sonrió.

–Bueno, ¿entonces es solo una cortina de humo?

–No. Realmente he cambiado, pero no necesariamente para mejor.

–No digas eso. Has mejorado mucho. Estás más tranquilo, más serio, más adulto…

–Sí. Y también, sospecho, más exigente y me he vuelto muy desagradable en muchas ocasiones –dijo Mario, como si no tuviera importancia.

–Oye… ¿por qué eres tan duro contigo?

–A lo mejor porque me conozco mejor de lo que me conoce nadie. Ya no soy ese tipo agradable que era antes, si es que alguna vez lo fui.

–Entonces ¿qué fue lo que te hizo cambiar?

Mario le dio una palmadita en el hombro.

–No me preguntes. Es una larga historia… una de esas que prefiero no recordar muy a menudo. Dejémoslo ahí. Será mejor que me ponga en marcha. Giorgio ha contratado a una periodista y dice que va a hacer un trabajo formidable con la promoción de lo de Romeo y Julieta. Voy a conocerla esta noche durante la cena.

–Bueno, mucha suerte. Nos vemos, hermano.

Los hermanos se dieron un fuerte abrazo. Damiano retrocedió y se despidió con un gesto al tiempo que Mario salía del aparcamiento para incorporarse a la vía que salía de las islas.

Había unos ciento veinte kilómetros entre Venecia y Verona. Durante el viaje, Mario reflexionó sobre lo que le había dicho su hermano. Damiano no sabía que uno de los puntos de inflexión en su vida había sido su matrimonio con Sally, que había tenido lugar cuatro años antes. Él siempre se había sentido muy atraído por ella, y había tenido que luchar contra eso con todas sus fuerzas. Había luchado y luchado, trabajando duro en los hoteles de su hermano, en Roma, en Florencia, en Milán… Muy pocas veces regresaba a Venecia. Hasta ese momento había llevado una vida libre y sencilla. Era joven, encantador y apuesto, y no tenía ningún problema para atraer a las mujeres, a demasiadas, en realidad.

Había vuelto a Venecia por el nacimiento de su sobrino y entonces, para su sorpresa, se había dado cuenta de que ya no se sentía atraído por Sally. Los sentimientos que había albergado por su cuñada se habían convertido en un mero vínculo de hermandad. Había empezado a verla como a una hermana y se había acomodado fácilmente en su nueva vida ocupada por el trabajo y el placer.

Pero entonces había llegado ese segundo punto de inflexión, ese día en que había conocido a la única mujer que había marcado la diferencia, la única capaz de ahuyentar toda esa soledad y de darle sentido a su vida. La fantasía se había hecho realidad. Sus sentimientos habían sido correspondidos y ella se había arrojado a sus brazos, pero… el sueño no había durado mucho tiempo. Ella había terminado abandonándole. Le había dado con la puerta en las narices

y le había condenado a un triste aislamiento que se había convertido en un auténtico suplicio, sobre todo después de haber experimentado ese pequeño atisbo de un futuro feliz.

Adquirir el hotel había sido un golpe de suerte dos años antes. El dueño estaba impaciente por vender y había aceptado un precio especial, así que su vida se había encaminado, rumbo al éxito y a una vida independiente. Aunque no fuera capaz de conseguir nada más en la vida, al menos en eso sí conseguiría lo que se propusiera. Era una promesa que se había hecho a sí mismo.

Llegó al hotel por fin y Giorgio salió a recibirle.

–Todo está listo.

–¿Ha llegado la chica?

–Sí, hace una hora. No era la persona a quien esperábamos. La agencia tuvo que hacer un cambio de última hora, pero parece una persona muy seria y profesional.

–Estoy deseando conocerla.

A medida que avanzaban por el elegante vestíbulo, Mario miró a su alrededor. Ese era su lugar, el futuro que se había labrado con sus propias manos.

–Tengo una buena corazonada respecto a esto. Creo que vamos por el buen camino y que nos dirigimos hacia un buen destino.

–El destino donde está el dinero –añadió Giorgio con una sonrisa.

–Por supuesto, pero eso no es lo único. De alguna forma, parece que todo empieza a ir bien.

–Ese es el espíritu. Prepárate y entonces te presentaré a… ¿Mario? Mario, ¿ocurre algo?

Mario no le oyó. Reclamaba su atención la gran escalinata que llevaba al piso superior. Contemplaba la escalera como si estuviera hipnotizado. Una joven bajaba los peldaños en ese momento. Se movía lentamente, deteniéndose de vez en cuando para mirar los cuadros que había en las paredes. Mario estaba al pie de la escalera, pero ella no reparaba en él. Parecía muy interesada en los lienzos.

De repente su mirada se fue a posar sobre el hombre que se encontraba al final de la escalera. Se detuvo de golpe, como si no fuera capaz de creer lo que veían sus ojos.

Natasha sintió que se quedaba paralizada. Trataba de comprender lo que ocurría. Era imposible que Mario estuviera allí, observándola con esa cara de absoluta sorpresa.

«Imposible», se dijo, atónita.

Pero era cierto. Estaba allí, con la expresión de un hombre al que una pesadilla se le había hecho realidad.

Natasha intentó moverse, pero no fue capaz. Él había empezado a

subir los peldaños e iba hacia ella, no sin reticencia.

–Creo que… ya nos conocemos.

Más de una docena de respuestas distintas retumbaron en la cabeza de Natasha.

–No. Nunca nos hemos visto.

La respuesta le había tomado por sorpresa. Era evidente.

–¡Ah! Ya veo que se acaban de conocer –exclamó Giorgio de repente.

Saludándoles efusivamente, subió los escalones hasta llegar hasta ellos.

–Natasha, déjeme presentarle a Mario Ferrone, el dueño del hotel y presidente de la Comunità. Mario, ella es Natasha Bates, la persona que le va a contar al mundo las maravillas de Verona.

Mario la saludó con un gesto formal.

–Buongiorno, signorina. Un placer conocerla.

–¿Cómo está? –dijo ella, saludándole con un gesto igual de cortés.

–Vamos a cenar –dijo Giorgio–. Así podremos charlar más tranquilamente.

Les habían preparado una mesa en una estancia privada del hotel que ofrecía las mejores vistas del río. Giorgio apartó la silla más próxima a la ventana para Natasha.

Un camarero apareció de inmediato, ansioso por servir al dueño del hotel. Su actitud era respetuosa y muy servicial. Natasha no pudo evitar recordar las palabras de Giorgio respecto a su jefe.

El Mario Ferrone al que ella había conocido era un playboy caradura que nada tenía que ver con el tipo autoritario que el gerente le había descrito. Sin embargo, mientras le observaba notó que su rostro había cambiado. Estaba más delgado y su expresión era más intensa. Incluso su sonrisa mostraba una reserva que no tenía antes. Volvió la mirada hacia él con disimulo y se dio cuenta de que él también la observaba atentamente. ¿Qué vería en ella? ¿Acaso había cambiado tanto también? Seguramente…

Giorgio reclamó su atención al servirle una copa de vino con una sonrisa radiante y deferente, llena de admiración. Sin duda debía de haber sido un hombre muy bien parecido en su juventud y era evidente que no había perdido esa chispa de flirteo que debía de tener en el pasado.

–¿Cuánto le han contado acerca del trabajo?

–Tutéeme, Giorgio, por favor. Solo me han dicho que algunos empresarios hoteleros de Verona se habían asociado para promocionar el vínculo de la ciudad con la historia de Romeo y

Julieta.

–De acuerdo, señorita… Natasha –el gerente se mostró encantado–. Eso es. El Ayuntamiento ya hace mucha promoción. Trabajan duro

para traer turistas, pero los empresarios de la industria hotelera querían ganar algo más de atención mediática, así que constituyeron la Comunità di Verona Ospitalità con el fin de sacarle el mayor partido posible a la ciudad en la que se ambientó la más grande historia de amor del mundo. Shakespeare no inventó esos personajes. Realmente había dos familias, los Montesco y los Capuleto, y sí tuvieron hijos que se enamoraron y que murieron. Todo ocurrió a principios del siglo XIV. La historia fue contada una y otra vez durante los dos siglos siguientes y Shakespeare terminó basando su famosa obra en la leyenda de los amantes de Verona. Los turistas vienen para ver el balcón de Julieta y se imaginan la escena como si hubiera tenido lugar allí.

–Pero no fue así –dijo Mario con sequedad–. La casa era de la familia Capello, pero el Ayuntamiento añadió el balcón hace poco menos de un siglo.

–Pero si todo el mundo sabe que… –dijo Natasha.

–Lo saben, pero lo ignoran –repuso Giorgio con entusiasmo–. La gente suele inclinarse a creer lo que quiere creer.

–Cierto –dijo Natasha–. Y por eso nos toman el pelo con tanta facilidad.

No miró a Mario directamente mientras pronunciaba las palabras, pero tuvo la sensación de que él la miraba en ese momento.

–Y podemos aprovecharnos de eso –comentó Giorgio–. El balcón de Julieta, su tumba, el sitio donde Romeo se quitó la vida porque no podía soportar la idea de vivir sin ella y el lugar donde ella se suicidó por la misma razón. ¿Es cierto? Lo es si queremos que lo sea.

–Oh, sí –apuntó Natasha–. Cierto si queremos que lo sea, hasta que un día nos veamos obligados a hacer frente a la realidad de que no es cierto, por mucho que queramos pensar que no es así.

–Pero así es la industria de la publicidad y el marketing –dijo Giorgio–. Se trata de crear una fantasía que haga feliz a la gente.

–¿Y qué más podemos pedir? –exclamó Mario.

Levantó su copa y bebió un sorbo, aparentemente ajeno a su presencia.

–Cuéntenos algo sobre su trabajo, signorina –dijo de repente.

Natasha se volvió hacia él y le miró a los ojos.

–¿Disculpe?

–He dicho que por qué no nos cuenta algo de su trabajo, algo de usted. Seguro que tiene muchas cosas que contarnos. ¿Tiene alguna obligación familiar? ¿Puede quedarse a vivir en Verona durante varias semanas, o hay alguien en casa que la va a echar de menos?

–Supongo que sí lo habrá –dijo Giorgio con caballerosidad–. Natasha es encantadora. Sin duda debe de haber un montón de hombres tras ella.

–Bueno, pero eso no quiere decir que les deje que me alcancen.

–A algunas mujeres se les da muy bien ser discretas –declaró Mario.

–Por supuesto –apuntó Giorgio–. Ese es el secreto, dejar que vayan tras ellas, pero no dejar que ninguno se acerque lo bastante como para llegar a conocer lo que piensan y sienten –le dio un beso en el dorso de la mano en un alarde de galantería. Signorina, ya veo que es toda una experta en dejar con la incógnita a sus admiradores.

–Pero ¿cuál es la incógnita? –preguntó Mario–. ¿Acaso alguno de ellos puede presentarse aquí para hacer valer sus derechos?

–¿Qué derechos? –preguntó Giorgio–. Natasha no está casada.

–Eso es irrelevante –observó Mario–. Solo hay que leer Romeo y Julieta para saber que un hombre y una mujer pueden tomar esa decisión poco después de conocerse. Y nadie se atreve a interponerse en su camino.

–Cuando las personas temen ser traicionadas, pueden caer en la violencia –dijo Giorgio, reforzando las palabras de Mario.

Natasha asintió.

–Y, si saben con certeza que han sido traicionadas, nunca se sabe hasta dónde puedan ser capaces de llegar para hacer que alguien pague por ello y pida perdón –dijo, dejando que su mirada se desviara hacia Mario.

Sintió un curioso alivio al ver que él captaba el silencioso mensaje. De repente rehuyó su mirada y cuando volvió a decir algo su voz sonaba tan profesional y desafiante que casi cortaba con las palabras.

–Bueno, ¿entonces podemos esperar que un amante celoso la siga hasta aquí?

Natasha le miró de frente y encajó el golpe de esa hostilidad que manaba de sus pupilas.

–Al contrario. Pueden estar seguros de que por nada del mundo me marcharé antes de haber concluido mi trabajo aquí – dijo en un tono ecuánime–. A diferencia de muchos, yo soy sincera en lo que respecta a mis intenciones. No hago promesas para después romperlas.

–No es eso lo que he preguntado exactamente.

Natasha le dedicó una sonrisa llena de seguridad en sí misma, dejándole claro así que sus preguntas simplemente la divertían.

–Puedo asegurarles que no tengo ninguna atadura ni compromiso. Además, ningún hombre me dice lo que tengo que hacer, y si alguien llegara a intentarlo… –se acercó a Mario– me aseguraría de hacer que se arrepintiera de haberme conocido. Eso se me da muy bien.

–La creo.

Giorgio les dedicó una mirada de curiosidad.

–Bueno, ¿acaso os conocéis de antes?

–No –dijo Natasha rápidamente, antes de que Mario pudiera

contestar.

–¿De verdad? Me da la sensación de que estoy viendo un combate de esgrima.

–Es más divertido así –replicó Natasha en un tono ligero–. Háblame de Verona, Giorgio… Bueno, eso si el señor Ferrone sigue pensando en contratarme. Si no es así, simplemente haré la maleta y me iré. ¿Es así?

Hizo ademán de ponerse en pie, pero la mano de Mario la hizo detenerse.

–No es necesario –le dijo en un tono hostil–. Sigamos adelante con el trabajo.

–Sí, eso es lo más importante –declaró Natasha, y se volvió a sentar.

La mano de Mario permaneció sobre su brazo durante una fracción de segundo.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Se queda?

–Me quedo.

Capítulo dos

Mario la soltó.

–Siempre y cuando nos entendamos bien.

Natasha respiró profundamente al tiempo que asimilaba la ironía de esas palabras. Nunca habían logrado entenderse bien, y jamás lo conseguirían. Jamás pasarían de esa pose defensiva y llena de desconfianza.

Se volvió hacia Giorgio y adoptó su actitud más profesional.

–Bueno, es hora de hablar con el gerente de publicidad. Dime, ¿qué instrucciones tengo?

–Tenemos que hacer un viaje por toda Verona, para ver todos los lugares más significativos, sobre todo el balcón. Hoy en día incluso se pueden casar en la casa de Julieta. Y después los novios salen al balcón para hacerse fotos.

–Muy útil –apuntó Natasha. Sacó su cuaderno de notas y se puso a escribir–. La escena del balcón es la más famosa de toda la historia.

–Sí. A la gente le encanta imaginarse a Julieta asomada a ese balcón, suspirando por su amante, diciendo, «Romeo, Romeo, ¿dónde estás Romeo?».

–En realidad, no pregunta «dónde», sino que pregunta por qué tiene que ser él, por qué ha tenido que enamorarse precisamente de él. Ese adverbio interrogativo tenía otra acepción en aquellos tiempos. No se refería al lugar, sino al motivo. Lo que está diciendo en realidad es «¿Por qué tuviste que ser tú, Romeo, un Montesco, un enemigo? En tiempos de Shakespeare, si se quería saber por qué alguien se había comportado de una determinada manera, entonces se decía… –Natasha asumió su estilo más dramático–. «¿Por qué habéis hecho esto, granuja?».

–¿Granuja? –repitió Giorgio.

–Sí. Granuja, pícaro, pillo. Es lo que se le decía a alguien que se había comportado mal.

Giorgio dejó escapar una carcajada.

–Eso no se me va a olvidar. Granuja, briccone.

–O traditore –añadió Natasha en un tono ligero.

–¡Ah! Entonces sí conoces algo de italiano, ¿no?

–Unas cuantas palabras.

–Bueno, pues me encantaría saber cómo aprendiste esa palabra en particular.

–Pues te vas a quedar con la duda –Natasha se echó a reír.

Mario no la estaba mirando. Parecía completamente absorto en la cata del vino que estaba saboreando.

Un hombre apareció en el umbral y le hizo señas a Giorgio. –Tengo que salir un momento, pero vuelvo enseguida –puso una mano sobre el hombro de Natasha–. No te vayas. Tengo una muy buena sensación.

–Y yo –dijo ella–. Aquí te espero, Giorgio.

Una vez se marchó Giorgio, Mario le llenó la copa de vino nuevamente.

–Cuidado con Giorgio. El flirteo forma parte de su oficio.

–Por supuesto que sí. Es una forma más que toma la industria del entretenimiento. No tiene nada de malo.

–Siempre y cuando no muerdas el anzuelo.

–Yo no. Hoy en día ya no me dejo engañar por nada ni por nadie.

Él levantó su copa para hacer un irónico brindis.

–Vaya coincidencia. Me pregunto cuál de los dos está más sorprendido.

–Bueno, nunca lo sabremos.

–Hace un momento me quedó claro que estabas decidida a decir que no nos conocemos de nada.

–¿Hubieras hecho otra cosa tú?

–No, pero no creo que hubiera podido decirlo tan rápido y con tanta contundencia. Negaste conocerme como si te fuera la vida en ello.

–Pero no nos conocíamos. En otra época creímos que sí, pero ambos estábamos equivocados. Tú pensaste que yo era fácil de engañar. De lo contrario no hubieras perdido el tiempo conmigo. Pero no contabas con que Tania apareciera por allí para hacerme ver cómo eras en realidad.

–Admito que hubo una época en la que tuve una relación con Tania, pero eso se acabó.

–¿Ah, sí? Pues a mí me parece que ella pensaba otra cosa. En ese momento parecía que seguía pensando que eras de su propiedad. Y por eso se sintió tan traicionada cuando nos vio. No. Era a mí a quien pensabas dejar, y por eso no dejabas de insinuar que tenías algo que decirme. Dijiste que no era algo fácil de decir, pero… claro, nunca es fácil dejar a alguien, ¿no?

Mario se puso pálido.

–¿No? Pues tú lo hiciste sin ningún problema.

–Dejarte fue lo más fácil que he hecho jamás, pero eso es porque tú

me diste motivos.

–Pero la forma en que lo hiciste, esfumándote para que nunca pudiera encontrarte. ¿Tienes idea de lo que pasé? Fue como buscar a un fantasma. Casi me volví loco porque me negaste toda posibilidad de explicar…

–¿Explicar qué? ¿Me ibas a decir que estabas pasando el rato conmigo? Si hubieras sido el hombre que yo creía que eras… Bueno, dejémoslo ahí. No eras ese hombre y nunca lo serías. Es mejor que sigamos comportándonos como dos extraños. –¿Sigamos? Sí, bueno… Siempre fuimos unos extraños el uno para el otro, ¿no?

–Siempre lo fuimos y siempre lo seremos. Es un arreglo de negocios muy bueno.

–¿Y tú eres una mujer de negocios?

–Eso es. Y lo que elegí ser. Capisci?

Él asintió.

–Capisco. Lo entiendo.

–A partir de ahora todo son negocios. El pasado no ocurrió. Solo fue una ilusión.

–Una ilusión… Sí. Me imaginé que así había sido cuando te desvaneciste de la faz de la Tierra. Y ahora has aparecido de repente, de la misma forma en que desapareciste.

–Otra ilusión, un espejismo. En realidad no estoy aquí.

–Entonces, ¿si aparto la mirada te esfumarás de nuevo?

–A lo mejor es eso lo que debería hacer.

–No –dijo él de pronto–. ¡No! De nuevo no. Jamás podrás entender cómo… No importa. Capisci?

–Capisco. Lo entiendo todo muy bien.

–Prométeme que no te marcharás.

–Muy bien.

–Dame tu palabra.

–Mira…

–Dilo. Demuéstrame que puedo confiar en ti, al menos esta vez.

–¿Confiar en mí al menos esta vez? Como si hubiera sido yo la que hubiera incurrido en una traición… Pero ¿cómo tienes el descaro…?

–Ya vuelve –dijo Mario a toda prisa, mirando en dirección a Giorgio, que se acercaba en ese momento–. Sonríe.

Natasha hizo un esfuerzo por mostrar su expresión más indiferente, pero era difícil. En cuanto el gerente llegó a la mesa se puso en pie.

–Me voy a la cama. Ha sido un día largo, con el vuelo y todo.

–Cierto. Descanse –dijo Mario–. Nos vemos aquí mañana a las nueve.

Se dieron la mano y Natasha se marchó de inmediato.

Giorgio la observó mientras se alejaba y entonces miró a Mario.

–¿Qué pasa? Ambos estabais muy tensos. Por un momento llegué a

pensar que había habido algo entre vosotros.

–Nada de nada. Y jamás podría haberlo.

–Una pena. Romeo y Julieta también tenían las estrellas en su contra. Hubiera sido interesante hacer la promoción con otra pareja de amantes con las estrellas en su contra. Después de todo, si dos personas están destinadas a estar juntas, pero no son capaces de solucionar las cosas… bueno… no está en sus manos, ¿no? Simplemente tienen que disfrutar de las cosas mientras puedan, y aceptar que el destino está en su contra.

–¿Eso no es como rendirse fácilmente?

–Es lo que Romeo y Julieta tuvieron que aceptar.

–Y entonces murieron.

–Murieron físicamente, pero no tiene por qué ser siempre así. A veces la gente simplemente se muere por dentro.

–Sí –murmuró Mario–. Eso es cierto.

–Voy a llamar a los otros miembros de la asociación para concretar una reunión. Estarán encantados con ella. Hemos encontrado a la persona adecuada. ¿No crees?

Mario asintió y habló con una voz de hierro.

–Sí. La persona adecuada. No hay duda. Tengo que ponerme en marcha. Se me ha acumulado mucho trabajo mientras estuve fuera.

Se fue a toda prisa. Necesitaba alejarse cuanto antes de esa mirada inquisitiva de Giorgio.

Ya en el piso de arriba, se dirigió hacia su dormitorio, pero se detuvo antes de entrar. La habitación de Natasha estaba al otro lado del pasillo. Dio unos pasos en dirección a la puerta y se detuvo frente a ella. Se preguntaba qué estaba ocurriendo al otro lado en ese preciso momento. La mujer a la que había conocido esa noche no tenía nada que ver con aquella dulce chica del pasado.

No se oía más que silencio proveniente del otro lado. Se acercó un poco más y levantó la mano para llamar, pero entonces la bajó de inmediato. No era el momento adecuado.

En lugar de regresar a su propia habitación dio media vuelta de nuevo y bajó las escaleras, rumbo al jardín. Solo la brisa fresca de la noche podría calmar sus pensamientos.

Natasha caminaba de un lado a otro. Después del día que había tenido lo normal hubiera sido caer rendida de sueño en la cama, pero tenía los nervios como las cuerdas de una guitarra y tenía miedo de pasar una noche entera de insomnio, atormentada por esos pensamientos que quería evitar.

–No –se dijo a sí misma en voz alta–. No voy a recorrer ese camino de nuevo. El pasado, pasado es. Se acabó.

Durante el año anterior había sufrido de insomnio una y otra vez y había tenido que tomar pastillas para dormir. Las sacó del bolso una vez más.

–No voy a pasarme toda la noche en vela, pensando en él. Esto es la guerra.

Se tomó dos pastillas, pero, en vez de irse a la cama, salió al exterior durante unos minutos. El enorme ventanal daba acceso a un amplio balcón situado sobre un angosto jardín. Había flores, unos cuantos árboles y más allá se divisaba el río Adige. Sus aguas reflejaban los rayos de luna.

–Lo último que quería era encontrármelo de nuevo. Vine aquí para empezar una nueva vida –murmuró, hablando consigo misma–. Pero ¿por qué tenías que ser tú, Mario?

Las palabras sonaron demasiado fuertes en la quietud de la noche. Alarmada, Natasha volvió a entrar en la habitación y cerró la ventana con firmeza.

Fuera reinaba la más absoluta calma. La oscuridad se cernía sobre la ciudad y no había nadie que pudiera ver a Mario, una figura solitaria y silenciosa en el jardín. Lo que había presenciado le sorprendía, le confundía. Sus palabras, un mero susurro, habían volado hasta él con la brisa nocturna. No había sido más que un eco y ni siquiera estaba seguro de haber oído bien.

Creer en aquello que tanto había anhelado creer era algo que no estaba dispuesto a hacer. Esa era la senda del peligro, de la desilusión… Retrocedió hacia las sombras y sus ojos permanecieron fijos en esa ventana hasta que la luz se apagó por fin.

Y entonces su mundo quedó sumido en la más profunda oscuridad.

A las nueve de la mañana, Mario se presentó en la mesa para desayunar. Al ver que Giorgio estaba solo frunció el ceño.

–¿Dónde está ella? Le dije que estuviera aquí a las nueve.

–Por favor, démosle un pequeño margen. Solo son unos pocos minutos. No es una máquina, sino una joven encantadora.

–Es una empleada a la que se le paga un salario muy alto, y a cambio de eso espero puntualidad y obediencia. Por favor, llama a su habitación.

–Llevo media hora llamando –le dijo Giorgio–. Pero no contesta nadie. A lo mejor no quiere hablar con nosotros.

«O a lo mejor no puede», le dijo una voz interior a Mario. Recordó a la mujer fría y profesional a la que había conocido la noche anterior,

segura de sí misma y lista para desafiarle en todo momento.

Sin pensárselo dos veces, sacó el teléfono móvil y llamó a su habitación. El timbre sonó durante un largo tiempo, pero nadie descolgó el auricular.

–Si fuera cualquier otra persona, pensaríamos que se había marchado sin pagar –dijo Giorgio–. Pero no le cobramos por usar esa habitación, así que no hay motivo para marcharse sin pagar.

–Así es –dijo Mario con el rostro más serio que nunca–. No hay ninguna razón.

–Voy a llamar a su puerta.

–No, quédate aquí. Voy a ver qué ha pasado.

Sin perder ni un segundo, se dirigió a su despacho y buscó los juegos de llaves que guardaba. Localizó la que abría la puerta de Natasha y se encaminó al piso de arriba. Después de un momento de vacilación abrió la habitación por fin. La vio de inmediato, tumbada en la cama, inmóvil y silenciosa. Alarmado, Mario corrió hacia ella. Se inclinó y entonces comprobó que respiraba.

El alivio que sentía era tan grande que tuvo que agarrarse a una cómoda cercana para no perder el equilibrio. Debía marcharse de allí antes de que le descubrieran, pero no podía. Se agachó a su lado y la observó en silencio. Había soñado con un momento como ese muchas veces. Había soñado con despertarse y encontrársela a su lado, dormida y feliz. Se acercó un poco más hasta sentir la caricia de su aliento en la cara. Sabía que se estaba arriesgando mucho. Un hombre sensato se hubiera marchado en ese preciso momento, pero él no era de los sensatos.

Ella se movió de pronto, volviéndose hacia él. La ropa se le abrió, revelando mucho más de lo que podía soportar ver en ese momento. Natasha volvió a moverse de nuevo y estiró el brazo hacia él, susurrando cosas.

Mario tuvo que apartarse bruscamente. No era capaz de entender lo que decía. Se incorporó a toda velocidad y logró llegar hasta la puerta antes de que abriera los ojos. Una vez fuera, se apoyó contra la pared. Se le cortaba la respiración y la cabeza le daba vueltas.

Giorgio levantó la vista al verle acercarse.

–¿No la encontraste?

Mario se encogió de hombros.

–No miré mucho. Intenta llamarla de nuevo.

Giorgio marcó el número y esperó con cara de resignación.

–Parece que todavía… no, un momento. ¿Natasha? ¿Eres tú? ¡Gracias a Dios! ¿Dónde has estado? ¿Qué? ¿No sabes qué hora es? Muy bien. Se lo diré a Mario, pero date prisa –Giorgio colgó–. Dice

que se ha quedado dormida.

Mario se encogió de hombros.

–A lo mejor el vuelo fue más agotador de lo que pensamos.

Giorgio soltó una carcajada.

–A mí me parece que anoche lo pasó muy bien con alguien. Sé que acaba de llegar, pero una chica tan encantadora es una agradable compañía para cualquiera. Los hombres la miraban sin parar cuando bajó por esas escaleras. ¿Esperabas semejante belleza?

–No sabía qué esperaba –dijo Mario en un tono indiferente.

–Yo tampoco. Nunca pensé que sería una chica tan guapa y agradable. Bueno, lo mejor será sacarle el mayor partido posible a las circunstancias. Tenemos a Julieta en carne y hueso. Haber dado con ella fue un auténtico golpe de suerte.

Un golpe de suerte… Las palabras retumbaron en la cabeza de Mario.

–Sé muy bien qué es lo que está haciendo en este preciso momento –dijo Giorgio en un tono pícaro–. Se está volviendo hacia el hombre que la acompaña en la cama, diciéndole… «Tienes que irte ahora mismo, antes de que alguien te encuentre aquí». A lo mejor deberíamos vigilar la puerta para ver quién sale. –Ya es suficiente.

–Con una chica tan bonita como esa, nunca es suficiente. No me digas que no sabes a qué me refiero. Te quedaste obnubilado en cuanto la viste.

–Deja el tema, Giorgio.

–Muy bien. No quieres admitir que tuvo ese efecto sobre ti. De acuerdo. Después de todo, eres el jefe. Pero no dejes que ella se dé cuenta de que te tiene comiendo de la palma de su mano.

–Te he dicho que dejes el tema, Giorgio.

–Muy bien. No te enfades conmigo. Solo estaba pensando que, si hay una atracción mutua, podemos aprovecharla a nuestro favor.

–Te equivocas. No hay atracción alguna aquí.

–Es una pena. Hubiera sido muy divertido.

Lentamente, Natasha sintió que la vida volvía a su cuerpo al tiempo que colgaba el teléfono.

–¡Las nueve y cuarto! ¡Dios! No debí tomarme esas pastillas. No puedo escapar de él. ¿Acaso escaparé alguna vez?

Se dio una ducha de agua fría, se puso unos pantalones de corte sastre y una elegante americana y se arregló el pelo como pudo. Giorgio y Mario la esperaban abajo, ya en la mesa.

–Lo siento muchísimo. No quería llegar tarde, pero estaba más cansada de lo que pensé en un primer momento.

–Es comprensible –le dijo Giorgio con galantería.

Mario le dedicó una mirada cínica, pero se mantuvo en silencio.

–¿Dónde está el camarero? –preguntó Giorgio, frunciendo el ceño–. Voy a buscarle para que traiga el desayuno –dijo, y se marchó.

–Me alegro de que Giorgio se haya marchado –declaró Natasha–. Así podremos hablar con franqueza. Anoche me detuviste y me dijiste que me quedara, pero… ¿de verdad es eso lo que quieres? ¿No crees que estarías mucho mejor sin mí por aquí?

–Si fuera eso lo que pensara, lo habría dicho.

–Pero… piénsalo. Tener que vernos todos los días, intentar evitar los enfados, fingir que nos caemos bien… No creo que quieras eso, ¿no? Te estoy dando la oportunidad de que te libres de mí, Mario.

–¿Y qué me dices de ti? ¿Quieres aprovecharla?

–No tengo problema.

–Pero tú crees que yo sí lo tengo. Gracias por ese voto de confianza. Somos profesionales y podemos trabajar si lo tenemos presente en todo momento.

–Cierto –dijo Natasha, ofreciéndole la mano.

Él se la estrechó.

–A lo mejor debería decirte que a Giorgio se le están ocurriendo unas cuantas ideas… exóticas sobre ti. Piensa que tenías a un amante en la habitación y que te quedaste dormida por eso.

–¿Qué? Tomé unas pastillas para dormir. ¿Un amante? Pero si no llevo ni un día aquí.

–Giorgio piensa que eres de esas chicas que pueden atraer a los hombres en un tiempo récord.

–¡Vaya!

–Bueno, a su modo de ver las cosas, es un cumplido.

Natasha frunció el ceño y entonces se rio.

–Supongo que me acostumbraré a tratar con él.

Giorgio apareció en ese momento con el desayuno.

–En cuanto termines de desayunar, nos ponemos manos a la obra. Te conseguiré un plano de la ciudad.

–Ya tengo uno –dijo Natasha, sacándolo de su bolso–. Lo compré en el aeropuerto para estar preparada. Cuantas más cosas tengamos previstas, más fácil resultará todo.

–Cierto –murmuró Mario–. Pero hay algunas cosas que no se pueden planear.

–Y nunca se puede anticipar cómo pueden resultar –añadió Natasha–. Se puede intentar, pero… –se encogió de hombros.

–Pero siempre nos toman por sorpresa.

–No siempre. Solo a veces. Es mejor estar preparado para lo que pueda venir.

Giorgio miraba a uno y a otro como si la alarma hubiera vuelto a sonar dentro de su cabeza.

–Bueno, ya es hora de hacer planes –dijo–. He llamado a los otros miembros de la asociación y están deseando conocerte.

Estamos invitados a cenar en el Albergo Splendido esta noche –Giorgio le dedicó una mirada radiante a Natasha–. Va a ser tu gran noche.

–Bueno, entonces será mejor que me prepare. Daré un paseo por Verona para empaparme bien del espíritu de la ciudad y no defraudar esta noche. De lo contrario pensarán que soy una inexperta.

–Bien pensado –dijo Giorgio–. Te acompañaré. Lo pasaremos muy bien.

–Bueno… –Natasha señaló una calle en el plano–. Esta es la Via Capello, donde está la casa de Julieta, ¿no? Me gustaría ir allí primero, y después a la casa de los Montesco. Para terminar quisiera ver la tumba y después ya podré ponerme a hacer planes.

–Nos vamos en cuanto termines de desayunar –dijo Mario de repente.

Capítulo tres

El coche, conducido por un chófer profesional, les estaba esperando y no tardaron en ponerse en camino.

Natasha ya sabía muchas cosas sobre Verona, pues había leído mucho sobre la ciudad durante el viaje en avión. Era una ciudad antigua y gran parte de su arquitectura se remontaba a los tiempos del imperio romano, dos mil años atrás. Varios lugares habían sobrevivido a esa era, emplazamientos como el gran anfiteatro donde los gladiadores daban muerte a sus víctimas.

Edificios históricos se alineaban a ambos lados de las calles, y muchos tenían ese halo de misterio y romance que tan seductor resultaba. Natasha mantenía la vista fija en ellos mientras el vehículo avanzaba. Trataba de empaparse de esa atmósfera de otra época, tan hermosa e intrigante.

–Estamos a punto de llegar a Via Capello –dijo Mario–. Enseguida llegaremos a la casa de Julieta.

Unos minutos después, el coche se detuvo frente a la entrada de un corto túnel. Mario y Natasha bajaron del vehículo y se unieron a una multitud que caminaba hacia el patio situado al otro lado del pasadizo. El famoso balcón estaba en el otro extremo. Natasha observó ese pedacito de historia con unos ojos llenos de expectación.

–Es maravilloso. Sé que lo construyeron hace menos de cien años, pero es precioso. Encaja a la perfección en la casa. Casi puedes ver a Julieta asomada en él.

–Bueno, en realidad está ahí mismo –dijo Giorgio, señalando a una figura que estaba un poco más adelante, justo debajo del balcón.

Era una estatua de bronce de una mujer.

–Julieta –dijo Natasha.

Mientras observaba la escultura, una mujer se acercó a la pieza y puso su mano sobre el busto de Julieta. Otra mujer hizo lo mismo después, y luego un hombre.

–Es una tradición –le explicó Mario–. Todo el mundo lo hace con la esperanza de que les traiga buena suerte. Por eso esa parte de la estatua está tan reluciente, porque la tocan cientos de manos al día. A

la gente le gusta tocar la estatua porque la ven como una mujer que sabe más del amor que nadie en el mundo.

–A lo mejor eso es verdad –murmuró Natasha–. Pero también conoce la tragedia, además del amor.

Intrigada, avanzó hasta la estatua. La cabeza de Julieta estaba ligeramente ladeada. Parecía que escudriñaba la distancia, como si solo pudiera encontrar lo que buscaba en otro mundo.

Otra mujer se acercó a la estatua para tocarla, cerrando los ojos. Murmuró algo de repente y entonces se apartó, con una sonrisa en los labios. Era evidente que sentía que había recibido una respuesta.

«Ojalá fuera así de sencillo», pensó Natasha.

Se volvió hacia Mario. Él se le acercó un poco y habló en voz baja.

–¿Estabas pidiéndole consejo a Julieta? –le preguntó, arqueando una ceja.

–No. Ella es una fantasía, nada más.

–Qué pragmática.

–Yo soy muy pragmática, y me alegro. Resulta muy útil.

–Pero si vas a promocionar esa fantasía tan romántica, ¿no crees que deberías creer en ello al menos un poco?

Natasha le miró con una expresión sarcástica, ladeando la cabeza y esbozando una sonrisa irónica.

–En absoluto. No es necesario creer en algo para convencer a otra gente de que es cierto.

–Me pregunto si tienes razón.

–Sabes que tengo razón –le dijo Natasha rápidamente. Un destello de rabia brilló en sus ojos–. Todos lo sabemos en realidad.

–Bueno… –él titubeó un poco–. Entonces, ¿me estás diciendo que te has endurecido?

–Muchísimo, así que… ándate con cuidado.

–No hace falta que me lo digas.

Durante una fracción de segundo, Mario se sintió tentado de decirle todas las cosas que había sentido en un primer momento, al verla en esa escalera, pero la prudencia ganó la batalla. Además, no iba a darle la satisfacción de saber que aún tenía el poder de turbarle de esa manera.

–No me irás a decir ahora que yo soy la única que se ha endurecido, ¿no?

–Claro que no. Se llama «instinto de supervivencia».

Ella asintió con la cabeza.

–Eso es. Siempre y cuando los dos lo tengamos claro, no habrá problemas. Bueno, tengo trabajo que hacer.

–Sí. Vamos a echar un vistazo.

De repente, se oyó un grito proveniente del extremo más alejado del patio.

–Buongiorno, amici!

–¡Amadore! –exclamó Giorgio, tendiéndole la mano al desconocido.

Los tres hombres intercambiaron saludos en italiano.

–Signorina, este es Amadore Finucci, otro miembro de la Comunità. Amadore, esta es la señorita Natasha Bates, pero no habla italiano.

–Bueno, entonces estaré encantado de hablarle en inglés – dijo Amadore, agarrándole la mano.

Natasha le dedicó un saludo cordial y profesional.

–Señorita Bates –dijo Amadore, llevándose su mano a los labios para darle un beso en el dorso.

–Por favor, llámame Natasha.

–Gracias… Natasha. ¿Cuándo llegaste?

–Ayer –dijo Giorgio–. Tu padre nos ha invitado a cenar en su hotel esta noche.

–Sí, me lo dijo. Ahora tengo que irme, pero estoy deseando veros esta noche –añadió antes de marcharse.

Natasha miró a Mario con curiosidad. Él tenía el ceño fruncido.

–¿No te agrada la invitación?

–Eso es porque su hotel es uno de los más lujosos de la ciudad –dijo Giorgio–. Mario está celoso.

–No estoy celoso –replicó Mario con firmeza–. Admito que me da cierta envidia porque el dinero con el que cuenta para invertir en el negocio es ilimitado.

–Tienes que ver la sala de baile del hotel –le dijo Giorgio a Natasha.

–¿Sala de baile? Romeo y Julieta se conocieron en una sala de baile –se volvió hacia Mario–. ¿Hay sala de baile en tu hotel? –No. Ninguno de los demás hoteles la tiene.

–Bueno, entonces eso me da una idea. ¿Podemos volver al hotel ahora? Tengo que ponerme a trabajar.

–¿No vamos a visitar la casa de Romeo? –preguntó Giorgio.

–Mañana. Tengo algo importante y urgente que hacer. ¿Podrías darme una lista de todos los miembros de la asociación, con las direcciones de sus hoteles? Así puedo ver los emplazamientos y mirar qué necesitan.

–Me ocuparé de ello en cuanto lleguemos.

Mientras caminaban de regreso al coche, Giorgio se dirigió a Mario.

–Bueno, una chica emprendedora. Hay que tener cuidado.

–Sin duda –le contestó Mario.

Durante el viaje de regreso al hotel. Natasha sacó su cuaderno de notas y comenzó a escribir a toda velocidad. Las ideas le llovían y

tenía que capturarlas rápidamente. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no volvió a levantar la vista hasta que el coche se detuvo.

–Ya hemos llegado –dijo Mario, que la había estado observando en silencio.

–Yo necesito comer algo –comentó Giorgio–. ¿Nos vemos abajo en media hora para comer?

–Yo no puedo, gracias. ¿Es posible que me manden algo a mi habitación?

–Pero podemos celebrarlo todos juntos –insistió Giorgio.

–Ya tendremos tiempo de celebrarlo cuando este trabajo salga bien, y espero que así sea.

–Así será –dijo Giorgio–. Lo vas a hacer muy bien. ¿No crees, Mario?

–No me cabe duda –contestó Mario en un tono poco halagüeño.

–Los dos sois muy amables. Bueno, ahora, si me disculpáis… Les dedicó una sonrisa cordial y se dirigió hacia el ascensor.

Una vez arriba, se puso a trabajar, haciendo más anotaciones antes de que las ideas se le escaparan de la cabeza. Terminó tan enfrascada en la tarea que al principio no oyó los golpecitos en la puerta.

Cuando el sonido se hizo más fuerte, sí reclamó su atención, no obstante.

–Lo siento –dijo al abrir la puerta–. Me quedé tan… –al ver a Mario en el umbral se detuvo de golpe. Llevaba un carrito con comida.

–Su comida, signorina.

Natasha contempló la comida. Alguien se había tomado muchas molestias para preparar semejante manjar.

–Giorgio les dijo a los cocineros que prepararan lo mejor de la casa, para asegurarnos de que te quedes con nosotros. Hay risotto con endivias, y tiramisú, acompañado de Prosecco.

Ese era su vino favorito. ¿Cuántas veces lo había pedido para ella durante aquellas vacaciones en Venecia?

Todavía se acordaba.

–Delicioso –dijo Natasha en un tono educado mientras comía.

–Le diré a Giorgio que te ha gustado mucho. También te he traído esto –añadió, entregándole una carpeta.

Era la información que ella le había pedido antes.

–Ese hombre al que conocí hoy… parece que hay mucha alcurnia ahí, ¿no? El Albergo Splendido –añadió, hojeando el documento.

–Su hotel era un palacio antes. Te encantará. Estás causando sensación, ¿sabes?

–Bueno, al menos con Amadore parece que sí.

–No le tomes muy en serio. Flirtea con todas las mujeres de este planeta.

Natasha dejó escapar una carcajada.

–Ya me advertiste sobre Giorgio, y ahora me estás advirtiendo respecto a Amadore. Pero no tienes por qué hacerlo. Me doy cuenta perfectamente cuando un hombre está representando un papel. Él solo hizo su papel de italiano romántico y conquistador porque pensó que soy la típica inglesita bobalicona a la que se puede engañar fácilmente. Pero no tengo ningún problema con eso. Es encantador, pero no esperes que muerda el anzuelo.

–Supongo que debí imaginarme que dirías eso. Me pregunto si alguna vez muerdes algún anzuelo. –Bueno, ahora ya no. Nunca más.

–¿Y eso te parece todo un valor añadido?

–Bueno, creo que es muy práctico y seguro.

–Y la seguridad es lo más importante, ¿no?, sin importar quién pueda salir herido.

Natasha se volvió hacia él. Su temperamento empezaba a activarse.

–¿A quién herí yo? ¿De verdad he oído bien? ¿Después de lo que me hiciste?

–Yo no hice lo que tú pensaste que hice, y yo podría habértelo explicado, pero tú te volatilizaste en el aire, sin darme la oportunidad de defenderme.

–Pero ¿qué había que defender? Sé muy bien qué fue lo que vi.

–Natasha, ¿por qué no te das cuenta de que malinterpretaste lo que viste? Sí, yo había tenido algo con Tania. No soy un santo. Nunca he fingido serlo, pero no fue nada serio y comencé a sentir que debía terminar con ella. Las cosas habían cambiado en mi vida. Te había conocido y ya nada me parecía lo mismo. Tuve que hacer frente al hecho de que te quería a ti, y no a ella. Ese día vi a Tania y le dije que ya no podíamos seguir juntos, pero no conseguí que entendiera las cosas. Cuando la dejé me siguió, y así nos encontró juntos. Yo fui tras ella, para tratar de explicarle que sentía mucho haberle hecho daño, pero ella comenzó a gritar y se marchó. Yo regresé a la mesa donde estabas, con la esperanza de que tú sí me entendieras, pero tú ya no estabas. Intenté llamarte por teléfono, pero lo habías apagado. Fui al hotel, pero te habías ido unos minutos antes. Durante los días siguientes, intenté llamarte muchas veces, te mandé correos electrónicos, fui a tu apartamento… Pero habías cerrado cualquier vía de comunicación. Era como si hubieras dejado de existir.

–Exacto. Había dejado de existir. La chica que era entonces, inocente, algo estúpida y fácil de engañar, se desvaneció en el aire. Pero ahora hay otra mujer en su lugar, una que sospecha de todo, y que es algo difícil de tratar, una mujer que solo va a dar en la medida en que reciba. Ella sí existe. Ella soy yo. Es algo dura. No te va a gustar, así que… sé listo. Líbrate de ella.

El rostro de Mario se tensó de repente.

–Creo que no. Prefiero mantenerla cerca y hacerla enfrentarse a lo que hizo.

–¿Por eso hiciste que volviera?

–¿Qué quieres decir?

–No creo que sea una coincidencia que nos hayamos encontrado así como así.

Mario se puso pálido.

–¿Crees que hice algo para que vinieras a Verona?

–Podrías haberlo hecho.

–Bueno, pues yo te digo que no hice nada. ¿Cómo te atreves? Podría acusarte a ti de manipulación. ¿Convenciste a tu amiga para que te dejara venir en su lugar?

–De ninguna manera. No tenía ni idea de que ibas a estar aquí hasta que te vi.

–Yo tampoco. Bueno, aclaremos esto ya, Natasha. No utilicé ningún truco para hacerte venir aquí. No quería volver a verte, no después de la forma en que te habías comportado.

–La forma en que yo…

–Me dejaste así sin más. Me hiciste sentir que colgaba de un precipicio.

–Conozco muy bien esa sensación –dijo ella lentamente. Su voz estaba cargada de rabia.

–Muy bien. De momento tenemos que aceptar las cosas tal y como son. Somos enemigos, pero tenemos que ser aliados en todo lo que respecta a este trabajo. Nuestra pelea continúa, pero la lucha es justa.

–¿Ah, sí? Me pregunto si tu idea de una pelea justa será la misma que la mía.

–Bueno, supongo que terminaremos averiguándolo.

De repente sonó el móvil de Natasha, interrumpiéndoles. Era un mensaje de texto. No tienes por qué huir. Podemos arreglar las cosas, decía la misiva.

No estaba firmado, pero tampoco hacía falta. No era el primer mensaje que Elroy Jenson le enviaba desde que la había echado de su imperio mediático. Claramente esperaba que tirara la toalla y que regresara a la empresa con la cabeza baja.

Tenía que hacer algo para que no volviera a enviarle esa clase de mensajes. Rápidamente le contestó. Olvídame, de la misma forma en que yo te he olvidado, escribió.

La respuesta de Elroy no tardó en aparecer.

Si eso fuera cierto, no hubieras salido huyendo. Vuelve a casa. Puedo hacer mucho por ti.

Natasha reprimió un suspiro. ¿Cuánto más podría aguantar?

–¿Qué sucede? –le preguntó Mario–. ¿Quién te ha molestado?

–No es nada. Estoy bien.

–Bueno, no lo creo. A lo mejor deberías cambiar de número. Hacer eso es muy útil porque así el tipo no puede contactar contigo. Pero, claro, eso ya lo sabes. Mira…

Le quitó el teléfono de las manos sin darle tiempo a reaccionar y leyó el mensaje.

–Simplemente dile… ¿Qué quiere decir con eso de «salir huyendo»?

–Llevo meses huyendo de él. Es Elroy Jenson, el dueño de un gran imperio de medios de comunicación. Tiene negocios por todo el mundo.

–Sí, he oído hablar de él. Publica algunos de sus periódicos en Italia. No se trata de la clase de hombre a la que se pueda tener como enemigo.

–Yo me ganaba la vida escribiendo artículos para sus periódicos y revistas, pero un buen día decidió fijarse en mí. Yo no le correspondí en ningún momento, pero él no estaba dispuesto a aceptar un «no» por respuesta. Siguió molestándome hasta que un día no tuve más remedio que darle una bofetada. Desafortunadamente, algunos empleados nos vieron y el rumor no tardó en extenderse. Desde entonces ningún editor me compra artículos.

–Y él sigue enviándote mensajes, ¿no? ¿Por qué no cambias de número?

–Lo he hecho. Muchas veces. Pero siempre consigue el número nuevo. Es un hombre muy poderoso y sus tentáculos son muy largos.

–Bastardo!

–Si eso significa lo que yo creo que significa, entonces sí. Ahora no puedo ganarme la vida en Inglaterra y sigue persiguiéndome.

–¿Cree que vas a volver con la cabeza gacha, por dinero? Eso le encantaría, ¿no?, ver que vuelves a él por pura necesidad.

–Lo disfrutaría mucho, sí. Es esa clase de tipo. Pero se va a llevar una gran decepción. Haría cualquier cosa antes que tirar la toalla.

–¿Cualquier cosa? ¿Incluso aceptar un trabajo y verte obligada a trabajar con un hombre al que odias?

–Incluso eso. Este trabajo fue un golpe de suerte para mí. Logré salir de Inglaterra.

–Pero ahora tienes que batallar conmigo.

–No te pongas melodramático. No es para tanto. De ti me puedo ocupar. Hemos dejado atrás el pasado.

Él sonrió.

–Sí, hemos dejado atrás el pasado. Y ahora podemos concentrarnos en el trabajo. Para eso estamos aquí. Tú tienes que ganarte la vida y yo tengo que pagarle al banco los préstamos que he pedido para

comprar este sitio.

–Bueno, eso tiene que ser un gran peso.

–Lo es. Damiano quiso ayudarme, pero yo no le dejé. Este es mi hotel, solo mío.

–Recuerdo que le conocí un día en Venecia, y también a su esposa. Fueron muy amables conmigo.

–A ambos les caíste muy bien.

En realidad, tanto Sally como Damiano se habían mostrado encantados con ella.

–Es ella, Mario. Adelante, que no se te escape –le habían dicho.

–¿Por qué no le dejaste que te ayudara?

–Es que prefiero tener el control de mi propia vida –le dijo Mario en un tono repentinamente duro.

Un recuerdo se coló entre los pensamientos de Natasha. Era Mario, dos años antes, joven, desenfadado, libre… De alguna forma se había convertido en ese hombre duro y sombrío que tenía delante, ese hombre que desconfiaba de todo y de todos.

–Yo también lo prefiero así. Uno se siente más seguro. Es como llevar una armadura. Pero ¿es siempre recomendable llevarla puesta todo el tiempo?

–Bueno, eso depende de quién te desafíe.

Sus ojos, fijos en ella, lanzaban un mensaje muy claro. Su presencia en Verona era un desafío y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para superarlo con éxito.

–Pero no necesitarías una armadura contra tu hermano mayor –le dijo ella–. Los hermanos mayores ayudan a los pequeños. Eso es lo que hacen, ¿no?

–Seguramente, pero yo necesitaba dejar de ser el hermano pequeño un tiempo. Necesitaba dejar de apoyarme en él. Le dije que podía hacerlo solo, así que tengo que demostrar que eso es cierto. Simplemente no puedo fallar.

–Y yo tampoco, así que a partir de ahora concentrémonos en lo práctico. Por favor, si no te importa marcharte ahora… Cuando haya terminado de buscar todo lo que estoy buscando, os veré en la cena.

–Buena suerte con el trabajo –le dijo Mario, y se marchó.

Fue a su despacho sin perder tiempo y se conectó a Internet. En cuestión de minutos supo todo lo que tenía que saber acerca de Elroy Jenson. El hombre era un magnate de los medios de comunicación, dueño de uno de los más grandes imperios del sector.

Pero lo que más le sorprendió fue el aspecto del individuo. Había esperado encontrarse con una especie de monstruo de mediana edad, baboso y pasado de kilos… pero su idea no podía estar más lejos de la realidad. Elroy Jenson era un hombre apuesto, con una llamativa cabeza llena de rizos rebeldes. Cualquier mujer se hubiera sentido

halagada de haber captado su atención.

Pero Natasha no era cualquier mujer.

Mientras investigaba acerca del Albergo Splendido, Natasha descubrió que el antiguo palacio tenía más de siete siglos y su arquitectura era magnífica. Sin duda estaba deseando conocer el lugar.

Miró el reloj y se dio cuenta de que ya era hora de arreglarse para la cena. Afortunadamente, había llevado un vestido negro de satén que realzaba la silueta, elegante y decoroso al mismo tiempo.

Giorgio asintió, demostrándole así su aprobación.

–Maravilloso. Todos se van a girar para verte pasar. Vamos.

–¿No crees que es demasiado llamativo? –le preguntó Mario mientras caminaban hacia el coche–. Lo que tenemos que resaltar es su eficiencia y no otra cosa, ¿no?

–Pero la eficiencia sola no es suficiente. Nuestra querida Natasha tiene ese «algo especial», y eso va a marcar la diferencia.

–Bueno, me fío de tu palabra.

Amadore les estaba esperando en el hotel.

–Han venido todos –dijo–. Están deseando conocerte.

La condujo a una sala llena de mesas ocupadas por muchos invitados. En cuanto cruzó el umbral, todos comenzaron a aplaudir.

No había ninguna duda. Era la estrella de la noche. Amadore la presentó ante cada uno de los invitados.

–Ah, sí –le dijo Natasha a un hombre mayor, dueño de un reconocido hotel–. Ese es el lugar donde…

El anciano la escuchaba con la boca abierta, sorprendido de ver los resultados de su exhaustiva investigación. En cuestión de unos minutos logró ganarse muchas miradas de admiración.

–¿Lo ves? –le murmuró Giorgio a Mario–. Una joven brillante, lista y trabajadora. Hemos encontrado una mina de oro.

Mario no contestó.

Una vez terminaron las presentaciones, Natasha tomó asiento presidiendo una de las mesas. El banquete, conjugado con los mejores vinos, resultó delicioso.

–Umm, exquisito –dijo, bebiendo un sorbo de vino.

–Todo el mundo piensa en Verona como el emplazamiento donde tuvo lugar una gran historia de amor –le dijo Giorgio–. Pero la ciudad también está rodeada de viñedos. La mayor parte de los dueños de los hoteles también tienen bodegas o han invertido en ellas.

–El vino que estás bebiendo ahora fue producido en mis bodegas –le dijo Amadore.

–Está delicioso –declaró Natasha, bebiendo de nuevo.

–Gracias, signorina.

Chocaron las copas para brindar.

Natasha no tardó en darse cuenta de que todos la miraban con una expresión expectante.

–Están esperando a que digas unas palabras –le susurró Mario con disimulo.

–Pero yo solo hablo inglés. No sé si todos podrán entenderme bien.

–Bueno, los dueños de los hoteles suelen hablar inglés porque recibimos a muchos turistas de tu país.

Mario se puso en pie.

–Amigos, esta noche hemos tenido el placer de conocer a la persona a la que hemos contratado para que nos promocione por todo el mundo. Escuchemos ahora cuáles son sus planes, por favor.

Todos aplaudieron y Natasha se puso en pie. Durante unos segundos el nerviosismo se apoderó de ella, pero el ambiente era tan distendido y agradable que poco a poco comenzó a relajarse a medida que exponía las ideas que había desarrollado para la ciudad.

–Todos los hoteles tienen algo que los conecta con la historia. Algunos están muy cerca de la casa de Romeo, otros lo están de la casa de Julieta, y otros están cerca de la tumba.

–Algunos de nosotros no tenemos tanta suerte –exclamó un hombre–. Nuestros hoteles no están cerca de ningún emplazamiento importante.

–No esté tan seguro –dijo Natasha–. ¿Recuerda la escena en la que Mercutio, el amigo de Romeo, es apuñalado por el pariente de Julieta? Eso tiene lugar en la calle, pero… ¿en qué calle? Nadie lo sabe con seguridad, pero quizás algunos de sus hoteles estén situados cerca del lugar.

Natasha miraba a su público, sonriendo y asintiendo mientras hablaba. Era evidente que había logrado estar a la altura de sus expectativas. Una lluvia de aplausos comenzó a sonar de repente.

Capítulo cuatro

–Bueno, y ahora me gustaría pasar al siguiente nivel –dijo Natasha–. Quisiera hablar con cada uno de ustedes personalmente, y después voy a escribir mi primer artículo, donde le voy a explicar a todo el mundo que Romeo y Julieta siguen vivos, si se sabe bien dónde encontrarlos. Les invitaremos a venir aquí y a que se hospeden en sus hoteles. Para entonces ya habré escrito más artículos.

–Pero ¿quién los va a publicar? –preguntó alguien.

–Cualquiera a quien ella se los mande –dijo Giorgio–. Esta señorita es una periodista muy afamada, con muchos contactos. Su trabajo se publica en todos lados.

El comentario del gerente dio lugar a más aplausos, pero Natasha levantó una mano para hablar de nuevo.

–No nos vamos a arriesgar. Este artículo en realidad va a ser un anuncio publicitario. Vamos a conseguir un espacio de página doble en una publicación y ahí colocaremos nuestro texto y nuestras imágenes. De esa forma nos aseguraremos de que nos lean. Lo que importa es conseguir que se hagan las cosas tal y como queremos. Sin duda, no va a ser barato. Los anuncios no son precisamente baratos y a lo mejor algunos de ustedes no están dispuestos a hacer esa inversión. Sugiero una votación. Que levanten la mano las personas que no secundan la idea.

Ni una sola mano asomó entre la multitud de invitados.

Se oyeron aplausos y ovaciones y no dejaron de sonar hasta que fueron interrumpidos por una suave música.

–Viene de la sala de baile –le dijo Amadore–. A nuestros huéspedes les gusta bailar por las noches.

–Una sala de baile… maravilloso –dijo Natasha–. Los Capuleto celebraron una fiesta para Julieta y Paris, el hombre con el que querían que ella se casara. Romeo se coló en esa fiesta para ver a una joven con la que estaba encaprichado, pero allí se encontró con Julieta y se enamoraron en cuestión de minutos. Sin ese baile, tal vez la historia hubiera sido otra.

–Entonces ven a ver –le dijo Amadore con entusiasmo.

Todos fueron tras ellos. El dueño del hotel la condujo a lo largo de un estrecho corredor hasta llegar a una doble puerta que se abrió de par en par. Al otro lado había una gloriosa sala de baile, llena de parejas que danzaban al ritmo de una suave música.

–Perfecto –murmuró Natasha.

Amadore la agarró de la mano.

–Baila conmigo.

Sonriendo, Natasha dejó que la llevara hacia la pista de baile.

Era un excelente bailarín, así que no le resultó difícil seguirle el ritmo. Cuando la música paró, otro hombre se acercó para bailar con ella, y después otro.

Al final se encontró con Mario.

–Ya has bailado con todos. ¿Cuándo va a ser mi turno?

–Bueno, cuando me lo pidas.

–No. No te lo voy a pedir –le dijo él, agarrándola de la cintura con firmeza.

Ya habían bailado juntos, una noche, en Venecia… Estaban cenando en una terraza de la plaza San Marcos. Una banda había empezado a tocar y ella había terminado bailando en sus brazos.

–¿Así está bien? –le había susurrado él.

–Te lo digo luego.

Solo habían sido unos minutos, pero Natasha recordaba muy bien que aquel día se había prometido a sí misma que alguna vez volvería a bailar con él.

Al día siguiente, sin embargo, todo había terminado entre ellos.

Era extraño volver a sentir su mano sobre la cintura. Natasha notaba cada vez más pesados los latidos de su corazón. Le miró a los ojos. Trató de averiguar si sentía lo mismo que ella. ¿Acaso volvería a invitarla a bailar alguna vez?

Antes de que Mario pudiera decir nada, repararon en la presencia de un hombre de mediana edad que estaba al borde de la multitud, tratando de llamar su atención.

–Ah, ahí está Francesco –dijo Mario–. Esperaba que viniera. Es el dueño de uno de los hoteles más grandes y siempre me gusta tenerle de mi lado. Vamos a saludarle.

Francesco les saludó efusivamente, e incluso le dio un abrazo a Natasha.

–Es un placer conocerla. Bueno, le presento a mi hija, Laura.

La joven que le acompañaba tendría unos veintitantos años. Tenía un rostro muy hermoso y un aire de autosuficiencia que solo tenían aquellos que estaban acostumbrados a tener un séquito de gente a su alrededor.

–¿Cómo ha estado? –le dijo a Natasha en un tono cauto.

–No –su padre la interrumpió–. No es así, cara. En inglés se dice

«¿Cómo está?».

–¿Cómo está? –dijo Laura, repitiendo las palabras de su padre con una sonrisa–. ¿Así está bien?

–Perfecto –le dijo su padre.

Francesco parecía hablar con orgullo y Natasha no pudo evitar sentir esa punzada de dolor que se remontaba a mucho, mucho tiempo atrás. Había sentido ese mismo orgullo en la voz de su padre, cuando era una niña, mucho antes de que la abandonara sin mirar atrás.

Pero ese no era momento para pensar en el pasado. Le devolvió el saludo a Laura con toda la cortesía que requería la ocasión.

Laura, entonces, se volvió hacia Mario.

–¿Cómo está?

–No es necesaria tanta formalidad –dijo Mario, estrechándole la mano–. Ya nos conocemos.

–Por supuesto que sí –dijo Laura, mirando a Natasha mientras hablaba.

Natasha le devolvió la mirada con interés. Sospechaba que Laura intentaba ponerle una nota como posible rival en el ámbito amoroso.

Amadore apareció en ese momento.

–¿Me concede otro baile?

–Por supuesto –Natasha aceptó la invitación del dueño del hotel y comenzó a bailar.

Por el rabillo del ojo vio que Mario bailaba con Laura. Ella parecía empeñada en acercarse lo más posible.

–Ahí van las mujeres de nuevo –dijo Amadore–. Desfilan para llamar su atención.

–¿Se refiere al señor Ferrone? –le preguntó Natasha.

–Oh, sí. Es un hombre con suerte. Todas las señoritas tienen los ojos puestos en él, y se dice por ahí que puede tener a cualquier mujer.

A juzgar por el comentario de Amadore, era evidente que nada había cambiado. Recordaba muy bien cómo solía atraer las miradas de todas las mujeres en Venecia. Era la envidia de todas por aquel entonces. Si hubieran sabido lo mucho que podía llegar a hacer sufrir a una mujer…

–Mire –dijo Amadore, observando a Mario con una envidia sana–. Mire cómo se aprieta contra él… roza la indecencia.

Natasha dejó escapar una carcajada.

–Oh, vamos. Un hombre tiene derecho a disfrutar todo lo que pueda.

–Un comentario muy generoso, señorita. La mayoría de las mujeres no tiene una opinión tan flexible.

–Bueno, yo puedo permitirme ser flexible. Mi vida es tal y como quiero que sea.

–Entonces, tiene más suerte que la mayoría de nosotros.

Mario, que estaba a unos pocos metros de distancia, les miró justo en ese instante y entonces condujo a Laura hacia el otro extremo de la sala de baile. Allí encontró mucha más distracción femenina, y eso era justamente lo que necesitaba para no ver cosas que no quería ver y para evitar pensamientos nocivos.

La paz interior, sin embargo, no le duró mucho. Cuando volvió a mirar a Natasha, ella estaba sentada en un rincón, haciendo anotaciones en un cuaderno. Había dos hombres sentados a su lado, y uno de pie que miraba por encima de sus hombros. Cuando la música se detuvo, fue hacia ella, pero Amadore le hizo detenerse.

–Una joven encantadora. Todos están hechizados. Por suerte, ella no está interesada.

–¿Ella te lo dijo?

–Vimos cómo Laura te dedicaba su función particular. A mí no me pareció muy bien, pero ella me dijo que estabas en todo tu derecho de disfrutar. Yo le dije que me parecía digna de admiración su actitud, tan relajada y tolerante, y ella me dijo que podía permitirse asumir ese punto de vista porque su vida era tal y como quería que fuera.

–Probablemente lo dijo solo para que te callaras.

–A lo mejor. Pero no me sorprendería nada que tuviera a un montón de pretendientes en su país.

–Puede que tengas razón.

Natasha había terminado de hacer anotaciones y justo en ese momento se ponía en pie. Fue hacia ella rápidamente.

–¿Trabajando todavía?

–He tenido una idea. Tengo que hablar con todos de nuevo.

–Entonces volvamos al comedor –le ofreció su brazo–. Lo has hecho muy bien esta noche. El contrato estará listo en breve.

–¿El contrato?

–Para que lo firmes. Todos los miembros de la asociación están ansiosos por asegurar tus servicios profesionales. ¿Estás dispuesta a quedarte con nosotros?

–Sí –dijo Natasha en voz baja–. Estoy dispuesta.

Volvió a dirigirse a los invitados una vez regresaron al comedor.

–Creo que deberíamos hacer algunas fotos de Romeo y Julieta. Dicen que una imagen vale más que mil palabras, y nosotros podemos vender la nuestra por todo el mundo. Tendremos que contratar a actores. Les haremos fotos en el balcón, en la tumba, en cualquier lugar que tenga esa ambientación especial.

–No podemos hacerles posar en el balcón oficial –dijo Mario–. Siempre hay turistas. Pero en este hotel hay un balcón que servirá.

Acordaron volver a reunirse una vez quedaran hechos todos los preparativos.

Mario no veía el momento de marcharse. No estaba preparado para estar tan cerca de ella durante tantas horas, y necesitaba estar solo.

–Que duermas bien –le dijo al acompañarla al coche–. Has trabajado duro hoy y nos espera mucho más mañana –le abrió la puerta del vehículo–. Te veré mañana por la mañana. Buenas noches.

Se alejó sin más.

Una vez en su habitación, Natasha se desvistió y se fue a la cama. La velada había sido todo un éxito, pero no era capaz de saborear el triunfo. A lo mejor hubiera podido si Mario hubiera regresado con ella, si hubiera estado a su lado para compartir el momento… Pero la había dejado sola. Se había ido a pasar la noche a otro sitio.

Imágenes de Laura danzaban ante sus ojos mientras las palabras de Amadore retumbaban en su cabeza.

«Todas las señoritas tienen los ojos puestos en él, y se dice por ahí que puede tener a cualquier mujer…».

Natasha intentó ahuyentar esos pensamientos. Mario y ella habían seguido caminos separados y el lugar donde se encontrara en ese momento no era de su incumbencia.

Se tumbó y logró conciliar el sueño finalmente. Cuando se despertó, oyó un ruido proveniente del pasillo, como si alguien estuviera introduciendo una llave en una cerradura. Se incorporó y abrió la puerta, justo a tiempo para ver cómo se cerraba la del dormitorio de Mario.

Eran las seis de la mañana.

Natasha esperaba verle llegar tarde al desayuno, pero él ya estaba allí, tranquilo, dueño de sí mismo y listo para trabajar.

–Tenías razón con lo de los actores –le dijo, entrando en materia sin rodeos–. Muy pronto tendremos un archivo de fotos. Mientras tanto he hecho algunas anotaciones… El teléfono de Natasha sonó de repente.

–¿Te está acosando de nuevo? –le preguntó Mario.

–No, no es él –le dijo ella, mirando la pantalla. Respiró profundamente–. Oh, no. ¡No! ¡Por favor, no!

–¿Qué pasa?

–Nada.

–No me digas que no es nada si te has puesto así. Déjame ver.

Sin pedir permiso, le quitó el teléfono de las manos.

–¿Qué es esto? –le preguntó, leyendo el mensaje.

Lo siento. Me han devuelto el cheque.

–¿Cómo te atreves? –exclamó Natasha, furiosa, arrebatándole el teléfono de las manos.

–¿Quién te acosa por dinero? ¿Es él?

–No. Es mi amiga Helen. Y no me está acosando. Me ha dejado quedarme en su apartamento y me consiguió este trabajo. Antes de irme le dejé un cheque para pagar mi parte del alquiler y los gastos. Le debo mucho y mira cómo le pago. No era mi intención, pero es todo lo que hay en el banco.

–Muy bien. Entonces será mejor que arreglemos lo de tu contrato lo antes posible. Espérame.

Natasha se quedó allí sentada, profundamente avergonzada. Unos minutos después apareció Giorgio.

–El jefe me ha dicho que te dé el contrato para que lo firmes. Vamos a las oficinas –se dirigió hacia el área de gerencia del hotel–. Tienes que firmar aquí abajo –le dijo una vez desplegó los documentos frente a ella.

Natasha agarró el bolígrafo y entonces se detuvo.

–Espera. ¿Está bien este contrato?

–El jefe dice que sí.

–Pero sé muy bien cuál fue la cifra que me dijeron en la agencia. Era mucho menos dinero.

–Bueno, han cambiado los honorarios. El jefe dice que tu trabajo vale mucho más.

Natasha sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. La nueva cifra era exorbitantemente superior al salario que le había ofrecido la agencia.

–Tienes que darme el número de tu cuenta para poder pagarte hoy.

Asombrada, Natasha le dio la información y firmó el contrato al final de la última página.

–Y debes poner tus iniciales en todas las otras páginas –le dijo Giorgio–. Quiere asegurarse de que te quedes con nosotros, y con nadie más. Sabe ver dónde hay talento de verdad. Ah, aquí está.

Mario acababa de entrar. Se detuvo y la observó mientras terminaba de firmar. Mirando los papeles, asintió con la cabeza y le entregó los documentos a Giorgio. Este abandonó la estancia.

–No esperaba tanto. No tenías por qué hacerlo, pero, gracias.

–No tiene nada que agradecerme, signorina –le dijo él con firmeza–. Eres vital en este proyecto y he hecho todo lo necesario para que la asociación se asegure tus servicios.

Natasha asintió y le respondió en el mismo tono formal.

–Puede estar seguro de que mi lealtad siempre estará con la Comunità, signore.

–Excelente –dijo Mario–. Entonces nos estamos entendiendo bien.

Era cierto. Natasha no podía negarlo. Se entendían a la perfección, pero de una manera que no se podía expresar con palabras.

Poco después accedió a su cuenta bancaria por Internet y vio que una gran suma de dinero había sido depositada, con lo cual ya podía pagar la deuda que tenía con Helen. Eso era todo un alivio y, gracias a la repentina generosidad de Mario Ferrone, pudo también disfrutar de una hora de asueto durante la que paseó y paseó por las calles de la ciudad, dejándose contagiar por el espíritu de ese lugar mágico.

Cuando regresó al hotel, vio que las fotografías ya habían sido enviadas. Giorgio y Mario las estaban revisando. Examinaban las fotos de jóvenes modelos, buscando la combinación perfecta entre belleza e inocencia. Natasha se unió a ellos y poco después encontró lo que buscaba.

Encontrar a Romeo, sin embargo, no fue tan fácil. Tenía que ser apuesto, con unas piernas espléndidas, porque tendría que llevar mallas todo el tiempo.

–Perfecto –dijo Mario cuando por fin localizaron al candidato perfecto–. Bien parecido y… vulnerable.

–¿Vulnerable? –exclamó Giorgio–. Se supone que es uno de los más grandes héroes de la literatura.

–Y también se dejó engañar por todas las calumnias del mundo –apuntó Mario–. No era precisamente una de las mejores mentes de este mundo.

–Eso es lo que le pasa a la gente que está enamorada –dijo Natasha–. Dejan a un lado la mente y creen en aquello que quieren creer.

–Y no tardan en darse cuenta de su error. Muy bien. Contratemos a estos dos.

Giorgio se puso al teléfono de inmediato. Estableció contacto con los modelos y preparó una reunión para dos días después. –Paolo y Lucia –dijo–. Pueden empezar este jueves por la mañana.

–Muy bien –dijo Natasha–. Así tengo más tiempo para trabajar en las ideas que tengo en mente.

Los dos días siguientes transcurrieron en medio del ajetreo más vibrante. Visitaron la casa de Romeo y Natasha recibió dos invitaciones para cenar por parte de otros miembros de la asociación. Mario la acompañó en todas las ocasiones, pero no se sentaba a su lado en la mesa.

Natasha pensó que era comprensible. Ya la tenía atada contractual y legalmente, así que no tenía motivo para mantener ese acercamiento tan incómodo para los dos.

Estaban plenamente enfrascados en la preparación de la sesión fotográfica. Giorgio contrató a un fotógrafo con mucha experiencia en

trabajos de un corte dramático y también localizó a un modisto de teatro.

–Mañana se reunirá con nosotros y nos va a traer un montón de trajes –le dijo a Natasha–. Los modelos pueden probarse varias cosas hasta que encontremos el atuendo perfecto.

–Julieta va a necesitar algo exótico para el baile –dijo Natasha–. Y después tendrá que llevar un vestido elegante para la escena de la boda, y uno muy sencillo para la tumba. Muy bien. Me voy a la cama. Mañana va a ser un día muy ajetreado.

–¿Sabe alguien dónde está Mario? –preguntó Giorgio.

–Se fue hace una hora –le contestó Natasha–. Debe de estar ocupado.

De camino al piso superior, Natasha se preguntó si Mario estaba en su habitación. ¿Acaso se habría ido a la cama con la misma persona con la que había estado la noche anterior?

Al pasar por delante de su puerta no pudo evitar pararse un instante para ver si percibía algún sonido proveniente del interior. Se odiaba a sí misma por haber sucumbido a la tentación, pero no podía evitarlo. De repente oyó su voz. Estaba al teléfono, hablando en italiano en un tono cálido y jocoso.

–Non è importante. Non è importante.

Natasha corrió hacia su habitación y bloqueó la puerta con el cerrojo. Ojalá hubiera resistido la tentación. Tenía que ser más fuerte.

A la mañana siguiente, Lisa, la modista, se presentó en el hotel a primera hora. Era una mujer alta, con un aspecto muy profesional. Hablaba un inglés perfecto y estuvo de acuerdo con todos los requerimientos de Natasha sin poner ni una objeción.

–Esperemos que Romeo sea apuesto y que tenga una buena figura.

–En la foto lo parecía, pero todavía no le he visto –admitió Natasha.

–Es una pena. Debe ser un chico sexy. Necesitamos que las mujeres suspiren por él y digan… «Nosotras también queremos».

–Pero solo va a ser una imagen –dijo Natasha–. Estamos vendiendo la ciudad, no a Romeo.

Lisa se rio.

–Eso crees, ¿no?

Natasha esbozó una sonrisa algo seria.

–Bueno, es lo que necesito pensar. Pero supongo que tienes razón.

–Yo también me quiero reír, señoritas –dijo Giorgio, que estaba cerca, hablando con Mario.

–No entenderías la broma, Giorgio –le dijo Lisa–. Nos estamos riendo de los hombres, y los hombres nunca se dan cuenta de lo

graciosos que son.

–Eso es cierto –añadió Natasha–. Y, si tratas de explicárselo, siguen sin entenderlo.

Mario le lanzó una mirada rara y ella se la devolvió con un aire de autosuficiencia. Sentía un placer descarado al ver que le desconcertaba. El día había empezado muy bien. Pasara lo que pasara a partir de ese momento, estaría a la altura.

Partieron rumbo al Albergo Splendido, donde esperaban todos, ansiosos por empezar. La hora siguiente la pasaron examinando distintas prendas.

–Me gusta esta –dijo Natasha, sosteniendo entre sus manos un largo traje de fiesta de color blanco.

Era sencillo y elegante, perfecto para una joven que estaba debutando en sociedad.

–Julieta puede llevarlo en el baile.

Giorgio miraba el reloj con impaciencia.

–Ya deberían estar aquí. ¿Qué les ha pasado?

Agarró el teléfono y marcó un número. En cuanto su llamada fue atendida su rostro se transfiguró.

–Sì? Che cosa? Cosa vuol dire che non posso venire? Oh, dolore bene!

Colgó.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Mario.

–No van a venir. Ha habido una confusión con las fechas. Pensaban que la sesión era la semana que viene.

–Oh, no. ¿Qué vamos a hacer? –preguntó Natasha–. Todo está preparado para hoy.

–Solo hay una cosa que podemos hacer –dijo Giorgio–. Buscar a otro Romeo y a otra Julieta. Y los tenemos aquí mismo, delante de nuestros ojos –añadió, extendiendo los brazos hacia ellos–. Romeo y Julieta.

Natasha abrió los ojos como platos, perpleja.

–No estarás hablando en serio.

–Muy en serio. Eres preciosa. Puedes hacer de Julieta, y Mario puede pasar por Romeo.

–No funcionará –dijo Mario–. Aunque podría…

–Tiene que funcionar –insistió Giorgio–. Solo vosotros podéis hacerlo dentro del tiempo que tenemos disponible. Tenemos que empezar ahora mismo. De lo contrario, todos nuestros planes se irán al traste. Vamos. Seamos profesionales.

–Tiene razón –dijo Mario–. No tenemos elección.

–Te puedes cambiar en la habitación de al lado –intervino Amadore–. Natasha, una empleada te puede acompañar.

Natasha miró a su alrededor, aturdida. La empleada no tardó en

aparecer y la condujo a la habitación destinada a ser el vestidor de Julieta. El vestido le encajaba a la perfección, pero el pelo no le quedaba bien recogido.

–Creo que Julieta lo llevaría suelto.

La empleada asintió y la ayudó a peinarse. Natasha observó con atención y la mujer del espejo no tardó en transformarse en la dulce e inocente Julieta. Cuando entró en la sala de baile todos se volvieron hacia ella. Giorgio dio una palmada silenciosa y Amadore silbó.

Natasha, sin embargo, no reparó en ninguno de los dos. Toda su atención la reclamaba el hombre que estaba un poco más lejos. Mario se había convertido en Romeo, vestido con un jubón azul oscuro y leotardos. Hacía falta una silueta de un dios griego para llevar semejante traje, pero Mario era perfecto para el papel.

De repente, un recuerdo invadió su pensamiento. Dos años antes, durante aquel tiempo maravilloso en Venecia, habían pasado un día en la playa. Recordaba muy bien la primera vez que le había visto semidesnudo, solo con el traje de baño. Le recordaba corriendo por la playa, riéndose… Y después todo había cambiado. Esa noche se habían despedido con un simple beso. Ella se había dicho a sí misma que solo intentaba ir despacio con ella, hacer las cosas bien. Pero tres días más tarde todo había terminado para siempre.

Ahuyentando los recuerdos, Natasha echó a andar hacia Mario. ¿Qué vería en sus ojos cuando se volviera hacia ella?

Él levantó la vista por fin. La miró y asintió con la cabeza.

–Espléndida. Giorgio escogió bien a Julieta.

Su tono de voz era cortés, pero no había nada más en él. Su mirada estaba vacía.

–Usted también tiene muy buen aspecto, signor Ferrone.

–Bueno, como dijo Giorgio, tiene que funcionar.

–¿Estamos listos? –preguntó Amadore–. Por aquí, por favor.

Señaló hacia una arcada situada en el extremo más alejado de la sala de baile. Mario le ofreció el brazo a Natasha.

–Gracias, signore.

Él se acercó a ella para murmurarle algo al oído.

–No me llames «signore». Me llamo Mario. Si te diriges a mí en un tono tan formal, la gente va a pensar que pasa algo entre nosotros.

–Y no podemos dejar que piensen eso. ¿Nos vamos?

Capítulo cinco

Se oyeron ovaciones cuando entraron en la sala de baile. Lisa asintió con la cabeza. Era evidente que el Romeo publicitario estaba a la altura de sus expectativas.

El fotógrafo le miró con aprobación y dijo que empezaría con los retratos.

–Primero tomaré fotos de ambos por separado, y después juntos. Julieta, tú primero.

–¿Julieta? Soy Natasha –dijo Natasha en un tono ligero.

–No. Hoy eres Julieta.

–Tiene razón –apuntó Giorgio–. No finjas que eres Julieta. Eres Julieta. Ya volverás a ser Natasha mañana.

–Si quiero –dijo Natasha, contagiándose del espíritu literario– . Natasha es un poco aburrida.

–Ese es el espíritu –dijo Giorgio con una sonrisa de oreja a oreja.

Natasha se volvió hacia un lado y hacia el otro, sonrió, puso una expresión triste, y entonces volvió a sonreír.

–Ahora extiende los brazos –le dijo Giorgio–. Imagínate que estás mirando a alguien que es la gran felicidad de tu vida.

Natasha hizo lo que le pedía, fijando la mirada en el objetivo de la cámara.

Mario, que observaba desde un lado, se giró para no ver esa expresión en su rostro. La recordaba demasiado bien, y no podía soportar tener que recordarla.

Un rato después, le tocó el turno de posar.

–Así… de esta forma –le decía el fotógrafo–. Ladea la cabeza un poco. Bien. Y ahora los dos juntos.

La primera toma fue una pose formal. Julieta aparecía delante de Romeo y él apoyaba las manos sobre sus hombros.

–Ahora volveos y miraos a los ojos. Sujetaos, pero retroceded un poco para que pueda veros el rostro a los dos.

Ellos siguieron las instrucciones del artista. Se miraron con un gesto serio y entonces sonrieron, según les indicaba el fotógrafo.

–Creo que Romeo debería fruncir un poco el ceño –apuntó Lisa–. Y

debería tener una actitud un tanto más sexy, para que sepamos por qué Julieta se enamoró de él.

Mario frunció el ceño, realmente molesto por el comentario. Lo más exasperante de todo, sin embargo, fue que Natasha se echó a reír.

–No te preocupes –dijo–. Puedo fingir si tengo que hacerlo.

–Y a lo mejor Julieta también debería hacerlo –comentó Giorgio con entusiasmo–. A lo mejor Romeo no le interesaba después de todo. A lo mejor tenía otros planes. ¡Eso es! Romeo, esa mirada sombría es perfecta. Aguántala.

–Sí, aguántala –repitió Natasha en un tono jocoso.

–Julieta, esa sonrisa es maravillosa –exclamó el fotógrafo–. Dice mucho de la pareja que hubieran sido si hubieran vivido para casarse. Hubieran sido de esas parejas en las que el chico se enfada y ella se ríe. Estoy empezando a pensar que nadie entendió nunca a esta pareja.

–No –murmuró Natasha de forma que solo Mario pudiera oírla–. Nadie la entendió nunca.

–Está diciendo tonterías –dijo Mario.

–Está exagerando para que saquemos lo mejor de nosotros. Es su trabajo, así que nosotros tenemos que hacer el nuestro.

–Julieta –exclamó Giorgio–. Extiende la mano y échale el pelo hacia delante un poco. Colócaselo alrededor de la cara.

Natasha hizo lo que le pedían.

La cámara comenzó a hacer «clic» sin parar.

–Eso es. Y ahora, de nuevo, suavemente… Julieta está deseando acariciarle el rostro y esta es su oportunidad.

Natasha se decía a sí misma que solo se trataba de un requerimiento del trabajo, pero no podía obviar la verdad. Quería hacerlo. Quería tocar su rostro, su cuerpo, su corazón. A pesar de la sutileza de su caricia, podía sentir el temblor que le sacudía por dentro, por mucho que intentara disimular.

–Muy bien. Eso es –dijo Giorgio–. Y ahora hagamos la escena del balcón. Por aquí.

El balcón que estaba en la parte de atrás del Albergo Splendido estaba decorado de la misma forma que el balcón original, y además contaban con la ventaja de que estaba más próximo al suelo, con lo cual Romeo y Julieta podían estar más cerca el uno del otro. Mario se colocó abajo y extendió los brazos al tiempo que Natasha se inclinaba hacia delante para tocar su mano. La cámara no paraba de sonar.

–Perfecto –exclamó Giorgio al final–. Estáis haciendo un gran trabajo los dos. Es estupendo ver lo bien que trabajáis juntos.

Tanto Natasha como Mario hicieron los comentarios oportunos y entonces regresaron al salón de baile, donde les esperaba otra selección de prendas.

–Romeo cree que Julieta está muerta –dijo Giorgio–. Así que acude

a la cripta donde yace su cuerpo inerte. La encuentra allí, se despide de ella y se quita la vida. Ella se despierta entonces y le encuentra muerto, por lo que decide quitarse la vida también. Haremos esta escena en las bodegas.

Con la ayuda de la asistente que le habían asignado, Natasha se puso un traje sencillo y entonces bajaron a las bodegas del hotel. Habían preparado un banco de piedra para que se tumbara encima.

–¡Vaya! –dijo Natasha tumbándose sobre la piedra–. Está muy dura esta piedra.

–¿Duele? –le preguntó Mario.

–No. Está bien así.

–Déjame ponerte algo debajo de la cabeza.

–No. Eso lo arruinaría todo, pero, gracias.

Mario parecía seguir preocupado, pero no insistió más.

–Avanza hacia ella –le dijo Giorgio–. Mírala a los ojos como si no pudieras creer que es cierto. Bien. Así.

Mientras yacía sobre aquella piedra, con los ojos cerrados, Natasha se moría por abrirlos y ver la expresión de Mario. Se moría por mirarle a los ojos, pero tenía que resistir la tentación y conformarse con el roce de su aliento sobre el rostro.

–Apoya la cabeza sobre su pecho –les dijo Giorgio.

Un momento después, Natasha sintió la presión sobre su pecho, y no pudo evitar dejar escapar un suspiro.

–Y ahora bésala –dijo Giorgio.

Natasha se preparó para el instante en que sus labios se tocaran. No iba a ser más que un momento fugaz, pero sabía que tenía que soportarlo.

–Otra vez –insistió Giorgio–. Recuerda que has perdido a la única mujer que te importaba en la vida.

Mario volvió a besarla y entonces volvió a apoyar la cabeza sobre su pecho. Unos segundos después, Giorgio anunció por fin que la escenificación había concluido.

–Y ahora vamos con el gran momento, el momento en que se conocen.

De vuelta en el salón de baile, Natasha se puso ese traje tan glamuroso y observó mientras la asistente le arreglaba el pelo. En cuanto todo quedó listo, Giorgio llevó a Romeo y a Julieta hasta sus posiciones.

–Es durante el baile. Julieta está ahí, de pie, observando a los invitados, y en especial a Paris, el hombre con el que sus padres quieren que se case. Pero entonces ve a Romeo y se da cuenta de que él la está observando. Sus miradas se encuentran.

Mario se volvió para mirar a Natasha. Ella le devolvió la mirada.

–Él avanza hacia ella –dijo Giorgio–. Eso es, Mario, un poco más

cerca. Toma su mano y le pide perdón por tocarla porque dice que no merece hacerlo. Pero ella le dice que sí.

La mano de Mario rodeaba la de Natasha. Estaba muy cerca, observándola con unos ojos que parecían llenos de fervor.

–Y Romeo se atreve a robarle un beso –añadió Giorgio en un tono triunfal–. Adelante. Captemos ese momento con la cámara.

Mario se inclinó lentamente y rozó los labios de Natasha.

–Bien –dijo Giorgio–. Pero no sé si deberíamos hacerlo de nuevo. Natasha, a lo mejor sería mejor si le rodeas con el brazo.

–Es demasiado pronto para eso –se apresuró a decir

Natasha–. Ella todavía no sabe lo que siente.

–Y él tampoco –dijo Mario–. ¿Cómo la besaría Romeo en este momento? ¿Así? –le rozó los labios un instante–. Lo haría con mucho respeto, porque por mucho que la desee, no querrá ofenderla. ¿O acaso es un personaje descarado que simplemente toma lo que quiere? Así…

Le rodeó la cintura con el brazo y la estrechó contra su cuerpo al tiempo que cubría sus labios con decisión y firmeza.

Natasha estaba desconcertada. Ese beso efímero que le había dado unos segundos antes no la había preparado para lo que estaba experimentando en ese momento. De manera instintiva, sus manos se movieron hacia él, pero las retiró de inmediato.

–¿Todo bien, Giorgio? –exclamó Mario, retrocediendo–. ¿Era eso lo que querías?

Natasha se quedó inmóvil. Apenas podía creer lo que acababa de pasar. Al parecer, todas esas sensaciones que la habían embargado durante unos segundos no habían sido compartidas. ¿Habría sentido algo que no fuera la necesidad de conseguir unas buenas fotos?

Una furia inusitada rugió dentro de ella.

–Muy bien –apuntó Giorgio–. Hacedlo así, para la cámara.

Mario puso sus manos sobre ella de nuevo y la hizo acercarse aún más para poder besarla de nuevo. Natasha podía sentir el calor de su boca, de todo su cuerpo. La rabia crecía por momentos en su interior.

Podía oír el sonido de la cámara, que continuaba haciendo «clic» una y otra vez.

–Muy bien. Ya es suficiente –dijo Giorgio por fin–. Bien hecho, los dos. Y ahora pensemos en la siguiente escena.

–Yo necesito un pequeño descanso –dijo Natasha rápidamente y se escurrió por una puerta cercana que daba acceso a un pasillo.

Corrió y corrió hasta alcanzar una esquina donde esconderse. Tenía que escapar de Mario un rato, antes de que se diera cuenta de que aún ejercía un poder tan grande sobre ella.

Sin embargo, justo cuando doblaba la esquina, miró atrás y se lo encontró de frente.

–¿Me has seguido?

–Pensé que era eso lo que querías que hiciera. ¿Hay algo que quieras decirme?

–Oh, sí. Tengo mil cosas que decirte –le espetó, furiosa–. Sí que eres un descarado. ¿Cómo has podido hacer lo que has hecho?

–¿Te refieres a besarte? Me lo debías. Cuando nos separamos nunca me diste un beso de despedida.

–Sí. Y tampoco te di un bofetón que te mandara al Polo Norte, que era lo que te merecías, y te aseguro que no fue por falta de ganas.

Mario pareció pensar en ello un segundo.

–Entonces, ¿piensas que me merecía esa bofetada? Muy bien. Adelante. Dale duro.

–Pero ¿qué dices?

–Adelante. Golpéame si eso te hace sentir mejor.

Echó adelante la mandíbula ligeramente y se quedó ahí, esperando.

–Deja de decir tonterías.

–Lo digo en serio. Puedes hacer lo que quieras y yo prometo no tomar represalias.

–Para ti todo esto no es más que una gran broma, ¿no?

Él sacudió la cabeza.

–Mi sentido del humor me abandonó el día que te fuiste. Durante las semanas que pasé intentando encontrarte, enterré ese sentido del humor en un lugar bien profundo. Bueno, ¿qué hacemos? ¿No vas a pegarme?

–Por supuesto que no. No sería nada profesional. A lo mejor podría dejarte marcas en la cara y eso arruinaría la próxima sesión de fotos. El asunto está zanjado.

Mario hizo el gesto de un saludo casi militar.

–Sí, señora. Lo que usted mande, señora.

–¡Oh, basta, basta! Deja de ponerme en ridículo. Deja de hacer el ridículo, deja de ponernos en ridículo a ambos.

De pronto la expresión de Mario cambió. La ironía corrosiva desapareció de sus ojos y una sombra oscureció sus pupilas.

–Mujer tonta –dijo casi en un susurro–. ¿No ves que todos tenemos nuestra propia manera de lidiar con las cosas?

–¿Y esa es tu manera? Bueno, esta es la mía.

Sin previo aviso, la rabia que Natasha llevaba tiempo conteniendo se apoderó de ella, abocándola a hacer una locura. Le agarró la cabeza con ambas manos, tiró de él y le dio un beso. De inmediato sintió sus manos sobre el cuerpo y notó la misma confusión en él que ella misma había sentido antes.

Pero no iba a tener más remedio que rendirse ante ella en ese momento. Era su decisión y no iba a darle elección. Aligeró la presión

de sus labios hasta que el beso se convirtió en una mera caricia y continuó moviendo los labios sobre los de él de esa forma que tanto le gustaba en otra época. Podía sentir la tensión de su cuerpo, la repentina contracción de sus brazos alrededor de ella.

Natasha sintió que estaba lista para tentarle un poco más, así que comenzó a intensificar la tensión. Él comenzó a respirar con dificultad a medida que crecía su excitación. Entreabrió los labios y comenzó a explorar su boca. Ya no estaba siendo un mero receptor de un beso, sino que se lo estaba devolviendo. Intentaba tomar el control, pero sin éxito. Natasha dirigía el baile y no estaba dispuesta a soltar la batuta.

Él retrocedió un poco.

–Natasha…

–Cuidado, Mario. Dos pueden jugar a este juego. No vuelvas a desafiarme. Si lo haces, voy a hacer que te arrepientas.

Él se puso tenso y la miró con incredulidad hasta que asimiló sus palabras por fin.

–Tuviste que hacerlo, ¿no? Tuviste que jugar conmigo, hacerme pensar, pero no fue un beso. Fue venganza.

–La venganza puede ser muy dulce –le dijo ella, empujándole–. Esa es una de las cosas que aprendí de ti. ¿Pensaste que nunca te iba a llegar la factura por lo que hiciste? Tenías que demostrarme que eras el jefe, ¿no? Y que lo que yo sintiera no contaba.

Mario sacudió la cabeza.

–No te lo vas a creer, pero te besé porque quise. Ahora me avergüenzo porque me parece una estupidez haber llegado a pensar que aún podían quedar algunos sentimientos amables dentro de ti. Pero, como el idiota que soy, pensé que una parte de ti aún podía ser de aquella Natasha que conocía, esa chica dulce e inocente a la que amaba y con la que quería estar. Pero tú me lo advertiste, ¿no? Me dijiste que esa Natasha estaba muerta. Yo no podía creerlo, pero ahora sí lo creo. Hiciste esto para vengarte, recordándome lo que he perdido.

–Lo perdiste porque no lo querías.

–Puedes decírtelo a ti misma todas las veces que quieras. Al final puede que llegues a creértelo. En aquellos días yo te deseaba más de lo que jamás he deseado a ninguna otra mujer. Y podría habértelo dicho si no te hubieras esfumado como lo hiciste. Tú nos hiciste terminar en este desierto, no yo. Lo hiciste al dejarte llevar por la rabia y actuar sin pensar bien las cosas. No teníamos por qué terminar así. Ahora podríamos estar casados, esperando nuestro primer hijo. Pero, en vez de eso, míranos.

–¡Basta! ¡Basta! –Natasha se apartó y se tapó los oídos.

–Sí. La verdad duele, ¿no? Yo podría haber dedicado mi vida entera a amarte, pero, en cambio, he llegado a estar tan cerca de odiarte que me da miedo.

–Bueno, al menos estamos sacando todas las verdades. Me odias.

–No he dicho eso. He dicho que llegué a estar muy cerca, pero nunca he podido dar el último paso. Sin embargo, tengo la sensación de que ese momento no está muy lejos.

Natasha guardó silencio. Se apartó, pero él la obligó a darse la vuelta.

–No me dejas contarte mi versión de las cosas y creo que sé por qué –le dijo Mario, cada vez más furioso–. Eres una cobarde, Natasha. Tienes miedo de saber la verdad. Si tuvieras que hacer frente al error que cometiste, no podrías soportarlo. Todo podría hacer sido tan distinto entre nosotros, si no me hubieras sentenciado tan rápido.

Natasha no dijo nada.

–Si supieras cómo planeé aquel día. Te había dicho que tenía algo importante que decirte. Iba a pedirte que te quedaras conmigo. Mi relación con Tania nunca fue nada serio. Ella era una chica a la que le gustaba tener un séquito de hombres. Yo sabía que no era el único con el que andaba, pero no me importaba mucho porque no estaba enamorado de ella, ni ella tampoco de mí. Pero cuando te conocí, las cosas cambiaron. De repente ya no quería seguir disfrutando sin más. Quería algo serio y quería que fuera contigo, con nadie más, solo contigo. Me reuní con Tania y le dije que ya no podíamos vernos más. Ella se puso furiosa, pero yo pensé que había entendido las cosas. Y entonces fue cuando pasó todo. Si hubieras visto todo lo que pasé para encontrarte, la angustia que sentí… Bueno, supongo que lo hubieras disfrutado mucho.

–Me hubiera costado creerlo –dijo Natasha–. ¿Tú?

¿Desesperado? ¿Tú, que jugabas tan bien tus cartas?

–Ya había dejado de jugar. Esa vida había terminado para mí. Y, si hubiera podido explicártelo, si hubiera podido hacerte entender… Pero ¿qué sentido tiene? Tú solo crees aquello que quieres creer.

Natasha le miró, estupefacta. No se podía creer lo que acababa de decir.

–¿Estáis ahí?

La voz de Giorgio les interrumpió, proveniente del pasillo. –Estamos aquí –exclamó Mario.

–Ah, bien –Giorgio apareció por la esquina–. Ya es hora de ponerse la ropa normal. No vamos a hacer más fotos por hoy, pero vamos a ver la casa de Romeo.

Natasha se escabulló, rumbo al vestidor. Se quitó el vestido rápidamente y se puso la ropa con la que había llegado. Era un alivio volver a ser Natasha Bates. Julieta tendría que seguir durmiendo un rato más.

«Cuanto más tiempo duerma, mejor», pensó, peinándose con furia.

Se cepillaba el cabello con tanta fuerza que le cayó sobre los hombros bruscamente, como una lluvia de oro a la luz del atardecer. Recordaba una broma que Mario le había hecho una vez…

–Mi peligrosa bomba rubia –le había dicho en un tono juguetón.

–No soy peligrosa –le había dicho ella.

–Pero puedes serlo cuando actúas por instinto. Algunos de esos instintos podrían asustar a un hombre.

–¿Yo te asusto? –le había preguntado ella con coquetería.

–Podrías, si yo me dejara asustar fácilmente.

Natasha se echó el pelo hacia atrás y se lo recogió, haciéndose un moño bien tenso. Una vez quedó satisfecha con su apariencia, bajó para encontrarse con Giorgio y con Mario.

La casa de Romeo estaba a muy poca distancia de la de Julieta y solo se podía ver desde fuera.

–Parece una fortaleza, con esas almenas.

–En aquella época construían muchos edificios con ese tipo de diseño –dijo Giorgio–. La mitad de la ciudad casi estaba en guerra permanente con la otra mitad, de ahí la disputa entre los Capuleto y los Montesco.

–Buongiorno!

Un hombre les saludaba desde cierta distancia. Tenía unos cuarenta años, era alto y de constitución fuerte. Natasha lo reconoció de inmediato. Era uno de los miembros de la asociación de empresarios hoteleros.

–Deberían haberme dicho que venían –dijo, dándole un abrazo a Natasha.

–No lo decidimos hasta el último momento –explicó Mario.

–Vamos a tomar un café. Mi hotel está a la vuelta de la esquina.

–Mario hubiera preferido evitar este encuentro –le susurró

Giorgio a Natasha mientras caminaban, rumbo al hotel–. Ese es Riccardo. Fue su contrincante, el que quiso quitarle la presidencia de la comunidad de empresarios. Tiene mucho dinero. Posee más viñedos y bodegas que cualquiera de los otros empresarios y le gusta dar órdenes tanto como a Mario.

–Pero me dijiste que Mario consiguió que se echara atrás.

–Sí. No sé cómo lo hizo, pero dicen que los negocios de Riccardo no pasarían una inspección.

–¿Me estás diciendo que Mario lo amenazó?

–No sabría decirte si fue una amenaza como tal. Ese no es el estilo de Mario. Él solo hace un comentario, asegurándose de que solo una persona lo va a entender. Riccardo retiró su candidatura de una forma repentina. Nunca conviene meterse con Mario, si se tiene un poco de sentido común.

El hotel de Riccardo era muy ostentoso, incluso más que el Dimitri

Hotel. Era evidente que habían invertido ríos de dinero en aquel lugar y Riccardo bien podía dar la impresión de ser un hombre capaz de desafiar a Mario Ferrone. Sin embargo, conforme iban pasando los minutos, Natasha se dio cuenta de que el empresario nunca llegaría a llevar a cabo ese desafío.

Riccardo le tenía miedo a Mario. Esa era la verdad, por increíble que resultara, y Mario estaba encantado de que así fuera. Aquel joven que solía usar sus encantos para salirse con la suya se había convertido en un hombre que usaba el poder para doblegar a la gente.

La había culpado por haber desaparecido sin dejar rastro. Le había dicho que la había buscado sin descanso, desesperado. El hombre que tenía delante, aunque temido por muchos, decía tener miedo de ella.

Natasha ahuyentó esos pensamientos rápidamente y se enfrascó en una conversación con Riccardo.

–Quiero ver el resto de la ciudad. No solo se trata de Romeo y Julieta. Hay algo más en la vida que el romance.

–No hay duda –dijo Mario.

Brindaron chocando sus copas.

–Muy bien –dijo Natasha, prosiguiendo–. He hecho todo el trabajo preliminar y ahora quisiera encerrarme un tiempo para poder escribirlo todo. Les veré en unos días, señores.

–Entonces, ¿ya no nos necesitas? –le preguntó Giorgio en un tono cómico–. ¿Nos echas así como así? Oh, mundo cruel.

–Así son las cosas –apuntó Mario, imitando el estilo teatral de su empleado–. Una mujer abandona a un hombre cuando ya no le necesita. Hay que aceptarlo.

Todos se rieron.

–Si ya no me necesitan –añadió Mario–, vuelvo a Venecia unos días. Sally, mi cuñada, está a punto de dar a luz de nuevo. Lo pasó mal la otra vez y a mi hermano, Damiano, le vendrá bien tenerme cerca unos días. Nos mantendremos en contacto, signorina. Giorgio la atenderá en todo lo que necesite.

–Gracias. Si tengo a Giorgio, ¿qué más podría necesitar?

Mario se marchó esa misma tarde. Se despidió con una fría cortesía delante de todo el mundo y partió rumbo a Venecia.

–Giorgio me llamará si es necesario. Adiós a todos.

Salió con tanta prisa que parecía estar huyendo.

Capítulo seis

Fue todo un alivio para Natasha disfrutar de unos días sin la presencia de Mario. Necesitaba tiempo para pensar en lo que él le había dicho.

«Si supieras cómo planeé aquel día. Te había dicho que tenía algo importante que decirte. Iba a pedirte que te quedaras conmigo… No teníamos por qué terminar así. Ahora podríamos estar casados, esperando nuestro primer hijo…».

Para escapar de ese pensamiento insoportable, Natasha se sumergió en el trabajo y se dedicó a conocer a fondo, no solo Verona, sino los alrededores. La ciudad se asentaba en la región de Veneto, situada en la zona norte de Italia, más conocida por la ciudad de Venecia.

–Por eso hablamos veneciano aquí –le dijo Giorgio.

–¿Veneciano? ¿Venecia tiene su propia lengua?

–Por supuesto, y se habla en toda la región. La gente también habla italiano, e inglés, por los turistas. Necesitas conocer la lengua veneciana para entender de verdad la realidad de esta zona.

–Y eso es lo que quiero hacer –le dijo Natasha, anotando a toda velocidad.

Al día siguiente, el fotógrafo les entregó las imágenes de Romeo y Julieta y Natasha las examinó con atención.

Mario la fascinaba. Al reencontrarle, unos días antes, le había visto tan endurecido, tan distinto a aquel muchacho de antes… Sin embargo, en esas instantáneas parecía haber vuelto a cambiar. Había vuelto a ser aquel joven que recordaba.

Pasó algún tiempo recorriendo las calles de la ciudad, contagiándose del espíritu de Verona en soledad, sin nadie que la distrajera. Encontró una calle que bien podría haber sido aquella en la que Tibalto había matado al amigo de Romeo, Mercutio. Más adelante estaba el sitio donde Romeo podría haber apuñalado a Tibalto por venganza.

Muy cerca había dos hoteles de la Comunità, y en ambos fue muy bien recibida. Examinó todos los rincones e hizo todas las anotaciones

necesarias para no dejar escapar ninguna idea.

Tenía una docena de lugares pendientes de visita, pero ya no tenía fuerzas para seguir ese día. Estaba muy cansada y le dolía un poco la cabeza, así que decidió volver al Dimitri Hotel.

Fue todo un alivio llegar, pedir un café y sentarse en la cafetería del hotel. Ajena al hombre que la observaba desde un rincón, cerró los ojos y respiró profundamente.

De repente volvió a abrirlos, levantó la mirada, y entonces le vio.

–¡Mario!

–Hola, Natasha –fue a sentarse junto a ella.

–Entonces has vuelto.

–Sí. Llegué hace unos minutos.

–¿Va todo bien con tu familia?

–Sí. Sally dio a luz sin problemas y ahora tengo una nueva sobrina.

–Enhorabuena.

–Gracias. ¿Qué tal las cosas por aquí? ¿Cómo estás? Te veo muy cansada.

–He tenido un día muy ajetreado, pero también muy satisfactorio.

–¿Alguien fue contigo, para que no te perdieras?

–Oye, no me insultes.

–¿Qué?

–No soy una niñita estúpida que se pierde cada vez que se ve en una calle desconocida.

–Lo siento, señora.

–Podría haberle pedido a Giorgio que me acompañara, pero no quise. Puedo arreglármelas.

–Trabajas demasiado –le dijo–. Siempre lo has hecho. Recuerdo una vez, cuando nos conocimos en Venecia… Me dijiste que estabas a punto de caerte de cansancio, por lo mucho que habías trabajado. Yo te llevé a dar un paseo en una góndola, y tú te quedaste dormida.

Habló con una sonrisa en los labios, pero Natasha recordaba que las cosas no le habían parecido tan bonitas entonces. Estaba acostumbrado a llevar a las chicas de paseo en góndola, pero ninguna se le había quedado dormida durante el viaje.

–Me llevaste de vuelta al hotel y me diste las buenas noches con sequedad –recordó Natasha, sonriendo también–. Te ofendiste por mi comportamiento. Siempre me pregunté qué habrías hecho durante el resto de la noche, pero luego pensé que habrías encontrado a alguien para mantenerte despierto.

–No me acuerdo.

–Qué respetuoso eres.

Ambos se rieron. Mario no podía decirle que había pasado aquella noche solo, pensando en ella, en su indiferencia. Le había intrigado tanto que había ido a buscarla a primera hora del día siguiente.

–Las cosas siempre fueron así contigo. Siempre estabas entre dos aguas. No te definías y me tenías en ascuas todo el tiempo.

–No lo hacía a propósito. Tú pensabas que solo coqueteaba contigo para mantener tu interés, pero no era así. Yo también tenía mis dudas.

Mario guardó silencio unos segundos.

–Me han dicho que has estado trabajando muy duro. Has contactado con los dueños de los otros hoteles para conseguir información y les has mostrado lo que vas a escribir para ver si les parece bien. Están impresionados. Mi popularidad ha crecido mucho desde que tomé la maravillosa decisión de contratar tus servicios –hizo una reverencia muy teatral–. Solo un genio como yo podría haberte descubierto.

–Pero tú no me descubriste. Fue Giorgio.

–Calla. Eso no se dice –sonrió–. Y Giorgio tampoco debería decirlo, por la cuenta que le trae.

–Ya entiendo. El jefe da las órdenes y todos obedecemos.

–Algunos. No creo que llegue el día en que te vea dar un salto para obedecer una orden.

–Pero tú me pagas los honorarios –le recordó Natasha–. Está claro que no puedo hacer otra cosa que obedecerte, ¿no?

–De acuerdo. Muy bien. Ya has hecho tu broma.

–No es una broma. Eres mi jefe. Sé que es a Giorgio a quien le tengo que rendir cuentas, pero tú eres la autoridad superior. Si le dijeras que me despidiera, no tendría más remedio que hacerlo.

–No hay ningún peligro de que eso pueda ocurrir.

–En realidad, hay algo que tengo que decirte.

–¿Qué es? –le preguntó Mario.

Su tono de voz indicaba que era algo serio.

–Adelante, dime. ¿Cómo es de grave?

–No es grave. Simplemente quiero darte las gracias.

–Las gracias ¿Por qué? –le preguntó Mario.

De repente parecía nervioso.

–Por cambiar mi contrato y subirme el sueldo. No podía creérmelo cuando Giorgio me enseñó el nuevo contrato y me dijo que le habías dicho que me subiera los honorarios.

–Pero ya me diste las gracias. Lo hiciste unos minutos después. Yo te dije entonces que era esencial asegurar tus servicios profesionales.

–Sí, me lo dijiste, pero tú sabías los problemas económicos que tenía. Podrías haber asegurado mis servicios sin subirme el sueldo. Creo que hubo algo de amabilidad y consideración también.

Mario esbozó una ligera sonrisa.

–¿Amabilidad? ¿Yo? Soy un hombre de negocios. Lo de la «amabilidad» no va conmigo.

–Yo creo que sí. Recuerdo cosas que pasaron en Venecia… Aquella

niña que perdió a su perro. Tú lo encontraste.

–Solo trataba de impresionarte.

–Y lo conseguiste. No te gusta que la gente conozca esa vena amable y tierna que tienes, pero está ahí.

–Me estás insultando prácticamente.

–Bueno, pues entonces vas a tener que apañártelas con mis insultos.

–Creo que podré soportarlo.

–La cosa es… esa discusión que tuvimos el otro día, cuando terminamos con las fotos… las cosas se nos fueron de las manos un poco, pero me hubiera gustado que no hubiera sido así.

–A mí también. Dije cosas que no quería decir.

–Me dijiste que tenía miedo de enfrentarme a la realidad, que todo podría haber sido distinto si te hubiera escuchado. Creo que eso lo decías de verdad, y no te culpo por ello.

–Pero ¿crees en lo que te dije, de Tania? ¿Crees lo que te conté, que ya había roto con ella?

–Por favor, por favor, no. Eso es el pasado. Ahora ya no importa.

–Eso quiere decir que sigues sin creerme.

–No lo sé –dijo Natasha, angustiada–. Tengo un caos en la cabeza…

–Conozco muy bien esa sensación.

–Pero no tiene importancia.

–Natasha, ¿cómo no va a tenerla? Siempre creí que eras una persona que actuaba guiándose por la lógica, pero, si crees que lo que pasó entre nosotros no tiene importancia, entonces estás diciendo una tontería.

–No quería decirlo así. Entonces sí que importaba, pero no ahora. El mundo ha seguido adelante. Nosotros hemos seguido adelante.

–Ah, sí. Hemos seguido adelante.

–Y creo que no estábamos destinados a estar juntos. Siempre hubo algo predestinado a ir mal entre nosotros.

–Bueno, ahora sí que suenas como Giorgio.

–¿Qué quieres decir?

–Justo antes de que llegaras, estábamos hablando de Romeo y Julieta. Giorgio me dijo que eran una pareja de amantes que tenía las estrellas en su contra.

–Sí –dijo Natasha en un tono pensativo–. Se podría decir que teníamos las estrellas en nuestra contra. Mi problema era que tú habías perdido la cuenta de las mujeres que había en tu vida.

–Y el mío era que tú no podías confiar en ningún hombre. Siempre me he preguntado por qué. ¿Hubo alguien que te abandonó y te rompió el corazón?

–Digamos que sí, pero no es como tú piensas. El hombre que me

abandonó fue mi padre.

Natasha guardó silencio.

–Háblame de él.

–Yo le quería mucho, y creía que él a mí también. Y un buen día se esfumó sin más. Nunca más supe de él. Estábamos muy unidos, pero un buen día nos sacó a mi madre y a mí de su vida.

Mario prefirió no decir nada.

–Mi madre se quedó llena de resentimiento. Me dijo un millón de veces que no se podía confiar en ningún hombre, pero tampoco hacía falta que me lo dijera. Yo me di cuenta por mí misma.

Mario tardó unos segundos en hablar.

–Entonces… pensaste que era igual que todos. Bueno, quizás pensaras que era incluso peor.

–No, no. No fue así.

–Bueno, tal y como yo lo veo, sí que fue así.

–Y tú casi has estado a punto de odiarme –Natasha suspiró–. A lo mejor no puedo echarte la culpa por ello.

–Por favor, Natasha, olvida eso. Estaba furioso. Quería hacerte daño porque estaba resentido por la forma en que me habías demostrado el poder que tenías sobre mí. La forma en que me besaste me dejó claro algo que no quería admitir.

–¿Qué? –el corazón de Natasha latía a toda velocidad.

–Me demostraste que no soy ese hombre fuerte e independiente que me gusta creer que soy. Y por eso arremetí contra ti con lo peor que se me ocurrió. ¿Crees que podrás perdonarme?

Natasha guardó silencio un momento y después sonrió.

–No hay nada que perdonar.

–Bueno, entonces… ya está.

–¿Nos damos la mano en son de paz? –Natasha le tendió la mano.

–No. La primera noche nos dimos la mano como dos profesionales, pero ahora somos amigos, ¿no? Los amigos no se dan la mano. No les hace falta –se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla–. Esto es lo que hacen los amigos. Y se invitan mutuamente a tomar un café.

–Bien. ¡Camarero!

–No, quería decir que te iba a invitar yo.

–Deja de darme órdenes. Yo invito y ya está.

–Sí, señora. Lo que usted diga, señora.

–Cuidado. Tú vas a tener que hablar.

Mario asintió, hizo el pedido en italiano y dejó que Natasha pagara la cuenta, ya que no había forma de convencerla de lo contrario.

–¿Has ido a explorar últimamente?

–He andado por ahí, pero todavía tengo un sitio pendiente de visitar, un sitio muy importante… La tumba de Julieta. Ahora es un museo. Parece que atrae a tantos turistas como el balcón, así que he

pensado en ir allí para escribir mi nuevo artículo.

–Hay un hotel de la asociación muy cerca. El Albergo Martinez. Conociste al dueño la otra noche. Podríamos cenar allí y ver qué tienen que contarnos. Voy a llamarle.

Mario sacó el teléfono, hizo una llamada y habló en italiano a toda velocidad. Mientras esperaba a que terminara de hablar, Natasha también recibió un mensaje por el móvil.

Al leer el texto, sintió una repentina oleada de pánico.

–Nos espera en un par de horas –dijo Mario unos minutos después, al colgar el teléfono.

Se detuvo de repente al ver la expresión de Natasha.

–¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

–Nada.

–No, pasa algo. ¿Qué es lo que sucede?

–No, no, estoy bien. Me gustaría irme a mi habitación.

Natasha se levantó y echó a andar rápidamente. Frunciendo el ceño, Mario fue tras ella y le agarró la mano para detenerla. Natasha no se resistió, pero tampoco dijo nada.

Mario la acompañó hasta la puerta. Estaba muy pálida y tensa.

–Te recojo en una hora.

–Estaré lista.

Una vez dentro de la habitación, Natasha se desvistió y se metió en la ducha. Era un gran alivio sentir el agua sobre la piel. Era como si el agua pura pudiera arrastrar y llevarse toda la angustia que la embargaba.

El mensaje de texto era de Elroy Jenson. No escaparás de mí, decía.

Una vez salió del baño, Natasha se puso un sencillo vestido de color azul oscuro, apropiado para una reunión formal, y después pasó unos cuantos minutos tratando de decidir cómo llevar el pelo. No sabía qué era más adecuado para un encuentro profesional de ese tipo. Estaba llena de dudas, tal y como le ocurría siempre cuando se trataba de Mario.

Nico les estaba esperando en la entrada del Albergo Martinez y fue a recibirlos con los brazos abiertos. Natasha también le reconoció. Le había visto en la cena, la primera noche que había pasado en Verona.

Mientras cenaban, el empresario le describió la tumba con detalle.

–Julieta fue enterrada en la iglesia de San Francesco al Corso, un monasterio.

–Sí. Fue el padre Laurence, el monje, el que les casó –dijo Natasha–. El día de la boda, fueron a verle a su celda del monasterio y él les llevó a la iglesia para casarles.

–Cierto. Y cuando murió Julieta, cuando se tomó la poción y parecía muerta, la llevaron al monasterio para ser enterrada. El monasterio se ha convertido en un museo. Se puede bajar a la cripta y ver el sarcófago que, según la leyenda, es el suyo.

Nico hizo una pausa.

–En el museo también se celebran bodas. Mucha gente quiere casarse en el lugar donde Romeo y Julieta quedaron unidos eternamente. Bueno, y si están buscando un hotel que no se encuentre muy lejos…

–Entonces no tendrán problema en encontrar el suyo –dijo Natasha, usando su tono más profesional–. Me voy a asegurar de que no se extravíen de camino al hotel.

–Eccellente! Mario, esta señorita tan talentosa fue un gran descubrimiento. No la dejes escapar, por lo que más quieras.

–No te preocupes, no lo haré –dijo Mario, asintiendo con entusiasmo.

–Bueno, cenemos.

La cena fue servida en una larga mesa frente a la que ya estaban sentados muchos otros comensales. Justo cuando tomaban asiento, Natasha se percató de algo que ya había visto muchas otras veces. Las mujeres no hacían más que mirar a Mario, tal y como solía ocurrir dos años antes.

«¿Por qué iba a ser diferente ahora? Es lo bastante atractivo como para despertar ese tipo de interés. Además, ya no me molesta», se dijo a sí misma.

No tardó mucho en entablar conversación con el hombre que estaba a su lado. Se llamaba Tonio y era un académico que se estaba especializando en historia inglesa. Como la historia siempre había sido uno de sus temas favoritos, Natasha se enfrascó en una animada conversación. Estaba profundamente intrigada por los prejuicios de los argumentos que parecía tener Tonio.

–Se equivoca con Ricardo III –le dijo–. Shakespeare le retrató como un monstruo, pero en realidad no era…

–Esa perspectiva es la que mantienen siempre los ingleses. Se resisten a creer que alguno de sus monarcas pudiera ser perverso.

–Al contrario. Los malos son los más divertidos, pero esa reputación tan terrible de Ricardo III no fue más que un producto de la industria del marketing.

–Bueno, he estudiado bastantes documentos que evidencian que…

Natasha y el académico estaban inmersos en la conversación, totalmente absortos y ajenos a las miradas que comenzaban a atraer. Los invitados les observaban con una expresión divertida. Mario, sin embargo, parecía algo incómodo con la situación, lo cual resultaba sorprendente para Natasha, sobre todo teniendo en cuenta la belleza

que estaba sentada a su lado y que le dedicaba toda su atención incondicionalmente. Él, no obstante, parecía tolerarla a duras penas.

–Ya veo que Bianca ya he ha clavado las garras a otro más – dijo Tonio en un tono burlón.

–Habla como si pasara a menudo.

–Con Bianca, sí. Le gusta abarcar lo más posible cuando lanza la red.

–Bueno, pues parece que él no ha quedado atrapado en la red.

–Todavía no, pero dele un poco de tiempo.

Era evidente que Bianca era una coqueta inveterada a la que le encantaba flirtear, una de esas que estaban convencidas de poder conquistar a cualquier hombre. En un momento dado, le dio un golpecito en el rostro a Mario, riéndose de forma pícara, y él le devolvió la sonrisa con cortesía. Su mirada, sin embargo, no tardó en recaer en Natasha nuevamente.

–Tiene que verlo desde este punto de vista –le decía Tonio, volviendo a la discusión sobre historia–. El rey Ricardo no podía…

Natasha volvió a enfrascarse de lleno en la conversación y así logró entretenerse durante los treinta minutos siguientes. De pronto alguien puso música y la gente comenzó a bailar. Mario apareció a su lado de repente.

–Baila conmigo.

–¿No prefieres bailar con Bianca?

–No –la agarró de la mano y la hizo ponerse en pie.

–Yo pensaba que lo estabas pasando muy bien –dijo Natasha, riéndose mientras daba vueltas.

–¿En serio? –le preguntó él con ironía.

–Verse perseguido por una mujer que está dispuesta a dar cualquier cosa que le pidas.

–Eso estaría muy bien si yo quisiera algo de ella, pero no es así.

–Bueno, eso no es impedimento para muchos. Toman cualquier cosa que esté disponible.

–Yo era así en otra época, cuando era joven y estúpido, pero al final crecí, y para entonces ya era demasiado tarde.

Pronunció las últimas palabras con una expresión seria en el rostro. La tentadora Bianca pasó junto a ellos en ese momento. Estaba bailando con otro hombre, pero no perdió la oportunidad de dedicarle una miradita a Mario.

–Rescátame –le susurró Mario a Natasha.

–¿Cómo?

–Como sea.

–Muy bien. Ahí lo tienes. ¡Agh!

Suspirando con dramatismo, Natasha se apoyó contra su pecho.

–Oh, cómo me duele la cabeza. De verdad que necesito irme.

–Yo te llevo.

Volviéndose hacia el anfitrión, le explicó que tenía que llevar a Natasha a descansar.

–No se siente bien. Necesita descansar.

De repente se oyó una risa disimulada proveniente de algún rincón de la sala. Mario prefirió ignorarla. Tomó a Natasha de la mano y no se detuvo hasta llegar al coche.

–Gracias –le dijo al arrancar.

–No tienes nada que agradecer. De verdad que me alegro de haberme ido. Necesito dormir. Pero, si quieres volver y pasar tiempo con Bianca…

–Si esa es tu idea de una broma, no tiene gracia.

–Lo siento. Es que no he podido resistirme. –Bueno, pues a lo mejor deberías resistirte.

–Muy bien. Disculpa.

–Ya estaba empezando a pasarlo francamente mal.

–Ya sabes qué están pensando ahora, ¿no?

–Sí. Piensan que cuando lleguemos vamos a… Bueno, te lo puedes imaginar.

–Sí, me lo puedo imaginar.

–Y lo siento, pero esa chica puede llegar a resultar bastante molesta.

–No me digas que te da miedo. ¿A ti? ¿Un hombre que no le tiene miedo a nada?

–Te sorprendería saber a qué cosas les tengo miedo. Tú fuiste una de ellas una vez. Y ahora empiezo a sentir que eres uno de los mejores amigos que he tenido jamás.

–Bien. Entonces, no hay nada de qué preocuparse.

Capítulo siete

A la mañana siguiente fueron al monasterio museo y bajaron a la cripta. Había unos cuantos turistas, contemplando el enorme sarcófago de mármol.

–No lo entiendo –dijo un anciano, mirando la tumba–. ¿Cómo es posible que dos personas tan jóvenes se quitaran la vida?

–A lo mejor no lo hicieron –dijo una de las personas que le acompañaban–. A lo mejor esa parte es solo ficción.

–No –intervino Natasha–. Es parte de la historia porque era inevitable. Es lo que se hace cuando la vida ha perdido todo su sentido.

–Eso puede pasar a cualquier edad –opinó Mario.

–No –dijo el anciano–. Podrían haber superado lo ocurrido, encontrar a otras personas con las que compartir sus vidas.

–Pero ellos no creían en esa posibilidad –apuntó Mario.

–Los jovenzuelos nunca lo hacen –replicó el señor mayor en un tono de reprimenda–. Pero cuando se hacen mayores se dan cuenta de que nada es tan importante en realidad. El amor va y viene, una y otra vez. Es absurdo creer que alguien puede descubrir el verdadero significado de su vida a esa edad.

–Yo creo que sí es posible –le dijo Mario–. A veces las cosas pasan cuando pasan, ni antes ni después.

El anciano le miró con ojos curiosos.

–Habla como todo un experto en la materia, señor.

–Supongo que todos somos expertos –le dijo Mario–. De una forma o de otra.

Se oyeron algunos rumores de aprobación y entonces todos siguieron al guía turístico que les acompañaba, rumbo hacia otra parte del museo.

Una vez se quedaron solos, Mario observó a Natasha mientras contemplaba el sarcófago.

–Se casaron y pasaron una dulce noche juntos –dijo ella–. Pero fue aquí donde quedaron unidos para siempre.

–Quedaron unidos para siempre, por siempre jamás.

Ella se volvió hacia él, sonriendo.

–Sabes lo que has hecho, ¿no?

–¿Qué he hecho?

–Me has dado una idea genial para lo que quiero escribir. Quedaron unidos para siempre, por siempre jamás –repitió–. Gracias.

Él hizo un gesto irónico.

–Me alegro de ser útil.

–¿Te importa dejarme aquí un rato sola? Solo quiero… –miró a su alrededor y respiró profundamente, extendiendo los brazos.

Él dio un paso a un lado, hacia un área en sombras. Desde allí podía verla, extendiendo la mano hacia el sarcófago abierto y vacío. ¿Qué era lo que veía ahí dentro? ¿Veía a Romeo, yaciendo junto a su amada?

Continuó observándola durante unos segundos. Parecía totalmente fuera del mundo, fuera de la realidad. Fue hacia ella.

–¿Te encuentras bien? No te veo bien.

–No. Estoy bien. Es solo la atmósfera de este lugar y lo que representa esta tumba.

–¿Seguro que solo representa la muerte?

–No, hay más. Representa el fin, la conclusión, el logro. Eran jóvenes. Podrían haber seguido adelante y haber tenido una vida relativamente buena. Pero significaban mucho el uno para el otro, más que sus propias vidas. Lo describiste muy bien cuando dijiste que la gente puede descubrir lo que realmente importa incluso cuando son jóvenes, y entonces pueden yacer juntos para siempre. Esto… –miró a su alrededor–, habla por sí solo.

–Creo que deberíamos irnos.

Su fascinación con el lugar le estaba poniendo nervioso.

–Sí, he hecho todo lo que tenía que hacer aquí. Pasaré la tarde trabajando en mi artículo. Lo escribiré y se lo mandaré a toda la asociación, a ver qué les parece. Estoy segura de que sus sugerencias serán útiles.

–Ya veo que no dejas ni un cabo suelto.

–Bueno, eso espero. Para eso me pagas. ¿Nos vamos? Ya hemos terminado aquí, ¿no?

–Ah, sí. Ya hemos terminado.

Durante el camino de vuelta al hotel ambos permanecieron en silencio. Una vez llegaron, Natasha fue directamente a su habitación para ponerse a trabajar. Pidió que le llevaran algo de cenar y no volvió a bajar en toda la noche. Necesitaba estar sola para pensar. Lo que había dicho Mario acerca de la tumba la había dejado pensando.

«Todos somos expertos… De una forma u otra».

Natasha sacudió la cabeza y ahuyentó esos pensamientos que la turbaban.

«Ya es suficiente. Estoy aquí para trabajar y, cuando haya terminado mi trabajo, me marcharé. Él puede hacer o decir lo que quiera», se dijo, decidida.

Sin embargo, todo iba a cambiar al día siguiente.

Por la mañana, Natasha salió a caminar una vez más, vagando por Verona a pie. A mediodía llegó a la casa de Julieta. Dio un paseo por el patio y se dispuso a entrar en la casa, pero entonces algo llamó su atención. Era la estatua de Julieta. Allí estaba ella, escudriñando la distancia, por siempre jamás…

Natasha soltó el aliento y dio media vuelta. Al levantar la vista se detuvo de golpe.

Mario estaba allí, observándola.

–Te vi en la calle, así que me tomé la libertad de seguirte. ¿Has entrado?

–No. Estaba a punto de hacerlo.

–Bueno, entremos juntos.

Una vez dentro, examinaron las piezas y muebles del siglo XVI, absorbiendo esa ambientación perfecta para la leyenda. Después subieron las escaleras y salieron al balcón.

Una pareja estaba allí, dos jóvenes abrazados.

–Disculpa –dijo la chica, echándose a un lado–. Es que teníamos que volver para verlo de nuevo. Nos casamos la semana que viene y nos van a tomar todas las fotos en este balcón.

–Qué bonito –dijo Natasha–. Es el lugar perfecto.

–Eso pensamos –los jóvenes se besaron y se hicieron a un lado.

La luz del crepúsculo comenzaba a desvanecerse y cada vez había menos turistas por el lugar.

–Me pregunto cómo sería para ella –dijo Natasha–. Pararse aquí, soñando con él, y darse cuenta de que él estaba ahí mismo, admirándola, sin saber que su amor estaba condenado.

De repente su teléfono sonó, pero Natasha prefirió ignorarlo.

–¿No vas a contestar? –le preguntó Mario.

–No. Puede esperar –le dijo ella en un tono tenso–. No quería traer el teléfono. No quiero que me distraigan.

El teléfono volvió a sonar de nuevo.

–Contesta –le dijo Mario–. Líbrate de ellos.

No sin reticencia, Natasha atendió la llamada.

–Por fin.

Era esa voz que tanto odiaba.

–Tú, de nuevo. Deja de molestarme.

–Deja de decirme lo que tengo que hacer –dijo Jenson–. Si quiero llamarte, te llamo. ¿Quién te crees que eres para darme órdenes?

–¿Que quién me creo que soy? Soy la mujer que te dijo que me dejaras en paz. Soy la mujer que no quiere tener nada con un tipo tan desagradable como tú. Deberías haberte dado cuenta ya.

Se oyó una risotada al otro lado de la línea.

–No, eres tú quien debió darse cuenta de la realidad, tontita.

No sabes lo que podría hacerte…

–Creo que sí lo sé. Me lo has dejado brutalmente claro.

–Eso era solo el comienzo. No sabes cómo puedo hacer que llegues a arrepentirte, pero lo vas a saber. Sé algo sobre ti, Natasha, y cuando termine contigo vas a desear haberme tratado con más respeto.

Sin darle tiempo a decir nada, Mario le arrebató el teléfono de la mano.

–Jenson, vete al infierno. Déjala en paz, o yo haré que te arrepientas.

Jenson volvió a reírse con descaro.

–Bueno, no tanto como te vas a arrepentir tú si tienes algo con Natasha. Ella se buscó ser mi enemiga, y, si tú estás de su lado, también eres mi enemigo. Y los enemigos no se me escapan.

Mario cortó la conexión rápidamente.

–¿Jenson sigue molestándote?

–Sí. No para.

Natasha estaba temblando.

–Muy bien. Vamos a ocuparnos de esto –la rodeó con un brazo de una forma protectora–. Vamos, regresemos al hotel.

Sin soltarla ni un momento, la condujo hacia el coche y la ayudó a subir. Natasha estaba tan nerviosa que casi tropezó al subir al vehículo. Durante el viaje de vuelta, mantuvo la cabeza apoyada en las manos y trató de calmarse, sin mucho éxito.

No había casi nadie en el vestíbulo del hotel y Mario pudo llevarla al piso superior rápidamente. En cuanto la puerta se cerró tras ellos la tomó en sus brazos de nuevo.

–No pasa nada –le dijo–. No hay que asustarse por nada. Aquí estás segura. Jenson forma parte del pasado.

–No. Siempre que pueda localizarme y encontrarme, no formará parte del pasado. Cambiar de número no sirve de nada. Siempre consigue el nuevo. Así de poderoso es. Tengo miedo. No hace más que llamarme, molestarme. Cuando recibo un mensaje o una llamada suya, es como si estuviera aquí mismo, vigilándome. Ya ha arruinado mi carrera profesional, y no me libro de él.

–Te equivocas. No ha arruinado tu carrera, y no va a hacerlo porque no pienso dejarle.

Natasha respiró profundamente y logró calmarse un poco. Mario la agarró de la barbilla y la hizo levantar el rostro. Durante una fracción de segundo se sintió tentado de darle un beso, solo para reconfortarla.

–Menos mal que estabas ahí –le dijo ella–. No podría haberme enfrentado a esto sola.

–Lo sé. Por eso te quité el teléfono de una forma tan brusca. Si pesa una amenaza sobre mi cabeza, me gusta saber cómo es de seria.

–Pero él no te está amenazando a ti.

–Cualquier cosa que sea una amenaza para ti, también lo es para mí. Ya te lo dije. Yo me ocupo.

–Gracias –Natasha se aferró a él–. Es una suerte que solo haya sido una llamada de teléfono. Si se presentara aquí en persona, creo que hubiera sido capaz de hacer algo violento, como estrangularle –Natasha hizo una mueca–. Siempre tuviste razón cuando te quejabas de mi mal carácter.

–Nunca dije que tuvieras mal carácter. Solo me parecía que eras un poco impulsiva, que actuabas antes de pensar.

–Y después ya es muy tarde para pensar –dijo Natasha, suspirando.

Él guardó silencio. Simplemente se limitó a abrazarla con más fuerza.

–Esa ha sido una maldición toda mi vida. Mi madre solía decirme que iba a acabar muy mal. Según ella, saqué el mal carácter de mi padre. Nunca la oí decir nada positivo sobre él.

–Deberías dejar todo eso atrás. El pasado, pasado está. No dejes que tenga esa influencia sobre tu vida. No dejes que te controle.

–Hablas como si lo supieras muy bien.

–De alguna forma, así es. Hubo un tiempo en el que le debía tanto a mi hermano que necesitaba ser libre, y crecer y ser independiente pasó a ser la gran prioridad de mi vida.

–Crecer… –repitió Natasha, pensativa.

–Me llevó un tiempo –le dijo él, sonriendo.

Natasha guardó silencio. Lo que decía era tan cierto… Se había convertido en un hombre totalmente diferente, más serio, fuerte…

–Deja todo en el pasado, da media vuelta y sé la persona que realmente eres.

–Demasiado tarde.

–Nunca es demasiado tarde si es realmente lo que se desea.

Natasha hubiera dado cualquier cosa por ver la expresión de su rostro mientras pronunciaba esas palabras, pero tenía la cabeza apoyada contra su hombro.

–Nunca es demasiado tarde –repitió.

Él la abrazó más fuerte aún y apoyó los labios contra su pelo. No quería dejar de abrazarla, pero no era solo que quisiera hacerle el amor. En realidad, no quería soltarla porque quería protegerla de todo, de todos.

Con la primera luz del alba, Natasha abrió los ojos y se encontró en un mundo que le parecía absolutamente desconocido. Yacía con la cabeza apoyada sobre Mario y él la rodeaba con sus brazos.

De inmediato supo que era un sueño. No podía tratarse de otra cosa.

–¿Todo bien? –le preguntó él de repente–. ¿Ya te has despertado?

–¿Yo…? ¿Qué…? ¿Dónde…?

–Has dormido toda la noche. Y yo.

–¿Qué ha pasado? ¿Cómo terminamos…?

–¿Cómo terminamos durmiendo juntos? Recibiste una llamada de Jenson y te asustaste mucho. Estabas tan nerviosa que no quise dejarte sola, así que me vine aquí contigo y me quedé. Pero no te preocupes. Solo me he quedado como amigo. No he hecho nada que no debiera hacer.

Natasha se dio cuenta enseguida de que le decía la verdad. Él solo quería protegerla, y lo había hecho.

–En serio. Deja de preocuparte –añadió él.

–No estoy preocupada. Solo me alegro de que estés aquí.

–¿Te alegras? ¿En serio?

–Claro que sí. ¿Cómo no iba a alegrarme?

–Si es así, eso es todo lo que importa.

Los ojos de Natasha resplandecieron un instante y Mario se puso tenso. Una oleada de deseo se apoderaba de él por momentos. Quería besarla, acariciarla…

Ella se movió en sus brazos y no tuvo más remedio que aflojar la presión de los brazos a su alrededor. Sin embargo, en vez de apartarse, ella se volvió hacia él, cerró los ojos y deslizó un brazo alrededor de su cuerpo.

–¡Umm! –murmuró, como si hubiera encontrado la más absoluta felicidad.

–Podría haber más –le susurró él al oído.

–¿Umm?

–Si tenemos paciencia, podría haber más entre nosotros, ¿no? Podríamos ir despacio, y entonces, quizás… –¿Qué?

–Sé que aún hay cosas que tenemos que dejar atrás, y no será fácil. Tú me hiciste daño, esfumándote como lo hiciste, pero entiendo que no confíes en ninguno de nosotros después de lo que hizo tu padre. Y yo te hice daño, pero no era mi intención. Ojalá pudiera hacer que me creyeras. Ojalá. Espero conseguirlo un día. Un día me creerás, y entonces todo será maravilloso.

–Umm.

Él dejó escapar una pequeña risita.

–Me pregunto qué significará ese «Umm».

Ella le miró a los ojos.

–Si lo supiera, te lo diría.

–No, no lo harías. Te gusta dejarme en ascuas.

Natasha esbozó una sonrisa que hacía mucho tiempo no veía, una sonrisa que era un atisbo de esperanza.

Capítulo ocho

–Te dejo ahora para que puedas dormir un rato –le dijo Mario–. Te veré por la mañana.

Salió de la habitación a toda prisa, casi huyendo. Bajó las escaleras sin perder ni un minuto y se dirigió hacia el jardín. Una vez allí fue hacia el río. Solo deseaba contemplar el agua y calmar sus pensamientos.

Volvió a mirar hacia el edificio. Podía ver la tenue luz que salía por la ventana de su habitación. Justo en ese momento, el alto ventanal se abrió y ella salió al balcón.

Mario retrocedió hacia la penumbra para que ella no le viera. Natasha, sin embargo, ni siquiera bajó la mirada. Estaba inmóvil, con la vista hacia el cielo, como si allí tratara de encontrar la respuesta a un misterio. Mientras la observaba, Mario no pudo evitar recordar la historia de Romeo y Julieta. Seguramente las cosas habían sucedido así. Las palabras de Romeo irrumpieron en su cabeza.

«¡Es mi vida, es mi amor el que aparece!».

–Sí –murmuró Mario–. Es mi vida. Es mi amor. Ojalá lo supiera.

Lentamente retrocedió hasta quedar envuelto en las sombras, sin apartar los ojos de ella en ningún momento.

Durante unos minutos ella continuó mirando al cielo, pero entonces bajó la cabeza y se rodeó el pecho con ambos brazos, apoyándose contra la pared. Su postura sugería confusión, tristeza. Mario respiró profundamente y trató de aligerar el peso de esos sentimientos que le ahogaban. Ella parecía tan sola, tan vulnerable…

–Ojalá lo supiera –repitió–. Ojalá pudiera convencerla.

Se alejó con sigilo por miedo a que ella pudiera verle. Una vez dentro del hotel se encontró con Giorgio. El gerente parecía muy agitado.

–Tenías razón respecto a ella.

–¿Respecto a quién?

–Ella. Natasha Bates. Sospechaste que le ocurría algo en cuanto llegó. Dijiste que nunca la habías visto, pero te diste cuenta de que había algo sospechoso. Y ella notó que tú te habías dado cuenta. Por

eso ha estado siempre tan nerviosa en tu presencia.

–¿De qué demonios estás hablando, Giorgio?

–Hemos recibido un correo electrónico sobre Natasha que deberías leer. Es de Jenson Publications.

–Enséñamelo.

El mensaje era escueto y cortante.

Debería tener cuidado con su empleada, Natasha Bates. Es bien conocida en el medio por su falta de sinceridad y su ineficiencia. Si sabe lo que le conviene, será mejor que la despida de inmediato.

El mensaje no estaba firmado. Había sido emitido desde las oficinas centrales de Jenson Publications.

–No se atrevió a poner su nombre –dijo Mario, furioso–. Pero esto es de Elroy Jenson, un miserable, un bastardo maquinador al que voy a estrangular si algún día llego a ponerle las manos encima.

–Pero… supongamos que es cierto –dijo Giorgio–. Siempre te pareció que era un tanto esquiva.

–No te atrevas a decir eso –le espetó Mario con agresividad–. Nada de esto es cierto y, si te vuelvo a oír decir algo así, te vas a arrepentir, Giorgio.

–Muy bien, muy bien –dijo Giorgio rápidamente, echándose atrás–. Mis labios están sellados.

–No lo vuelvas a repetir, y ni siquiera lo pienses. ¿Entendido?

–Entendido –repitió Giorgio, alarmado por la expresión que veía en los ojos de su superior–. Lo siento. No se me pasó por la cabeza que las cosas pudieran ser así.

–Sí, hay muchas cosas que tampoco se me han pasado a mí por la cabeza, pero cuando ocurren… bueno, hay que hacerles frente. Este mensaje no es más que un montón de mentiras.

Jenson intentó algo con ella, pero ella le rechazó y ahora quiere destruirla.

Giorgio asintió con la cabeza a medida que lo comprendía todo.

–Ni una palabra a Natasha. No quiero preocuparla. No debe sospechar nada.

–Si tú lo dices –dijo Giorgio con reticencia y entonces soltó el aliento–. Pero ¿hay forma de defenderse de este hombre?

–La hay y vamos a hacer uso de ella. Natasha va a estar a salvo –Mario habló con la máxima seriedad–. Se lo prometí y voy a cumplir con mi palabra.

Natasha volvió a entrar en su habitación y se tumbó en la cama.

Tenía una extraña, pero agradable sensación. Era como si Mario siguiera a su lado, susurrándole palabras de aliento al oído, o abrazándola de manera protectora.

Pero ¿era eso lo que había querido decirle en realidad, o acaso se estaba haciendo ilusiones? Mientras trataba de encontrar la respuesta, se quedó dormida.

Al día siguiente se despertó con la energía totalmente renovada, deseosa de levantarse y afrontar un nuevo día. Sin embargo, en cuanto puso los pies en el suelo notó que algo iba mal. La alfombra estaba húmeda. Al levantar la vista se dio cuenta de que el agua provenía del cuarto de baño. Toda la estancia estaba encharcada.

–¡Oh, Dios! ¡Debí de dejar el grifo abierto!

Al entrar en el cuarto de baño descubrió que no se trataba de un grifo, sino de una tubería rota, y el agua caía directamente al suelo.

Sin perder tiempo llamó a Mario y le explicó que necesitaba a un fontanero. Él llegó unos minutos después. Al ver los daños masculló un juramento.

–Hay que arreglar esto rápido, antes de que llegue al piso inferior. Recoge tus cosas. Te buscaré otra habitación.

Natasha recogió sus pertenencias en menos de media hora y salió de la habitación justo cuando llegaban los fontaneros. Mario la estaba esperando abajo, con la mesa lista para el desayuno.

–Tenemos un problema. Es temporada alta y todas las habitaciones están ocupadas. Tengo un apartamento en el último piso. Puedes quedarte allí. Yo no duermo ahí, así que puedes descansar sin que nadie te moleste.

–Y trabajar un poco –le dijo ella, tomando su ordenador portátil.

Su apartamento era más que nada un almacén, lleno de estanterías y armarios de archivos. Una empleada le estaba preparando la cama.

–Toda tuya –le dijo Mario–. Te dejo. Nos vemos luego.

Natasha trabajó con entusiasmo y envió el material que había preparado a una docena de destinatarios. Después sintió que necesitaba un pequeño descanso, así que cruzó la estancia y se dirigió hacia la televisión. Sin embargo, en el camino tropezó con la moqueta y se precipitó hacia delante. Al extender el brazo para encontrar un punto de apoyo, se aferró a unas pequeñas estanterías, haciendo caer todo lo que estaba sobre ellas.

–¡Oh! –Natasha se agachó para recogerlo todo, pero entonces se detuvo.

Un sobre se había abierto, dejando a la vista unas notas escritas en papel de color azul claro. En una de ellas había una firma al final.

Te quiero, Tania, leyó para sí.

Natasha sintió que un frío mortal se apoderaba de ella. Tania seguía en contacto con Mario. Después de tantas promesas, después de

tanto decirle que había roto con ella, la verdad era que aún seguía teniendo contacto con ella.

–¡Idiota! –exclamó–. ¡Eres una idiota! Lo hiciste tan bien al principio… deberías haber hecho caso a tus sospechas.

Con manos temblorosas, tomó la carta y comenzó a leer.

No te alejes de mí. Sé que me dijiste que todo había terminado porque querías estar con esa chica inglesa, pero mira lo que hizo cuando supo que yo existía. No se hubiera esfumado así si realmente te hubiera querido. Yo pensé que te darías cuenta de eso y que volverías a mí. ¿Por qué no contestas a mis llamadas y me respondes los mensajes? Deja de rechazarme, Mario. Natasha no puede significar tanto para ti. Te quiero, Tania.

La leyó de nuevo, murmurando las palabras en alto. Todo lo que él le había dicho era cierto. Había roto con Tania, tal y como le había dicho.

–Debí creerte. Oh, debí confiar en ti. Pero ¿por qué no me enseñaste esto? Así hubiera podido saber la verdad.

Reparó en que la carta estaba escrita en inglés, y entonces recordó que Tania lo había dicho casi todo en inglés. Solo había dicho alguna que otra palabra en italiano. Sin duda, su lengua materna era el inglés y a lo mejor Mario había llegado a dominar la lengua gracias a ella.

Un ruido la alertó de la llegada de Mario. Rápidamente recogió todos los papeles y volvió a colocarlos sobre la estantería, todos excepto la carta de Tania.

Se la guardó en el bolsillo y fue a sentarse frente al ordenador sin perder tiempo.

–¿Pudiste resolver el problema? –le preguntó en cuanto le vio entrar.

–Sí, ya está todo solucionado. No podrás volver hasta dentro de un par de días, pero gracias a ti lo supe a tiempo para evitar un mal mayor. ¿Qué tal vas?

–He podido adelantar bastante trabajo. Y ahora tengo ganas de tomarme la tarde libre. Creo que voy a dar un paseo por el río.

–¿Puedo acompañarte?

–¿Por qué no?

Era toda una alegría poder disfrutar de su presencia en ese momento. Podía verle desde otra óptica; toda la tensión, todo el dolor del pasado se había desvanecido.

Abandonaron el edificio bajo la luz del crepúsculo y cruzaron la calle rumbo al río. Mario le rodeó los hombros con el brazo y ella le rodeó de la cintura. Aferrados el uno al otro, caminaron por la orilla hasta llegar a una cafetería. Mario la invitó a sentarse. Llamó a un

camarero y le habló rápidamente en italiano. Unos segundos después el camarero regresó con una botella de vino.

–Te he traído aquí por un motivo. Este lugar le compra el vino a un proveedor que se abastece en mis bodegas.

–El mejor vino, por supuesto.

–Por supuesto. Todo el mundo conoce la historia romántica de Verona, pero no tantos saben que aquí también hay excelentes bodegas.

–He estado leyendo al respecto últimamente. Hay visitas turísticas organizadas en torno a las bodegas, ¿no? Podríamos hacer un poco de publicidad para eso también.

–Buena idea.

Natasha bebió un sorbo de vino y saboreó su exquisito sabor. De repente sentía que las cosas podían salir bien, por fin.

Él la observaba atentamente y se preguntaba de dónde salía esa sonrisa constante que veía en su rostro. No se atrevía a preguntar en alto, no obstante. Era más placentero quedarse con la duda.

Cuando se pusieron en pie para marcharse, le rodeó el hombro con el brazo.

–¿Te encuentras bien? No hace demasiado frío, ¿no?

–No. Estoy bien. No hace demasiado frío ni demasiado calor. Todo está perfecto.

Él dejó escapar una carcajada.

–¿Eso quiere decir que no te he ofendido últimamente?

Ella le miró con una expresión pícara.

–Que yo recuerde, no.

–Bueno, casi siempre sí recuerdas algo.

Ambos sonrieron y siguieron adelante.

Natasha apenas se daba cuenta del rumbo que habían tomado. Era como estar en un nuevo mundo, desconocido y maravilloso. Nada era lo mismo. Su voz tenía un toque de calidez que jamás había notado hasta entonces y sus ojos resplandecían, llenos de promesas.

–Hace una noche maravillosa –le dijo, suspirando.

–Sí –le susurró él al oído–. Maravillosa. Tú eres maravillosa. Siento pena por Romeo y Julieta. Nunca pudieron dar un paseo como este. Supongo que somos más afortunados que ellos.

Natasha se volvió y le miró a los ojos.

–Sí. Somos más afortunados. Siempre fuimos afortunados. Ojalá lo hubiéramos sabido.

Mario le acarició el rostro con las yemas de los dedos.

–Yo siempre lo supe. Una vez pensé que no volvería a verte y, ahora, de repente, todo se llena de esperanza.

–Sí, para mí también. Pero a veces me da miedo tener esperanza. Hay que prepararse para lo mejor, pero también para lo peor, y

entonces… ¡Oh, Mario, Mario!

Mario la hizo callar con un beso.

–Sé mía, por favor. Dime que eres mía.

–Siempre lo fui. Siempre lo seré.

–¿Lo dices de verdad?

–Sí, sí.

–Dilo de nuevo. Hazme creerlo.

–Soy tuya. Soy tuya, toda tuya.

–Para siempre. No te voy a dejar ir. Te lo advierto. Soy muy posesivo.

–Nunca serías demasiado posesivo para mí –le aseguró Natasha.

Él le respondió con otro beso lleno de fervor.

Un grupo de personas pasaron junto a ellos en ese momento y comenzaron a aplaudir al verles.

–Estamos en un sitio demasiado público.

–Sí, vayamos a casa.

Regresaron al hotel sin que los viera nadie. Lo que iba a suceder era para ellos, para ellos y para nadie más.

Él la acompañó hasta el apartamento y entonces se detuvo en el umbral.

–No te vayas –le dijo ella, abrazándole con decisión–. Quédate conmigo.

–Natasha, ¿lo dices de verdad?

–Sí, lo digo de verdad.

–Pero… ¿no te das cuenta de que si me quedo…? No, no te das cuenta. No me puedo quedar. No me debo quedar.

–Sí que debes. Yo digo que debes, y no dejaré que me digas que no. Confía en mí. Las cosas cambian. Nada permanece igual.

–¿Me estás diciendo que algo ha cambiado de verdad?

–De alguna forma, sí. Yo me he vuelto más comprensiva. Siempre estuve tan segura de tener razón… Pero ahora siento que soy otra. Todavía tengo mucho que aprender.

Dio un paso atrás y extendió el brazo hacia él, invitándole a entrar.

–Entra. Ven conmigo. Quédate.

Mario aún no era capaz de entenderla bien, pero puso la mano sobre la de ella y la siguió hacia el interior de la habitación. Confiaba en ella, y con eso bastaba.

–Sí. Llévame contigo. Déjame quedarme.

Sus labios no tardaron en posarse sobre los de Natasha, haciéndola estremecerse de placer y alegría. Había mucho placer en el roce de sus labios, pero también había pasión, posesión. Le deseaba mucho y estaba decidida a ser suya. Había esperado durante mucho tiempo y era hora de disfrutar de aquello que no había tenido en el pasado.

Una vez aseguraron el cerrojo de la puerta, Mario la tomó entre sus

brazos.

–No me puedo creer que esté ocurriendo esto. He soñado con ello tantas veces…

–Yo también. Los sueños pueden hacerse realidad. Creamos en eso.

–Sí. Mientras te tengo en mis brazos, puedo creerlo.

Natasha le besó con toda la devoción que se había guardado durante tantos años. Poco a poco él comenzó a moverse, empujándola hacia la cama. La hizo tumbarse en ella y entonces comenzó a quitarle la ropa lentamente. Natasha le ayudó, invitándole a seguir adelante.

Él aceptó la invitación, de manera tentativa al principio, acariciándola suavemente, casi con timidez. Pero a medida que sus manos descubrían la suave piel sobre la que se deslizaban con fervor, comenzó a acariciarla de una manera más intensa, haciéndola estremecerse. Natasha extendió los brazos hacia él y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa hasta abrírsela por completo.

Él apoyó el rostro contra su pecho.

–Sí –murmuró ella–. Sí.

–Sí –repitió él–. Natasha… ¿estás segura?

–Estoy segura de todo. Estoy segura de que te deseo.

Él esbozó una sonrisa llena de incertidumbre.

–¿Estás segura de que te deseo, o quieres que te convenza?

–No necesito que me convenzas. Pero adelante.

–Como desee, mi señora –murmuró él, acariciándola con adoración.

Natasha sintió que iba a estallar de puro placer, pero lo más grande de todo era saber que por fin estaba junto al hombre con el que había soñado durante años, junto al hombre que la vida le había quitado tanto tiempo antes.

Él comenzó a despojarla de la ropa que le quedaba y terminó de desnudarse él mismo. Entonces la tomó entre sus brazos una vez más y la besó en los labios, en el rostro, en el cuello y continuó descendiendo hasta cubrir de besos sus pechos.

Natasha empezó a respirar cada vez con más dificultad, sintiendo la tormenta que se estaba formando en su interior. Ansiaba con locura ese momento en el que sería suya por completo y, cuando por fin llegó, resultó ser todo aquello que tanto había anhelado.

Capítulo nueve

Tras el frenesí del momento vivido, Mario y Natasha yacían en la cama, abrazados, asimilando el nuevo mundo en el que se encontraban. Poco a poco se quedaron dormidos y permanecieron unidos hasta que los primeros rayos de sol se colaron por las ventanas.

Mario levantó la cabeza y la miró. Ella buscó sus ojos y vio algo en ellos que hizo que le diera un vuelco el corazón.

–Natasha –susurró él, casi como si no se pudiera creer que la tenía a su lado–. He deseado esto desde el primer momento, pero ya había perdido la esperanza. Y entonces, de repente, ocurre esto, algo que ni en mis sueños hubiera imaginado. ¿Por qué?

–Era el momento adecuado –susurró ella–. ¿No lo sentías?

–Lo he sentido muchas veces, pero siempre estuve equivocado en el pasado. De repente, todo ha cambiado entre nosotros.

–Todo ha cambiado y ahora es como siempre debió ser –dijo ella.

–¿Lo dices de verdad, Natasha? ¿No es un sueño esto? ¿Todo está bien entre nosotros?

–¿Cómo me dices eso? Después de la noche que hemos pasado, ¿no crees que todo está bien?

–Oh, sí –Mario esbozó una sonrisa–. Pero no me refería a eso. Me refería a todas esas otras cosas que nos han separado en el pasado. Tú no creías en lo que te había dicho sobre Tania.

–Confío en ti, mi amor. Debí confiar en ti hace mucho.

–Confías en mí –repitió él, como si tratara de creérselo–. Y eres mía.

–Soy tuya.

–¿Para siempre?

–Por siempre jamás.

–Entonces, todo es como debe ser.

–Bueno, no del todo. ¿No tienes alguna promesa que hacerme, de esas que son para siempre?

–Claro. Solo pensé que no necesitaba que te lo dijera. Soy tan tuyo que…

Mario se vio interrumpido por el timbre de su teléfono móvil. Suspirando, contestó la llamada, hablando en italiano. Natasha no entendía el lenguaje, pero sí entendía que quien lo llamaba era su hermano, Damiano.

–Come stai, fratello? –le preguntó Mario con entusiasmo–. Come è Sally e il bambino?

Después de escuchar durante unos segundos, Mario levantó el pulgar.

–El bautizo es este fin de semana. Yo voy a ir y quieren que te lleve.

–¿Quieren que me lleves? ¿Pero…?

–¿Sí o no?

–Sí. Oh, sí.

–Damiano, Natasha dice di sì. Va bene! –colgó.

–No entiendo. ¿Cómo pensaste en invitarme?

–Te refieres a cómo sabían ellos que tú estabas aquí y cómo supieron que nos habíamos encontrado de nuevo, ¿no? –Mario sonrió–. Cuando fui a verles hace poco, tal vez les dije algo sobre ti.

Natasha le miró de reojo con un gesto risueño.

–Sí, ya me imagino qué les dijiste. Esa mujer fastidiosa ha aparecido de nuevo, y yo que pensaba que me había librado de ella.

–Algo así –dijo Mario, esbozando una media sonrisa.

–Me hubiera encantado verlo.

–Bueno, creo que te hubieras reído durante un buen rato. No paraba de hablar de ti. Damiano se echó a reír cuando le dije que nuestra nueva promotora habías resultado ser tú. Y Sally quería saberlo todo. Creo que se divierten mucho viéndome conquistado por una mujer.

–Pero yo no he tratado de conquistarte.

–Claro que no. Si lo hubieras intentado, me hubiera defendido y ahora no estaríamos hablando así, pero tú me pillaste por sorpresa, y yo estaba perdido antes de darme cuenta.

«Antes de darme cuenta…».

Las palabras de Mario reverberaron en su cabeza, conmoviéndola profundamente.

–Lo recuerdo todo muy bien. La primera vez que nos vimos, estabas sentada en el restaurante del hotel de Damiano cuando yo entré. Estabas preciosa y yo me paré, solo para mirarte un momento. De repente tú levantaste la mirada y me viste, sonreíste. Era una sonrisa tan bonita la que me ofreciste, como si yo fuera la única persona de la habitación, la única persona del mundo. Al principio no entendí bien lo que me había ocurrido, pero sí que me di cuenta de que, de repente, el mundo había empezado a girar en torno a ti.

–Y entonces tú entraste y te sentaste a la mesa. Dijiste que trabajabas en el hotel y que ofrecías tus servicios…

–Eso solo fue una excusa para hablar contigo. Solo quería averiguar todo lo que pudiera de ti, como si me fuera la vida en ello. Y ahora me doy cuenta de que en realidad sí era así. Y entonces…

–¿Qué?

–Todo volvió a ocurrir, ¿no? Cuando viniste aquí de nuevo, te volví a hacer las mismas preguntas que aquella primera noche. –Dijiste que si había alguien esperándome en casa, o algo así, ¿no?

–Sí. Sonó como una de esas preguntas ensayadas que hace un empresario en una entrevista de trabajo, pero en realidad yo tenía esta tremenda necesidad de saber si había alguien en tu vida, igual que aquella vez.

Natasha sonrió y guardó silencio unos segundos. Mario llamó a Venecia de inmediato y les avisó de que llegaban esa misma tarde.

–Me pregunta Sally que si queremos una habitación o dos – le preguntó de repente, inseguro–. ¿Qué prefieres?

Natasha recordó algo de repente.

–Me gustaría tener la misma habitación en la que estuve aquella vez.

–Es una habitación para uno.

–A lo mejor sería buena idea ser un poco discretos.

Mario abrió la boca como si estuviera a punto de objetar algo, pero entonces pareció entender y se volvió hacia el teléfono de nuevo. Unos segundos después colgó.

–Sally se ocupa de todo.

–¿Creerá que estoy loca?

–No. Me dijo que era lógico que quisieras darle para atrás al reloj. Supongo que la expresión no necesita explicación, ¿no?

–En efecto.

–Bueno, vamos a hacer las maletas.

Poco después se despidieron de Giorgio y partieron rumbo a la estación de trenes de Verona. Venecia estaba a algo más de cien kilómetros y tardaron una hora y media en llegar. Natasha recordaba la última vez que había atravesado esa amplia carretera elevada que llevaba a Venecia. Acercándose a la ventanilla, vio cómo se hacían cada vez más grandes aquellos hermosos edificios.

Una vez en la estación de la ciudad, Mario paró un taxi acuático y se dirigieron hacia el hotel, situado en el Gran Canal.

–Ahí está –le dijo él, señalando con el dedo–. ¿Recuerdas?

–Sí. Lo recuerdo muy bien.

Era un edificio glorioso, un antiguo palacio que parecía resumir todo el glamour y la historia que hacía latir la ciudad. En cuanto entraron en el vestíbulo, se encontraron con Damiano y su esposa. Sally le dio un efusivo abrazo a Natasha.

–Me alegro mucho de verte de nuevo. Y Pietro estaba deseando que vinieras. Dice que la última vez que viniste le hablabas mucho de fútbol.

–Cierto. Y anoche Inglaterra jugó contra Italia –Natasha se rio–. Por suerte, Italia ganó.

Pietro apareció en ese momento. Acababa de entrar en la adolescencia y ya empezaba a parecerse mucho a su padre.

–¿Viste el partido? –le preguntó sin más preámbulos.

–¿Cómo está Toby? –le preguntó Natasha, refiriéndose a su Cocker Spaniel.

–Aquí está –dijo el niño, echando a su peludo amigo hacia delante.

Natasha acarició al perrito y entonces levantó la vista hacia Mario. Él la observaba con una sonrisa de satisfacción.

Sally les llevó a ver a los niños; el pequeño Franco, que tenía tres años, y cuyo parto casi le había costado la vida, y la encantadora Elena, la pequeña a la que acababa de tener.

–La cena estará lista dentro de media hora –dijo Sally.

Tal y como había pedido, Natasha tuvo la habitación en la que se había hospedado dos años antes. Al entrar, tuvo una extraña sensación, pero la impresión no tardó en desaparecer y ser reemplazada por los dulces recuerdos del presente. La habitación de Mario estaba unos metros más adelante y él mismo fue a buscarla poco después para acompañarla al comedor privado de Damiano.

Natasha se sentía muy feliz. Para Sally y para Damiano ya era parte de la familia. Durante la cena, le dieron la bienvenida con un efusivo brindis.

–Espera a ver la iglesia donde vamos a bautizar a la niña –dijo Pietro–. Es donde se casaron mamá y papá.

–Toda una ceremonia –declaró Mario, recordando la boda–. Toby también estuvo. Prácticamente fue un testigo más.

–Estoy segura de que estuvo a la altura de las circunstancias –dijo Natasha.

Mientras hablaba, acarició la cabeza del perrito.

La velada fue muy agradable. Natasha se sentía en paz, afortunada. Era hora de dejar atrás los malentendidos y los errores del pasado. Ese era el verdadero propósito del viaje.

Solo faltaba el hermano mayor de Sally, Charlie.

–Bueno, anda por ahí haciendo de las suyas –dijo Sally con sinceridad de hermana.

–¿De las suyas? –repitió Natasha.

–Mujeres… Bueno, ¿para qué hablar? Pero ahora está mucho mejor que antes. Mario le ha ayudado a reformarse un poco.

–¿Yo? ¿A reformarse? Pero… me estás insultando, Sally.

–Bueno, Damiano me dijo que tenías una parte de «ángel de la guarda» y que mantuviste a Charlie en el buen camino. En fin, en cualquier caso, ya es hora de irse a la cama.

Mario dijo que iba a llevar a Natasha a dar un paseo y se despidió de la pareja anfitriona.

–¿Un paseo? –le preguntó Natasha.

–A lo mejor. A lo mejor no.

–¿Cuál era la idea…?

–Solo quería quedarme a solas contigo. Vamos a tomar un café, aquí no, en el restaurante.

Ya casi estaban a punto de cerrar y la mayor parte de las mesas se

hallaban vacías. Natasha supo de inmediato por qué la había llevado allí. En un rincón estaba la mesa en la que se habían sentado durante su primer encuentro. Él la condujo hacia allí y le apartó la silla. Un camarero les llevó el café.

–Tú estabas justo aquí, junto a la ventana. Yo te observé durante unos segundos, como ese tipo de ahí.

Señaló a un joven que estaba junto a la puerta, mirando hacia una mesa que se hallaba a unos metros de distancia. Una joven de unos veinte años estaba sentada a ella. Era muy hermosa y estaba sola.

–Creo que sé qué está pensando. Está pensando en una buena excusa para acercarse a ella.

–No puedes saber qué está pensando.

–Oh, sí que puedo. Mira, ahí va.

Mientras observaban, el joven se acercó a la muchacha e hizo un gesto como para preguntarle si había alguien sentado con ella.

Divertidos con la escena, continuaron observándoles durante unos segundos.

–Hay algo que llevo un tiempo queriendo preguntarte –le dijo Mario de pronto.

–¿Qué es?

Él titubeó un momento.

–¿Qué fue de ti cuando nos separamos?

–¿Te refieres a si hubo alguien más? Ya te he hablado de eso.

–Me dijiste que no te habías casado, pero no es eso a lo que me refiero.

Natasha se rio.

–¿Me estás preguntando si hay alguien por quién suspiro? Bueno… adivina.

–No, no te imagino suspirando por alguien que no te corresponda. Pero, en dos años, alguna vez te habrás interesado por alguien.

–No. Aparte de la horrible experiencia de Jenson, he estado sola todo el tiempo. Es una forma de libertad.

–Sé a qué te refieres.

–No me digas que tú también has estado solo. Todas las mujeres que pasan se dan la vuelta para mirarte bien.

–Pero lo que importa es que te quiera la persona a la que quieres tú. Las otras no cuentan.

–Eso es cierto.

De repente levantó la vista y Natasha siguió la dirección de su mirada.

La joven pareja acababa de levantarse de la mesa. Se marchaban, tomados de la mano.

–Bueno, parece que el chico ha tenido suerte.

–O a lo mejor ha sido ella quien la ha tenido.

–Yo no la tuve. Damiano me llamó para que me ocupara de un cliente y cuando regresé ya te habías ido. Si me hubieras oído diciendo palabrotas sin parar… –Mario se terminó el café–. Vamos.

Una vez arriba, la acompañó hasta la puerta.

–¿Recuerdas la última vez?

–Nos dimos las buenas noches en la puerta. Yo entré y tú te marchaste.

–En realidad, no me fui. Me quedé aquí en el pasillo un rato.

La agarró de la mano y dejó que ella tirara de él hacia el interior de la habitación. Una vez dentro la estrechó entre sus brazos, pero fue ella quien le llevó hasta la cama. En el pasado se habían deseado con locura, pero nunca habían llegado más allá de un beso, y era hora de recuperar el tiempo perdido.

Se estaban descubriendo el uno al otro. Estaban recorriendo un camino que había quedado incompleto, y había cosas maravillosas con las que ni siquiera se habían atrevido a soñar.

Después, mientras yacían juntos en la cama, Natasha dejó escapar una carcajada.

–¿Qué pasa? ¿Qué he hecho que te hace reír?

–No te pongas a la defensiva. Puedes hacerme reír y seguir siendo un machote al mismo tiempo.

Natasha volvió a reírse y Mario frunció el ceño.

–Bueno, ¿qué?

–Es lo que dijo Sally, eso de que tienes una parte de «ángel de la guarda». Es lo último que me hubiera esperado de ti.

Mario le dio un beso en la frente.

–Gracias. Ya veo que me entiendes muy bien.

Natasha se acurrucó contra su pecho.

–Buenas noches, mi ángel.

Mario se apoyó contra ella y en cuestión de minutos se quedó dormido. Unas horas más tarde se despertó. Ella aún estaba dormida, con la cabeza apoyada sobre su hombro. Intentó moverse, pero ella le abrazó con más fuerza, como si no quisiera dejarle ir.

–Es mi vida, es mi amor el que aparece –susurró Mario y entonces le dio un beso en la frente.

Ella suspiró y se acurrucó más cerca, sonriendo como si le hubiera oído.

De repente se oyó el pitido de un teléfono.

–Maldita sea –murmuró Mario–. Es mi móvil. ¿Dónde está?

Como se había quitado la ropa a toda prisa, no se había dado cuenta de que se había caído al suelo.

Con sumo cuidado, para no despertarla, se inclinó para recogerlo. Era un mensaje de texto proveniente de un número desconocido.

Te estás arriesgando más de lo que te imaginas. Ella es mía. Piérdete de una vez.

–¿Pasa algo? –le preguntó Natasha con una voz adormilada.

–No. Vuelve a dormirte. No pasa nada. Tu ángel de la guarda se va a ocupar de todo.

Capítulo diez

–¿Qué tal lo estás pasando en Verona? –le preguntó Sally a Natasha a la mañana siguiente durante el desayuno.

–Me encanta.

–Y Verona también está encantada con ella –dijo Mario–. Está haciendo un gran trabajo con los hoteles.

–A lo mejor podría venir por aquí y hacer algo por los hoteles de Venecia –dijo Damiano.

–Muy buena idea –apuntó Natasha–. Voy a dar un paseo por Venecia esta mañana –miró a Mario antes de proseguir–. Solo para recordar cómo es.

Él asintió con la cabeza.

Después del desayuno, salieron al estrecho callejón que pasaba junto a hotel.

–La primera vez recorriste este camino sola –le recordó Mario–. Pero yo no andaba muy lejos.

–Lo sé.

–¿Lo sabías? ¿Quieres decir que lo sabías entonces?

–Sí. Le dije a la recepcionista adónde iba, y tú estabas cerca.

Cuando salí oí tus pasos muy cerca.

–Entonces, ¿siempre supiste que te seguía?

–No, pero esperaba que lo hicieras. Entré en una tienda para que pudieras alcanzarme, pero no lo hiciste.

–Me sentí tentado. Cuando te detuviste, pensé en un plan para entrar en la tienda de manera casual y encontrarme contigo, pero me faltó valentía, así que preferí esperar.

–¿Te faltó valentía? ¿A ti?

–Tú tienes ese efecto en mí.

–Lo tendré presente. Puede que me sea útil.

–Sé sincera. Ya sabías que me asustabas.

Riéndose, siguieron adelante y un rato después llegaron al Gran Canal, la franja de agua en forma de «S» que zigzagueaba por la ciudad. Estaba lleno de embarcaciones de todo tipo.

–Estabas parada aquí mismo cuando viste la primera góndola de

cerca –le dijo Mario, recordando.

–Yo no entendía cómo era posible que la góndola pudiera avanzar en línea recta si solo remaban de un lado. Tú me dijiste que ese lado sobresalía más que el otro y que el agua tardaba más en pasar. Yo no lo entendí, así que me sugeriste que diera un paseo en góndola. Paraste una, tal y como estás haciendo ahora.

La embarcación se detuvo junto a ellos. Mario la ayudó a subir con cuidado. Todo era maravilloso, como aquella primera vez.

–Aaaaah –suspirando, Natasha estiró los brazos y miró a su alrededor–. Precioso, pero fue aquí donde me quedé dormida.

–Así es. No podrías haberme dejado más claro lo que pensabas de mí, Natasha. ¿Natasha?

Ella estaba recostada, con los ojos cerrados.

El gondolero le miró con unos ojos llenos de simpatía.

–Algunos hombres no tienen mucha suerte, signore –le dijo, hablando en el dialecto veneciano.

–Cierto –le contestó Mario en la misma lengua–. Pero otros hombres también tienen mucha más suerte de la que creen. El problema es averiguar a qué clase de hombre perteneces.

Observó a Natasha con atención durante un instante y entonces se inclinó hacia delante y la besó.

Ella no reaccionó de ninguna manera, así que repitió el beso, esa vez con algo más de ímpetu.

–Hola –dijo Natasha, abriendo los ojos.

–Hola. Siento haberte molestado.

–Dime, cuando me quedé dormida la primera vez, ¿me besaste?

–¿No te acuerdas?

Ella levantó la vista y sonrió de una forma que podía volverle loco. Sin duda estaba saliéndose con la suya. ¿Acaso lo sabía? ¿Lo estaba disfrutando?

–No estoy segura.

–Entonces déjame hacerte recordar.

Le rozó los labios con sutileza.

El gondolero sonrió. Su trabajo le permitía presenciar toda clase de escenas bonitas.

Natasha se relajó y le rodeó con los brazos. Aunque se hubiera quedado dormida durante ese primer paseo en góndola, dos años antes, estaba segura de que él no la había besado, porque, de haber sido así, lo recordaría.

Permanecieron abrazados durante un buen rato, disfrutando de las vistas de los canales que se sucedían frente a sus ojos. Natasha hubiera querido que aquel paseo durara para siempre, pero finalmente llegaron al hotel.

Una vez dentro, se enfrascaron en los preparativos del bautizo y

Natasha no volvió a pasar otro momento a solas con él en todo el día.

A la mañana siguiente todos partieron rumbo a la iglesia donde iba a tener lugar el bautizo. Estaba a muy poca distancia, así que era posible ir andando.

–Es una gran ocasión familiar –le dijo Mario mientras caminaban por el callejón que conducía al templo–. La primera esposa de Damiano murió al dar a luz a Pietro. Tuvo mucha suerte al encontrar a Sally. No solo encontró a una mujer increíble, sino a una excelente madre.

–Se ve que están muy enamorados.

–Al principio, las cosas no estaban muy claras entre ellos. De alguna forma estaban dando por sentado que era una especie de matrimonio por conveniencia, pero en realidad sí que estaban enamorados. Simplemente no se habían dado cuenta. El tiempo lo cambió todo. Sally lo pasó muy mal cuando Franco nació. Estuvimos a punto de perderla. Yo pensé que Damiano se iba a volver loco. No quería que ella tuviera otro bebé, pero ella realmente lo deseaba, así que él se rindió –Mario dejó escapar una carcajada–. Muy poca gente conoce al verdadero Damiano. A los ojos de los demás, es un empresario duro, pero de puertas para dentro es el más devoto servidor de su esposa.

–Oh, ¿en serio? –Natasha le dedicó una mirada de incredulidad–. ¿Es así como juzgas a un buen esposo? ¿Diciendo que es un devoto servidor?

–¿Quién sabe? A lo mejor tienes la oportunidad de averiguarlo tú misma.

Ya había muchos invitados en el lugar cuando llegaron. Mario y Natasha avanzaron por el pasillo, sonriendo a medida que se abrían paso entre la gente. Sally tenía a su bebé en brazos y Damiano sostenía al pequeño Franco. Charlie y Mario caminaban juntos y Natasha llevaba a Pietro de la mano. Una vez más tuvo esa maravillosa sensación de pertenecer a una familia.

Y el sentimiento se acrecentó durante la fiesta posterior. Mario se la presentó a todos los invitados, la mayoría de los cuales ya habían oído hablar de ella.

–Todos estábamos deseando conocerte –le dijo un anciano.

–Tenga un poco de paciencia. Muy pronto tendrá noticias de ella –le dijo Mario.

–¿Qué significa eso? –le preguntó Natasha cuando él la apartó.

–La gente piensa que somos pareja. ¿Te importa?

–En absoluto –le aseguró ella–. Pero ¿qué noticias tiene que saber pronto?

–¿Por qué no nos vamos y hablamos de eso? –Mario se la llevó de la sala lentamente, despidiéndose de los invitados sin perder mucho tiempo.

Una vez de vuelta en la habitación del hotel la besó una vez más antes de hablar.

–Creo que tal vez hablé más de la cuenta sin consultarlo contigo antes, pero está tan claro que debemos estar juntos que la gente lo acepta sin más.

–¿Y si me hubieras preguntado antes?

–Te hubiera preguntado cuándo quieres fijar la fecha de nuestra boda.

–Sí, debiste decírmelo antes.

–¿Estás molesta conmigo?

–Te lo diré luego –tiró de él hacia la cama–. Ahora mismo tengo otras cosas en la cabeza.

–Y yo –Mario ya había empezado a quitarle la ropa.

«Hicimos lo correcto viniendo aquí. Esto lo ha hecho todo más fácil. El pasado quedó atrás. No ocurrió. Somos libres», pensó Natasha.

Eran «libres». La palabra retumbó en su cabeza, arrojando un halo de esperanza sobre el futuro. Mientras hacían el amor, mantuvo la vista fija en su rostro. Él también la observaba. Le enviaba un mensaje silencioso que comprendía muy bien.

–Ojalá lo hubiéramos sabido –le dijo él después, mientras yacían en la cama.

–Era demasiado esperar –le contestó ella–. Incluso ahora no me atrevo a soñar mucho. Es demasiado bueno para ser cierto. Algo pasará y las cosas van a empeorar.

–Nada va a pasar –le dijo él con firmeza–. No lo permitiré.

–Oh, crees que todo depende de ti, ¿no, hombretón?

–Ahora mismo me siento lo bastante poderoso como para alterar los designios del destino. ¿Has oído eso? –gritó, hablándole al techo–. Nada va a volver a salir mal entre nosotros. Insisto en ello. Lo ordeno.

–¿A quién le estás dando órdenes? –Natasha se rio a carcajadas.

–A los hombrecillos verdes que tratan de dictar nuestro destino. A partir de ahora, yo estoy a cargo.

–¿Ah, sí?

–No de ti, sino de ellos.

Se echaron a reír, moviéndose a un lado y al otro.

Después Natasha recordaría ese momento, un momento de alegría y felicidad antes de que la catástrofe se cerniera sobre ellos una vez más.

A la mañana siguiente, Mario sugirió que fueran a dar un paseo

por la ciudad.

–Fue buena idea volver –le dijo él mientras caminaban–. Las personas que éramos ya no existen. Nos hemos librado de ellas de esta forma.

–No sé si quiero librarme de ellas. Hay cosas de ti que no quisiera perder. Siempre fuiste el hombre más guapo en muchos kilómetros a la redonda. No quiero que eso cambie.

–Gracias, señora.

Él la condujo en otra dirección, pero ella se resistía.

–¿Por qué no nos quedamos aquí?

–Por ese lugar –le dijo él, señalando la terraza de un pequeño café.

Era el sitio donde habían tenido aquella discusión final.

Natasha pensó que aquello no tendría por qué haber pasado. Muchas veces había pensado en decirle la verdad a Mario, decirle que había leído la carta de Tania, pero de alguna manera no había sido capaz de encontrar el momento adecuado. Tal vez había llegado…

–¿Por qué no me invitas a un café?

–Pero ¿no has visto el lugar en el que estamos?

–Sí, aquí es donde cometimos un gran error. A lo mejor es hora de arreglar las cosas.

–Yo pensaba que ya lo habíamos arreglado todo.

–Sí, pero hay algo más que hacer. Ven conmigo.

Ella le condujo hacia la cafetería. La mesa en la que se habían sentado aquella vez estaba vacía.

–Aquí fue donde nos sentamos –le dijo ella mientras bebía un sorbo de café–. Mario… Yo te creo.

Él la miró con ojos de desconcierto. Guardó silencio.

–Sé que eres un hombre sincero y siempre lo serás.

–¿Lo dices de verdad? ¿Lo que dices es cierto?

–Sí.

Él le sujetó las mejillas con ambas manos y habló con suavidad.

–Si supieras lo que significa para mí saber que estamos tan cerca el uno del otro, que tú has aprendido a confiar en mí.

–Solo quiero decirte…

Natasha se detuvo. Un sentimiento de angustia que no comprendía se había apoderado de ella.

–¿Qué es lo que quieres decirme? ¿Que me quieres? Es eso, ¿no?

–Oh, sí. Es eso.

–Entonces eso es todo lo que necesito saber.

–Pero, Mario…

Él la hizo callar con un beso. Sus labios presionaban los de Natasha con fervor, con poder, y ella se rendía al placer.

–Mi amor… –le susurró al soltarla–. ¿Qué es lo que tenías que decirme?

–Nada. No importa.

Nada era lo bastante importante como para romper el hechizo de ese momento. Natasha volvió a agarrarle y le devolvió el beso con una apasionada fiereza.

De repente oyeron algunas ovaciones y risas a su alrededor. El camarero se aclaró la garganta y fue así como Mario se percató de su presencia. Se sacó algo de dinero del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

–Vámonos. Este lugar no es para lo que tenemos que hacer. –¿Tenemos que hacer? –murmuró ella contra sus labios.

–Tenemos asuntos urgentes de los que ocuparnos. ¿No lo sientes?

–Sí, oh, sí.

Agarrándola de la mano, se levantó y echó a andar rápidamente. Natasha le siguió con entusiasmo. Lo que tenía que decirle podía esperar.

Cuando llegaron al hotel, cruzaron el vestíbulo a toda prisa y se dirigieron hacia los ascensores.

Sally apareció en ese momento.

–Ah, Mario, ¿puedo hablar contigo…?

–Ahora no, Sally, por favor –le dijo Mario sin detenerse.

Entraron en un ascensor, aferrándose el uno al otro como si les fuera la vida en ello.

–Ya casi hemos llegado.

–Sí, casi.

Por fin llegaron a la habitación. Mario abrió la puerta, la atrajo hacia el interior y comenzó a desvestirla de inmediato. Ella le respondió al momento, quitándole la chaqueta de los hombros y desabrochándole los botones de la camisa para después prácticamente arrancársela.

Cayeron sobre la cama mientras forcejeaban con la ropa y en cuestión de segundos quedaron totalmente desnudos.

–Eres mía –le dijo él–. Ahora y para siempre.

–Sí, sí. Y tú eres mío también.

Natasha estaba embriagada de pasión y deseo. Le deseaba más de lo que nunca había deseado nada en la vida. La última vez que habían hecho el amor todo había sido como un sueño, pero en esa ocasión Natasha sintió algo más, triunfo, júbilo, felicidad.

Extendió los brazos hacia él y le ofreció todo su ser. Él le comunicaba mil cosas hermosas con cada uno de sus movimientos, y también con el resplandor que hacía arder sus pupilas. Le hacía el amor con sutileza, con ternura, pero Natasha no tardó en desear más. Era suya, en cuerpo y alma, y con cada gesto, con cada caricia, le pedía que aceptara su regalo y que le correspondiera.

Al sentirle reclamar su cuerpo entero, gritó de puro placer.

Después, mientras yacían en la cama, saciados y contentos,

Natasha se dio cuenta de que por fin estaba en el sitio en el que siempre debería haber estado.

Quería decirle lo de la carta, pero algo que escapaba a su control se había apoderado de ella.

¿Acaso era un presagio?

–Mi amor…

–Mi amor… –repitió él–. Si supieras lo maravilloso que es oírte decir eso. Tú eres mi amor, y yo soy tuyo. Cásate conmigo – le dijo de repente.

–¿Casarnos?

–Ayer te dije que debíamos poner fecha, pero no me diste una respuesta. ¿Estás tratando de darme largas?

Natasha contempló sus cuerpos desnudos, entrelazados.

–¿Acaso te parece que es eso lo que hago?

–Solo quería asegurarme. Por cierto, tenías algo que decirme.

–¿Ah, sí?

–Sí. Parecía urgente.

A Natasha comenzó a darle vueltas la cabeza. Era el momento para decirlo, pero de repente todo parecía distinto. No quería pronunciar el nombre de Tania en ese instante.

–¿Natasha?

–¿Umm?

–¿Estás despierta?

–Eh… no. Yo… he debido de quedarme dormida de nuevo. ¿Me habías dicho algo?

–Te he preguntado qué ibas a decirme.

–No me acuerdo. Se me ha ido de la cabeza, así que no debía de ser muy importante.

–Bueno, hablaste como si lo fuera.

–No, no debía de serlo –le acarició la cara–. Solo importa una cosa ahora.

–Nosotros. Tienes razón.

Natasha buscó refugio en sus brazos y dejó que el resto del mundo dejara de existir.

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, Mario la observaba atentamente.

–Lo decías en serio, ¿no? Te vas a casar conmigo.

–No –le dijo ella en un tono juguetón–. Solo te estaba gastando una broma. Oh, no me mires así. Claro que hablaba en serio.

–Contigo nunca se sabe. Siempre tienes alguna sorpresa. Ya me estoy poniendo nervioso pensando en cuál será la siguiente.

–Oh, ¿en serio? –ella le miró con unos ojos pícaros–. Veamos.

Podría darte una colleja.

–Bueno, eso no sería una sorpresa. Ya me has dado unas cuantas, de diversas formas.

–Bueno, a lo mejor ha llegado el momento de buscar otra forma distinta de dártela –le dijo ella, esbozando una sonrisa coqueta.

Capítulo once

Al entrar en la sala del desayuno, se encontraron con Damiano, que les estaba esperando junto a Sally y a Pietro.

–¿Tenéis algo que contarnos? –le preguntó Damiano a Mario.

Todos parecían ansiosos por recibir alguna noticia.

–Sally pensó que a lo mejor teníais algo que decirnos.

–¿Lo dices porque ayer quiso hablar conmigo y nos fuimos corriendo a la habitación? –le dijo Mario–. Lo siento, Sally. Era algo urgente.

–Bueno, de eso me di cuenta –Sally se rio a carcajadas–. Bueno, vamos. Dinos.

–Nos vamos a casar –anunció Mario–. Natasha ha decidido soportarme por el resto de su vida.

Sally le dio un abrazo a su futura concuñada.

–Bienvenida a la familia –exclamó Damiano–. Todos estamos encantados sabiendo que vas a hacerte cargo de Mario y que le vas a convertir en un hombre sensato.

–Gracias, hermano –dijo Mario, sonriendo.

–Para cuando te des cuenta de tu error ya será demasiado tarde –añadió Damiano–. Ya te habrá puesto el anillo en el dedo. –Y no pienso quitártelo –dijo Mario.

–Tenéis que casaros aquí en Venecia –declaró Sally–. Después de todo, os conocisteis aquí. Será muy divertido prepararlo todo.

–Os lo agradezco mucho, pero creo que hay otro lugar mejor para nosotros. En Verona podemos casarnos en la casa de Julieta –miró a Natasha y ella asintió con entusiasmo.

Sally insistió en dar un pequeño festejo esa noche para ellos. Su afecto y calidez eran toda una bendición para Natasha. De repente tenía un nuevo hermano y una hermana, y un sobrino caradura entrañable.

Mario y Natasha rieron y bailaron durante toda la velada y pasaron la noche acurrucados, el uno junto al otro. A la mañana siguiente, sin perder tiempo, partieron rumbo a Verona.

Cuando Giorgio supo la noticia, gritó de alegría.

–¡Romeo y Julieta lo consiguieron por fin! ¡Qué historia!

–No es exactamente una historia –aseguró Mario.

–Para mí sí lo es. Me han contratado como gerente de publicidad, y voy a hacer mi trabajo. Cuando hayáis fijado la fecha de la boda, haremos unas fotos.

–Será tan pronto como sea posible –aseguró Mario.

–Tendrá que ser un lunes por la mañana. Todas las ceremonias nupciales tienen lugar ese día porque la casa está cerrada para los turistas para que se puedan celebrar las bodas.

Después haremos aquí la recepción por la tarde, y todos los miembros de la asociación podrán venir.

Más tarde, ese mismo día, acudieron al ayuntamiento para reservar una fecha para dos semanas más adelante y averiguaron todo lo necesario acerca del procedimiento matrimonial. La ceremonia tendría lugar dentro del edificio y después podrían tomarse fotos en el balcón.

Giorgio estaba en su salsa, haciendo planes de todo tipo para sacarle el mayor partido publicitario al acontecimiento.

–Esto no es otra boda más –dijo con entusiasmo–. Es una gran oportunidad para hacer publicidad a los negocios de la asociación. Tenéis que disfrutarlo.

–Así lo haremos –le dijo Mario–. Me aseguraré de que todo el mundo sepa que tengo a la mejor novia del mundo.

Natasha le apartó hacia un lado. De repente la había invadido una preocupación.

–Jenson va a oír algo.

–¡Bien! Quiero que sepa que su acoso no va a servir de nada.

–Pero… ¿y si no es así?

–Entonces le haré arrepentirse de haber nacido. No me digas que sigues teniéndole miedo –la estrechó entre sus brazos–. Confía en mí. Ya no tienes nada que temer. Te dije que le daría un buen susto y lo he hecho.

–¿A Jenson? ¿Cómo?

–He reducido un poco sus ingresos publicitarios. He conseguido que unos cuantos medios dejen de poner sus anuncios. Son de amigos míos, de aquí y de otros sitios. Creo que con eso será suficiente.

–¿Has hecho eso por mí? Oh, gracias, de verdad.

Llena de gratitud, Natasha le rodeó el cuello con los brazos.

En ese momento el preparativo prioritario era conseguir un traje de novia para Natasha. Giorgio hizo que le llevaran varios diseños al hotel para que pudiera escoger y ella se decantó por un vestido de satén blanco, sencillo, pero elegante. Resultaba raro hacerse fotos antes del evento nupcial, pero las instantáneas iban a formar parte de la campaña publicitaria de Giorgio para vender la ciudad como lugar ideal para celebrar bodas.

–El fotógrafo viene mañana por la mañana –les dijo–. Es el mismo que tomó las fotos la otra vez. Romeo y Julieta se han convertido en Mario y Natasha –sonrió de oreja a oreja–. O a lo mejor siempre lo fueron.

–Olvídalo –le dijo Mario–. Esta historia no va a acabar en una tumba.

Para una toma posaron uno delante del otro. Mario apoyaba las manos sobre sus hombros y ambos miraban hacia el objetivo. En otra de las instantáneas, tuvieron que bailar.

–No estéis tan serios –les dijo Giorgio–. Miraos a los ojos.

Dadle ese toque romántico.

–Pero ¿por qué? –le preguntó Natasha para gastarle una broma–. Nos vamos a casar. Eso no es romántico. Es algo muy serio.

–Para –le dijo Mario–. Ya estoy lo bastante asustado como para que me quieras asustar todavía más.

Natasha se echó a reír y él no pudo contener la risa tampoco. El fotógrafo aprovechó para hacer otra toma y, a juzgar por el grito de entusiasmo de Giorgio, debió de salir una foto extraordinaria.

Te lo advertí, pero no me hiciste caso. Ahora vas a saber cuánto te vas a arrepentir.

Mario comprobó el número de la empresa de Jenson y lo marcó en el teléfono.

–Quiero hablar con Elroy Jenson, por favor.

–Lo siento. El señor Jenson no puede recibir llamadas hoy.

–La mía sí que la recibirá. Dígale que soy Mario Ferrone.

Se oyó un silencio de unos segundos, varios «clics» y entonces apareció una voz masculina muy hostil al otro lado de la línea.

–¿Qué quiere?

–Ah, señor Jenson, muy bien –Mario se echó hacia atrás en su silla–. Sabe perfectamente quién soy. No le caigo muy bien, y le voy a caer todavía peor cuando haya terminado.

–Está perdiendo el tiempo.

–Yo no lo creo. Verá que algunas de las medidas que he tomado recientemente han sido muy significativas.

–¿Qué medidas?

La voz de Jenson sonaba sarcástica, pero Mario también creyó percibir cierto nerviosismo.

–Tendrá noticias de sus publicaciones italianas y se preguntará por qué han cancelado tanta publicidad.

–No crea que puede asustarme. Unos cuantos hoteles y bodegas…

–Va a ser algo más que eso. Tengo unos cuantos amigos trabajando en esto, amigos que usted no conoce y que tienen tentáculos que

llegan muy lejos. Va a perder espacio publicitario por todas partes, y, cuando se pregunten por qué, yo me pregunto qué les va a decir usted.

–¡Eso no es asunto suyo!

–La era digital es una cosa maravillosa. Unos cuantos mensajes, correos electrónicos… El mundo entero puede saber rápidamente la clase de alimaña que es Elroy Jenson, un tipo tan arrogante que piensa que ninguna mujer tiene derecho a rechazarle, un tipo que se respeta tan poco a sí mismo que no es capaz de dejarla en paz después.

–Hay leyes que nos protegen de las calumnias.

–Aquí no se trata de eso. Una vez salgan a la luz esos mensajes que le envía, todo el mundo va a saber la verdad.

–¿Mensajes? No sé de qué me está hablando.

–No pierda el tiempo tratando de negarlo. Tengo registrados todos los textos que ha enviado y también la fuente de la que provenían.

–¿Qué es lo que busca? ¿Dinero?

–No. Solo quiero que deje a Natasha en paz. Si vuelve a enviarle un mensaje más, o si recibe una llamada, tendrá que atenerse a las consecuencias. ¿Me entiende?

–Ya veo que se le dan muy bien las amenazas –masculló Jenson.

Su tono sarcástico ya no sonaba tan convincente.

Mario sonrió.

–Se me dan bien muchas cosas, y por eso ella me eligió a mí en vez de elegirle a usted. –Mal…

–Adiós. ¡Váyase al infierno!

Mario colgó el teléfono y entonces se quedó mirándolo durante unos segundos. De repente oyó un ruido y se volvió. Natasha estaba justó detrás, aplaudiéndolo.

–Bien hecho. ¡Maravilloso! De verdad le has plantado cara –le dio un abrazo de puro agradecimiento.

–Fue fácil. Solo tuve que amenazarle con sacar a la luz los mensajes y dejarle en ridículo. Eso le da mucho más miedo que perder su negocio.

–Pero no entiendo lo que le has dicho de los mensajes de texto. ¿Cómo vas a tener registros de todos?

–Solo tengo el que me mandó hoy. No tengo los otros, pero eso él no lo sabe y no se va a arriesgar.

–No –estuvo de acuerdo ella–. No se arriesgará.

–Y no se atreverá a enviarte más porque sabe el riesgo que corre.

–Eres tan listo… –Natasha suspiró–. Nunca pensé que alguien pudiera llegar a solucionar esto.

–Ahora me tienes a mí para protegerte y eso es todo lo que quiero hacer durante el resto de mi vida.

La abrazó con fervor.

–Faltan tres días para que nos casemos. No sé si voy a poder

esperar tanto para hacerte mía.

–Pero si ya soy tuya. Siempre lo he sido y siempre lo voy a ser.

–No me cabe duda de ello –le dijo él, sonriendo–. No pienso dejarte ir.

–Bueno, no tengo problema con eso.

Las cosas empezaron a acelerarse. Sally, Damiano y Pietro llegaron dos días antes de la ceremonia y se hospedaron en la mejor suite del hotel. Esa noche había una fiesta a la que también iban a asistir Giorgio y todos los miembros de la asociación.

Los brindis por los novios se sucedieron y después pasaron a brindar directamente por la novia, dejando claro que ella era la heroína del momento.

Cuando empezó a anochecer, Sally les dijo que se retiraba pronto.

–Me duele un poco la cabeza –le dijo a Natasha.

–A mí también. Y Mario apenas ha podido disfrutar de la conversación porque tiene que traducirme todo el tiempo.

Las dos mujeres se despidieron de todos y subieron a la planta de las habitaciones. Se dieron un abrazo de hermanas y se desearon las buenas noches.

Natasha sentía un gran alivio al poder disfrutar de un pequeño momento en soledad. Necesitaba pensar. Tenía que decidir qué iba a hacer con la carta de Tania. Había tenido oportunidades para hablarle de ella a Mario, pero las cosas se habían complicado y lo mejor que podía hacer, llegado ese momento, era destruirla para que estuviera fuera de sus vidas para siempre.

Fue hacia su habitación sin perder tiempo y se dirigió hacia el lugar donde la tenía guardada. Encontró el pequeño trozo de papel azul y lo desdobló para leerlo de nuevo.

–¿Qué es eso?

De repente oyó la voz de Mario. Sorprendida, levantó la vista y se lo encontró de frente. Tenía la mirada fija en el trozo de papel que sostenía entre las manos. Era evidente que sabía de qué se trataba.

–¿Qué es eso?

–Es solo… –Dámela.

Se la arrebató de las manos sin darle tiempo a decir nada y la leyó.

–¿Cómo tienes esto?

–Fue por accidente. Me la encontré mientras estaba en tu apartamento, cuando se inundó mi habitación.

–Y te la quedaste.

–Necesitaba leerla una y otra vez. Parecía demasiado bueno para ser cierto.

–Sabías que te había dicho la verdad –le dijo Mario lentamente.

–Sí. Y fue maravilloso averiguarlo. Después de todo lo que había pasado…

Se produjo un silencio ominoso. Cuando Mario habló por fin, lo hizo sin mirarla a la cara.

–¿La carta arregló las cosas entre nosotros?

–Añadió la pieza del puzle que faltaba.

Mario guardó silencio de nuevo.

–Dime algo –dijo por fin–. Esa noche, cuando dimos el paseo por el río y me invitaste a tu habitación después, ¿tenías la carta de Tania?

–Sí. Y estaba tan feliz… Quería encontrar el momento adecuado para hablarte de ello.

–Pero cualquier momento hubiera sido el adecuado para mostrarme la prueba.

–¿La prueba?

–La prueba de que te decía la verdad, ¿no?

Una expresión tensa se apoderó del rostro de Mario.

–Entonces, jamás te hubieras fiado de mi palabra solamente, ¿no? Esa noche, cuando me abriste tus brazos, fue como tocar el cielo para mí. Llevaba tanto tiempo ansiando ese momento. Ojalá supieras… Bueno, no importa. Ya no importa. ¿Ves la ironía de todo esto? En dos días es nuestra boda. Estaremos de pie, el uno junto al otro, en un lugar que rinde homenaje a dos amantes de leyenda. Juraremos mantener el amor, la lealtad, la confianza… ¡Confianza! ¿Te lo puedes creer?

Mario dejó escapar una risotada llena de acritud.

–Estaba deseando que llegara nuestra boca, y ahora temo ese momento. Ni siquiera estoy seguro de…

Se detuvo. De repente dio media vuelta y salió de la habitación sin mirar atrás.

–Mario, no. Vuelve, por favor.

Él ni siquiera la oyó. Ya iba bajando las escaleras, caminando a toda prisa y después corriendo.

Capítulo doce

Esa noche fue la peor de toda la vida de Natasha. Todo había terminado. Había perdido a Mario y ya nada importaba.

«¿Por qué no se lo dije antes?».

Natasha se tumbó, tratando de controlar sus desbocados pensamientos. Permaneció en la cama durante una hora, escuchando con atención, anhelando oír algún ruido que le indicara la llegada de Mario, pero todo lo que oyó fueron las despedidas de los invitados de la fiesta.

Y después llegó el silencio, la oscuridad.

¿Por qué no regresaba?

Durmió durante un rato y se despertó muy pronto. Aún no había ni rastro de Mario, pero tal vez podía haberse ido a su habitación. Salió al pasillo y fue hacia su puerta. Permaneció quieta durante unos segundos, escuchando, pero no se oía nada.

Con cuidado, abrió la puerta y entró. La cama estaba vacía. No había vuelto.

–Vuelve –dijo en voz alta–. No dejes que las cosas terminen así. Vuelve a mí.

Pasaron dos horas más, pero él siguió sin aparecer, y nada hubiera podido prepararla para lo que iba a ocurrir a continuación.

De repente sonó su teléfono móvil. Era un mensaje… de Jenson.

Te crees muy lista, echándome encima a tu novio. Mira esto.

Justo debajo había un enlace a una página web. Natasha se dio cuenta de que era la web de un periódico inglés de provincia, que sin duda le pertenecía. Una vez le había dicho que sabía algo sobre ella, lanzándole una amenaza.

Abrió el portátil y tecleó la dirección de la web. En la pantalla aparecía una fotografía en tamaño grande. Al verla, un grito escapó de sus labios. Era su padre.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano para no perder el control, examinó el texto con atención. Estaba fechado ocho años antes y el

hombre era identificado como Charles Bates. El artículo parecía formar parte de una serie dedicada a personas caídas en desgracia. Charles Bates había terminado convirtiéndose en un delincuente y había ido a la cárcel.

Había dado la entrevista dos días después de salir de prisión.

Culpo a mi mujer. La quería, y también a la niña a la que creía mi hija. Pero entonces descubrí que no era mía. Me rompió el corazón. Salí huyendo.

Entonces su madre había traicionado a su padre, y ella, Natasha, no era su hija biológica. Trató de negárselo a sí misma, pero entonces recordó una fuerte discusión que había escuchado en una ocasión.

–¿Quién era él? –le había gritado su padre a su madre–. ¡Dímelo!

Al día siguiente se había esfumado.

De pronto recordó algo más. Una vez le había contado su historia a un compañero de trabajo. Jenson había entrado en el despacho justo en ese momento y se había mostrado muy compasivo y solidario, animándola a hablar.

Por un momento, Natasha pensó que iba a perder la cabeza de desesperación y dolor, pero entonces se dio cuenta de que tenía que hacer algo. Rápidamente, se puso algo de ropa y bajó las escaleras. Damiano estaba cruzando el vestíbulo justo en ese momento.

–Voy a desayunar. ¿Y Mario?

–Él… va a tardar un poco.

Damiano se rio a carcajadas.

–Ah, todavía sigue dormido, ¿no? Debes de haberle dejado exhausto.

Natasha logró esbozar una sonrisa.

–Algo así. Tengo que salir.

Salió del hotel y se dirigió hacia el chófer.

–Por favor, a la Via Capello.

Partieron en cuestión de unos segundos y Natasha ni siquiera tuvo tiempo de percatarse de la presencia de Giorgio, que la vio ir con el ceño fruncido, claramente preocupado.

Finalmente, llegaron a la casa de Julieta. –¿La espero? –le preguntó el conductor.

–No. No sé cuánto voy a tardar. Gracias, pero regrese, por favor.

El coche se alejó y Natasha se volvió hacia la casa. El portero la recibió. La había reconocido y sabía que era la novia que había reservado para dos días después.

–Lo encontrará todo tal y como quería.

–No me cabe duda –le dijo Natasha, apenas sin detenerse.

Como siempre, Julieta estaba de pie en el patio. Natasha se dirigió

hacia la estatua.

–Nunca te pedí nada. Creía que solo eras una fantasía, pero ahora toda mi vida está patas arriba, y a lo mejor tú eres la única que puede ayudarme. ¿Qué puedo hacer? Cometí un error. ¿Cómo puedo hacerle entender?

Como era de esperar, solo se oyó el silencio.

–Por favor, tienes que ayudarme. Tú sabes más del amor que nadie en este mundo.

Puso la mano sobre el pecho de la estatua. La miró a los ojos. Seguramente no era más que un producto de su imaginación, pero hubiera jurado que la suave voz de Julieta le hablaba.

A Natasha se le llenaron los ojos de lágrimas. Las calles que la rodeaban se convirtieron en un borrón durante el camino de vuelta al hotel. Mientras avanzaba, a duras penas, dio un traspié sobre la acera y se precipitó al suelo. Sintió un dolor agudo en la cabeza y luego todo se volvió negro.

La primera persona a la que Mario vio al regresar fue a su hermano, Damiano.

–¡Aquí estás por fin! –exclamó su hermano–. Pensé que seguías en la habitación, durmiendo, mientras Natasha salía a hacer sus cosas.

–¿Ha salido?

–Bajó hace unas horas. Tenía mucha prisa.

–¿Adónde iba? ¿Quieres decir que se ha ido? ¿No está?

–No me dijo adónde iba. Solo me dijo que iba a salir y no ha regresado. No ocurre nada, ¿no? Os casáis mañana. Seguramente está haciendo algunos preparativos de última hora para la boda.

–Sí, claro –dijo Mario en un tono deliberadamente tranquilo, intentando ocultar la repentina preocupación.

–Creo que a lo mejor quería prepararte alguna sorpresa especial.

Una sorpresa especial. Desesperado, Mario pensó que ya sabía de qué se trataba. Sabía cuál era la sorpresa.

–¡Oh, no! ¿Cómo ha podido hacerme esto?

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Damiano.

–Lo ha vuelto a hacer.

–¿Hacer qué?

–Lo que ya hizo antes, marcharse sin decir ni adiós, aprovechando que yo no estaba. Se ha esfumado, se ha volatilizado como si nunca hubiera existido.

–Estoy seguro de que tiene que haber algún error –le dijo Damiano.

Mario se revolvió el cabello.

–No tienes ni idea –le dijo, cada vez más furioso.

Nadie se había dado cuenta de que Giorgio había entrado en el

vestíbulo.

–¿Qué sucede?

–¿Has visto hoy a Natasha?

–Sí. La vi subirse al coche con el chófer hace unas horas. Él regresó media hora después.

–Ve a buscarle.

Giorgio se marchó y regresó con el conductor.

–¿Adónde la llevaste?

–A Via Capello.

–¿Y la trajiste de vuelta?

–No, ella me dijo que no la esperara.

–Entonces se ha ido. Se ha ido.

Se dio la vuelta para que nadie pudiera ver la expresión de su rostro, su dolor.

Había pasado horas paseando por las calles en penumbra, pensando, tratando de comprender su propio corazón. Y finalmente, al llegar a casa, se había dado cuenta de que ella era lo más importante. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por no dejar morir ese amor. La idea de perderla era insoportable.

Y ella ya no estaba. Se había ido, para siempre.

Quería gritar de rabia. Ella había traicionado su amor. Le había abandonado, sin que el daño que podía infligirle le importara en lo más mínimo.

–¿Por qué no vas a ver si está en su habitación? –le sugirió Damiano–. Si realmente se ha ido, se lo habrá llevado todo.

–Muy bien –dijo Mario.

¿Qué sentido tenía? Iba a encontrar la habitación desierta y la cruel realidad le golpearía de nuevo. Moviéndose de manera mecánica, se dirigió hacia su habitación y abrió la puerta.

El armario estaba abierto y dentro estaban todas sus prendas. Abrió los cajones y encontró más ropa.

–No se ha ido para siempre –le dijo Damiano, acercándose–. Jamás hubiera dejado todo esto atrás.

–Pero ¿adónde ha ido?

–El chófer dijo que la había llevado a Via Capello –repuso Giorgio–. Seguro que fue a la casa de Julieta.

–Sí. Ahora lo entiendo –dijo Mario.

Las cosas ya empezaban a cobrar sentido. Natasha había ido allí para pedirle consejo a Julieta.

Sin perder ni un segundo, Mario se dirigió hacia la puerta.

–Mario –exclamó Giorgio–. ¿Adónde vas?

Mario hizo una pausa y le miró.

–Voy a buscar a mi amada.

Mientras conducía en dirección a Via Capello, el eco de esas

palabras se repetía una y otra vez en su cabeza.

«Es mi vida. Es mi amor. Ojalá lo supiera…».

La casa de Julieta apareció ante sus ojos por fin. Aparcó el coche y corrió a lo largo de la calle, en dirección al callejón que daba acceso al patio central. No había rastro de Natasha. Allí solo estaba Julieta, mirando al frente, ajena a todo lo que la rodeaba. Se detuvo frente a ella.

–¿Ha estado aquí? ¿Vino y te pidió ayuda? ¿La pudiste ayudar?

No hubo respuesta, y tampoco había esperado obtenerla. Vagó por la casa durante un rato, buscándola sin éxito y finalmente regresó junto a la estatua. Había un grupo de turistas frente a ella, reclamando su atención.

–Es muy tentador hablarle, ¿no? –le dijo una mujer a Mario–. Vinimos antes y había una joven hablando con ella como si realmente pudiera oírla. Pero me parece que no tuvo mucha suerte porque en cuanto se fue resultó herida.

–¿Herida? ¿Cómo?

–No sé muy bien qué pasó. Parece que perdió el equilibrio. Se cayó y se golpeó la cabeza contra el pavimento. Lo último que vi fue que se la llevaban al hospital.

Haciendo un gran esfuerzo por articular palabra, se dirigió a la mujer.

–Ha dicho que era una mujer joven. ¿Cómo era?

–Muy hermosa, con ojos azules y el pelo rubio.

–¿Y qué aspecto tenía tras el percance? ¿Bueno?

–No lo sé. No se movía. Bien podría haber estado muerta.

Mario tragó con dificultad.

–Gracias.

Tardó diez minutos en llegar al hospital más cercano y se dirigió directamente hacia la recepción.

–Han traído a una joven esta mañana. Se cayó en Via Capello. Tengo que verla.

La recepcionista hizo una llamada y una enfermera apareció de inmediato.

Mario la siguió hasta una pequeña sala y contuvo la respiración al ver a Natasha tumbada en la cama. Tenía los ojos cerrados y estaba demasiado quieta.

–¿Esta es la persona que busca?

–Sí.

–Por favor, dígame quién es.

–Se llama Natasha Bates.

–¿Y quiénes son sus familiares más allegados?

–Yo. Soy su marido. Nos casamos dentro de unos días.

–Todavía no sabemos la gravedad de la herida. Sigue inconsciente,

pero esperamos que pueda volver en sí dentro de poco.

Mario avanzó hacia la cama. Parecía tan distinta a la mujer fuerte y decidida a la que recordaba…

–Natasha… –dijo, sentándose a su lado–. ¿Puedes oírme? Soy yo, mi amor.

Ella no se movió, ni tampoco dio señales de haberle oído.

–¿Estás ahí? Por favor, dime que estás ahí.

A Mario se le cayó el alma a los pies.

–Ya te alejaste de mí una vez –le susurró–. Pensé que me iba a volver loco con tu rechazo, pero tú volviste y nos encontramos de nuevo. Y hoy pensé que me habías abandonado de nuevo. Lo que ocurrió fue culpa mía. No pude soportar descubrir que había estado viviendo una fantasía, que me amabas menos de lo que pensaba. Pero, si eso es cierto… entonces viviré con ello. No me importa. Solo quiero estar a tu lado.

Se acercó más para susurrarle al oído.

–No me dejes. Soy tuyo de todas las formas posibles. Y siempre lo seré. Natasha… ¿puedes oírme?

–Sí –dijo ella de repente.

–Te seguí hasta la casa de Julieta. Fuiste a pedirle ayuda, ¿no? –Sí.

Pronunció la palabra tan suavemente que Mario creyó no haberla oído bien.

–¿Qué? –le preguntó, acercándose más.

–Fue muy buena conmigo.

–Yo también lo intenté, pero ella guardó silencio. Supongo que trataba de decirme que tenía que ver la verdad por mí mismo. Y la verdad que tenemos que entender es que nos amamos el uno al otro más de lo que podemos expresar con palabras. Siempre lo hemos sabido, pero nunca hemos hecho nada para afrontarlo. Ha llegado el momento y, aunque sea lo único que pueda hacer, tengo que asegurarme de que lo sepas.

Volvió a besarla.

–Eres mi vida. Eres mi amor. Ojalá lo supieras.

–¿Lo soy?

–Sabes que sí. Y sabes que siempre lo serás.

–¿Cómo puedo creerlo? Es demasiado bueno para ser cierto.

–No voy a dejarte ir.

La enfermera apareció en ese momento. Comprobó el pulso de Natasha, anotó la lectura de los aparatos y sonrió al ver el resultado.

–Esto era lo que esperábamos. No es nada serio. Solo tiene que descansar unos días y podrá volver a ponerse en pie.

Cuando la enfermera abandonó la habitación, Mario y Natasha se dieron un abrazo, mirándose a los ojos. Sobraban las palabras.

Los párpados de Natasha no tardaron en cerrarse y Mario la

sostuvo en sus brazos mientras dormía, tal y como haría una y otra vez a lo largo de los años que tenían por delante.

La boda tuvo que posponerse para dos semanas más tarde, pero por fin llegó el día en que entraron en la casa de Julieta y pronunciaron los votos que los unirían para siempre. Una vez, muchos años antes, otra pareja había pronunciado esos mismos votos, pero su felicidad se había visto truncada. Natasha y Mario, en cambio, no tenían nada que temer.

Tras la ceremonia, salieron al balcón para que el fotógrafo pudiera tomarles las consabidas fotos, pero los recién casados apenas eran conscientes del «clic» constante de la cámara. Solo se veían el uno al otro.

–Solo nosotros –le dijo Mario mientras la tenía en sus brazos, más tarde esa noche.

–En realidad no somos solo nosotros –murmuró Natasha–. Había dos personas más allí. ¿No las sentiste?

–Sí. Estaban allí, observándonos, como siempre han hecho. Y a lo mejor siempre lo harán.

–No hace falta. A partir de ahora, cuidaremos el uno del otro.

–¿De verdad crees que podemos?

–Sí. Podemos –Natasha se volvió y le rodeó con sus brazos–. Ven aquí –le dijo–. Ven aquí ahora mismo.